Claves feministas para liderazgos entrañables

Marcela Lagarde

Memoria del Taller

Managua, 6-8 de octubre, 1999

Edición a cargo de Sofía Montenegro

2

Una auto-presentación indispensable

Buenos días. Estoy muy contenta de estar aquí, con todas ustedes y quiero autopresentarme porque para hacer liderazgos nosotras tenemos que nombrarnos y por eso les voy a contar quién soy.

Mi nombre es María Marcela Lagarde y de los Ríos. Soy mexicana oriunda del Distrito Federal, que es una ciudad maravillosa e interesante. Soy antropóloga, etnóloga por profesión. Soy maestra y doctora en antropología. Me he dedicado más a la academia, pero como antropóloga, hice una parte de mi trabajo profesional con los grupos étnicos de mi país y la problemática indígena, específicamente la relación de los derechos de los grupos étnicos y la democracia, tema en que sigo empeñada todavía. Cuando era una antropóloga joven me dedicaba a ser asesora de los grupos étnicos, de movimientos indígenas, a investigar y a dar clases. Toda mi vida he dado clases y desde hace treinta años, me encanta ser maestra. Como investigadora me dedico a estudiar la condición de género de las mujeres y de los hombres, a investigar la problemática de vida de nosotras, a ver las alternativas que nos inventamos las tardes de verano y todas esas maravillas. Soy una mujer feminista de tiempo completo. Soy toda mi ser.

También soy necia. Casada por segunda vez, vivo con mi querido esposo Daniel cuando aterrizo en mi país. Entre los dos tenemos tres hijos: de él tengo dos hijos que tuvo con otra señora y Valeria, que es mi hija. El mayor de todos es Ilia, tiene 33 años y es teatrero; el segundo es Ari, tiene 31 y es escritor, poeta, fotógrafo y bello. Mi hija Valeria es sicóloga. Está haciendo su especialidad en terapeuta psicoanalista especializada en género. Tenemos una familia a todo dar. Nos ha costado un trabajo endemoniado porque veníamos de dos parejas diferentes con hijos. Ese señor y yo, sólo somos pareja y ya bastante es.

También tengo una nieta maravillosa, Denise, que tiene cinco años y es muy linda. Ya no tengo a mi mamá, murió a principios de año y me siento muy huérfana. Tengo muchísimas amigas, queridas de la vida, en muchos países. Eso es una maravilla. Están aquí en Nicaragua, en Costa Rica, España y ando por todos lados. Escribo libros, doy muchos cursos, hago muchos proyectos y estoy muy involucrada con la lucha feminista donde quiera que voy.

Tengo 50 años. Me siento muy rico, muy plena. Tengo salud, ganas de hacer muchas cosas, y además tengo ganas de festejar el 2000. He pasado todo el año pensando que quiero pasar el 2000 en París y nos vamos a ir a París. Estoy encantada de estar en Nicaragua otra vez, con Tere, con quien nos conocemos desde hace diez años. Fue mi alumna de antropología cuando yo era joven y tenía 23 años. Tenemos que festejar eso. A ese grupo les di una clase sobre indigenismo en América Latina y los recordaré toda la vida, porque fue el grupo con el que me estrené como antropóloga, como profesora. Era más joven que ellos, me sentía más chica y me creían todo lo que les contaba. Ellos eran muy buena onda, buenos estudiantes, hicieron investigación participativa porque éramos de movimientos revolucionarios y toda la cosa.

Soy una gran cocinera y una gran comelona también. Me salen mejor los platillos que los libros y me los como con más ganas. Sé tejer muy bonito, también bordo, coso, hago ropa, me encantan las plantas, las cultivo, y una rosa blanca también. Esas son las cosas que me gusta hacer.

3

Todas nosotras somos eso, y muchas cosas más. Cada vez que nombramos a la otra nos enorgullecemos. Cada vez que decimos lo que ha hecho, es una forma de apropiarnos de eso. Además, vivimos en un mundo donde toda la gente tiene títulos. ¿Ustedes han oído como presentan a los señores? Ellos son tal, hicieron, construyeron. Es importante que en cada proceso demos su estatus a las personas y sepamos frente a quien estamos.

4

Introducción

He llamado a este taller “Claves feministas para liderazgos entrañables” porque este título, para mí, sintetiza una serie de claves para abordar el tema del liderazgo de las mujeres desde nuestra perspectiva filosófica, la perspectiva feminista. Plantearnos el tema de los liderazgos de las mujeres desde el feminismo nos coloca ante una visión del mundo específica, una visión analítica, ética y política. Porque la clave de las feministas es que el compromiso en primer término es con nosotras, con las mujeres. También con los hombres; con una sociedad que sea espacio de desarrollo y acogimiento de las personas; con una cultura que nos dé sentido, perspectiva y que nos abra al tiempo, ahora que estamos en el umbral del milenio.

Utilizo el concepto “entrañables” porque cuando hacemos política generalmente usamos un lenguaje masculinizado y no tenemos suficientes categorías propias para nombrar las cosas como queremos. Entonces, “entrañables” significa: con las entrañas, con el corazón, con lo que somos y lo que queremos ser. Porque somos esenciales para la vida, y sobre todo, porque somos portadoras de alternativas para hacer viables a la sociedad y al mundo. También significa los tipos de liderazgos que queremos hacer y en los cuales podemos desarrollarnos las mujeres feministas; éstos no son liderazgos de cualquier tipo, los liderazgos del pasado. Son los liderazgos que hemos ido inventando y descubriendo millones de mujeres en el mundo. Los que tenemos y necesitamos en muchos lugares; ejercidos por mujeres entrañables que impactan en sus comunidades, en sus grupos, en sus organizaciones.

Este tipo de liderazgos tiene varias características, entre ellas, que su impacto se separa en dos vertientes fundamentales: una, es el convencimiento. Y ese es un aporte de los liderazgos de las mujeres en todo el mundo, porque no buscan imponer, buscan convencer, muchas veces en minoría y desigualdad. Si hacemos la historia de los liderazgos de las mujeres veremos que están marcados por la intencionalidad profunda de convencer a un mundo que desconfía, que desacredita la palabra de las mujeres, sobre todo cuando proponemos cambios radicales en cuanto a las relaciones entre los géneros. Entonces, una clave interesante en los liderazgos es la firmeza y la convicción en torno al convencimiento, aun en desigualdad. Las mujeres

contemporáneas tenemos la marca de la Ilustración, tratamos de dar luz con conocimientos, con argumentos, con una racionalidad que suponemos y queremos universal.
La otra vertiente es que no solamente buscamos convencer ideológicamente con nuestros argumentos y con nuestras propuestas, sino también con acciones. Los liderazgos de las mujeres son liderazgos de acción. Los liderazgos intelectuales son liderazgos de acción, los comunitarios también. Y eso, a su vez, impacta en la dimensión más profunda de los liderazgos, la ejemplaridad; son ejemplares. Nosotras tratamos de hacer algo extraordinario y muy interesante: volver vida misma lo que suponemos como idea del mundo. Es decir, hacer de las utopías, topías personales y colectivas. Cada mujer en sus acciones internaliza, traduce a la vida aquello que se propone como alternativa de mundo. Esta relación entre el pensar, el ser y el existir me parece que es una clave histórica y filosófica de los liderazgos de las mujeres.
No podemos pens ar a las mujeres y a sus liderazgos, si no tomamos en cuenta esta característica única. Y es única porque los liderazgos tradicionales de los hombres no han buscado la coherencia entre el pensar y el vivir, y tampoco han sido analizados así. Han existido liderazgos de hombres carismáticos, pero en su intencionalidad no está llevar a su vida personal su propuesta filosófica y política. La clave, la ruptura epistemológica y paradigmática de las mujeres contemporáneas es la intención de llevar a la vida misma, en el tiempo presente, las propuestas

utópicas. Y eso es una marca de género de los liderazgos de las mujeres. Esa es mi perspectiva de análisis.
Quiero explicar el método y los ítems que voy a tratar a lo largo del taller. En primer lugar, una definición de género y liderazgo interpretados desde la perspectiva de género y la filosofía feminista. Voy a tratar de hacer un análisis de la antropología del liderazgo, en qué consiste, cómo están caracterizados los liderazgos de las mujeres y qué tiene que ver eso con la cultura y la sociedad. Y también incluir un tercer punto analítico para pensar cualquier liderazgo, y es la coyuntura; es decir, en qué temporalidad nos ubicamos, el espacio político y social en el que hacemos el análisis.
Un segundo componente de este eje es la agenda política. Vamos a ver que hay una relación fundante entre agenda política y liderazgo, por lo tanto no podemos analizar los liderazgos fuera de las agendas políticas sino a través de ellas. Las mujeres no siempre hemos tenido agendas políticas; y cuando las hemos tenido, no siempre han sido globales y a la vez particulares como ahora. Es decir, que por primera vez en la historia las mujeres miramos al mundo desde un piso político propio, que aunque está en confrontación política y en desigualdad, es un piso de referencia identitaria. Actualmente, las mujeres podemos tener identidad política de género, cosa que no ha sucedido a muchas de nuestras antecesoras que han tenido otras identidades políticas y no específicamente la de género.
Un aspecto clave, al que le voy a dedicar espacio en el taller, es el perfil de las lideresas como un conjunto de atributos que ya existen y como propuesta formativa pedagógica fundamental. Y un último punto es la filosofía política para los nuevos liderazgos, la ética, que desde luego es la clave, la estructura vertebral de los mismos. Uno de los más grandes aportes feministas es que la ética antecede a la política, la prefigura y configura.

PRIMERA PARTE
Género y liderazgo

1 – Los supuestos de la modernidad
En todos nuestros países ya existe una gran cantidad de liderazgos de mujeres. No imaginamos que queremos que haya liderazgos, más bien nos pensamos desde una acción política, práctica, en la que hay una tradición importante de liderazgos de mujeres.
Hasta el siglo pasado, la participación de las mujeres en muchos procesos se realizaba como parte de comunidades, de pueblos o de grupos. No había una participación específica de las mujeres separadas –quiero subrayar el concepto, es una clave muy importante -, es decir, separadas de sus comunidades, de los hombres, con una cierta independencia. Es en el siglo XX que los liderazgos de las mujeres van emergiendo con un perfil y un papel propios en los grupos sociales, en los movimientos sociales. Muchas veces, la participación de las mujeres ha formado parte de otras categorías sociales, no ha sido definida como categoría social de género, tal como lo hacemos ahora. La clave es que esa participación se ha ido transformando desde una participación social y política como parte de otros universos, a una participación política con una referencia de identidad propia prefigurada por las mismas mujeres.
También ocurre que la sociedad se impacta profundamente con los liderazgos de las mujeres y con los movimientos lidereados por mujeres. En el umbral del milenio todavía existen personas que se asombran porque hay mujeres participando en procesos políticos, todavía hay quien considera a las mujeres ajenas a la política; o bien, que sobrevalora la presencia de las mujeres en los movimientos sociales y políticos considerando que con su sola presencia ya hay igualdad.
Por lo tanto, quiero partir de la siguiente visión: somos mujeres del siglo XX y, por lo tanto, estamos encapsuladas, enmarcadas en la cultura de la modernidad. Esa cultura que nos define tiene un supuesto político, la igualdad; pero, ya lo sabemos, la igualdad enunciada o normada no corresponde necesariamente con procesos de igualdad social ni con procesos en la experiencia vivida. Entonces, la contradicción que marca la participación social y política de las mujeres del siglo XX – y también las del siglo XIX y las de la mitad del siglo XVIII en los países de la modernidad -, es la contradicción entre la igualdad supuesta y la desigualdad real. Esa contradicción es la que marca la definición política de las mujeres.
En algunos procesos históricos, las mujeres han dado por supuesta la igualdad porque consideran que es una característica de definición ontológica; en otros procesos políticos han asumido que la igualdad no existe y tienen que luchar para construir la igualdad. La sociedad es distinta en la modernidad, ha cabalgado entre la norma de la igualdad y una desigualdad legítima. Por ejemplo, la desigualdad entre los géneros en América Latina es parte de la identidad nacional de nuestras culturas políticas.
Ahora bien, existe una permanente confusión ideológica entre desigualdad y diferencia, un juego a veces perverso, cultural e ideológico, en las visiones hegemónicas de nuestras sociedades que hace suponer que la diferencia es positiva por sí misma. Conectan este ideograma con la creencia de que la desigualdad está asociada a la diferencia. Por lo tanto, desaparecer las desigualdades

sería arrasar con la valiosísima diferencia. En la cultura se ha asentado el supuesto de que diferencia y desigualdad son connaturales, conceptos articulados e imprescindibles uno del otro, marcando el perfil y la participación política de las mujeres en la modernidad. Resumo la idea: la falacia de la igualdad es una contradicción. No hay igualdad, pero la suponemos como si fuera un principio vigente porque en algunas sociedades está consignada jurídicamente en las constituciones.

8

Por su lado, los conceptos democracia y desarrollo forman parte de la modernidad, pero obviamente en la mayoría de los países aunque las mujeres hayan participado social y políticamente, la democracia y el desarrollo no han sido formulados ni pensados para abarcarlas como sujetas de la historia. Las democracias han sido concebidas por los hombres, aunque las mujeres hayamos luchado por ellas; y el desarrollo ha sido una clave de horizonte, de futuro, pensado por los hombres y para categorías sociales que no contemplan a las mujeres. En ambos casos, democracia o desarrollo, se piensa en categorías como el pueblo, la clase, la nación, la sociedad, los grupos particulares. Es hasta ahora que las mujeres nos hemos apropiado de ambos conceptos y los planteamos desde el género formulando propuestas como la democ racia genérica.

La democracia genérica, apuntaré brevemente, es una revisión crítica de las concepciones modernas sobre democracia; se basa en el planteamiento de que ésta no contempla la inclusión protagónica de las mujeres. Por lo tanto, propone construir otro tipo de relaciones democráticas y otro modelo democrático que incluya no solamente a las mujeres, sino que – más complejo aun -, se modifique el posicionamiento de los hombres y se establezcan relaciones democráticas entre los géneros.

Este es el paradigma desde el cual podemos analizar la participación social y política de las mujeres. Y nos permite reconocer que las mujeres hemos participado siempre desde la marginalidad democrática, desde la periferia de la democracia, o desde los “no lugares”, como diría el antropólogo Marc Augé. Las mujeres y cualquier grupo excluido, sabemos lo que es estar en un “no lugar”, pretendiendo participar; participando como si estuviésemos dentro, pero en realidad estando fuera. La democracia genérica es un aporte feminista, crítica a la democracia patriarcal y al mismo tiempo, construcción de una alternativa paradigmática que se complementa y articula con este concepto de la modernidad que es el desarrollo.

Pero este concepto, además de haber sido pensado sobre la base de criterios discriminatorios de género, también ha sido pensado con criterios racistas, de exclusión. Desde la perspectiva feminista, las mujeres que estamos incorporadas tratando de cambiar el mundo, queremos que el desarrollo sea el conjunto de mecanismo de inclusión de las mujeres a un piso de condiciones de vida favorables, no atentatorias para la vida, el medio ambiente, el patrimonio cultural o el capital humano, como diría Pierre Bourdieu. Al contrario, un tipo de desarrollo que pueda desmontar la destrucción del medio ambiente, del patrimonio cultural e histórico y que pueda desmontar la destrucción del capital humano que se ha puesto en marcha de manera beligerante, radical y voraz. Pero además, un tipo de desarrollo que se concrete en una clave que ha estado invisible para todos los desarrollistas patriarcales: el desarrollo personal de cada mujer y de cada hombre como prioridad inmediata práctica, no como consecuencia utópica.

Esta visión va adquiriendo una aceptación cada vez mayor entre las mujeres de todo el mundo. Nunca antes en la historia ha habido una coincidencia cultural de horizontes tan importante, con mujeres de culturas diferentes, con una plataforma con sentido de presente y futuro. Nunca como hoy habían coincidido mujeres africanas y latinoamericanas, nórdicas y australianas. Por primera vez estamos construyendo categorías de género intragenéricas, de identidad, de conexión, y como ahora somos internautas, la conexión es más fuerte. Pero, sobre todo se debe a que hay una conexión paradigmática, de sentido, de filosofía, de propuesta, de práctica de vida, de acciones concretas muy semejantes. Por primera vez estamos construyendo una semejanza a voluntad. Las mujeres tenemos voluntad de construir hilos de semejanza filosófica y política entre nosotras, y eso es asombroso porque se creía que nuestro género estaba

9

especializado y limitado a la creación de la vida humana. Ahora resulta que somos creadoras de cultura y no sólo reproductoras de cultura por la dominación patriarcal. Todos estos elementos confluyen en nuestras formas de participación y desde luego en los liderazgos posibles y existentes.

Sintetizando sobre lo que he llamado la construcción de la democracia y el desarrollo humano sustentable con perspectiva de género, quiero decir que coincidimos con hombres paradigmáticos. No es sencillo armonizar coincidencias pero, en efecto, el paradigma del desarrollo humano sustentable y la democracia también ha sido pensado por hombres que forman parte de categorías sociales, movimientos políticos; hombres y mujeres que no nos creímos el final de la historia con la que nos amenazaron los filósofos de la post modernidad.

No creíamos que se había acabado la opción de compromiso social en la historia porque terminaron procesos históricos sociales, la caída del muro de Berlín o el cambio de régimen social y político en los países de la esfera socialista; no creíamos que el neoliberalismo no tiene salida, que la dominación depredadora del capital es un destino infranqueable, que la desigualdad es parte de la naturaleza humana; sino que con la experiencia de vida hemos remontado las crisis, observado la caída de muros y el alzamiento de otros tal vez peores, pero hemos mantenido nuestra visión crítica de compromiso social, sin dogmatismos, tratando de construir alternativas. La clave es que asumimos que es preciso construir democracias más complejas, más incluyentes, más abarcadoras y el desarrollo como progreso incluyente, con rostro humano, como ha dicho un gran maestro del desarrollo humano sostenible.

Esta es otra clave en este gran paradigma de la democracia y los liderazgos de las mujeres que nos acerca mucho a las pequeñas minorías de mujeres que en el siglo XVIII lucharon por la igualdad de las mujeres en relación con los hombres – y fíjense como lo enuncié: igualdad de las mujeres en relación con los hombres -. Las revolucionarias de la revolución francesa lucharon por la democracia y lucharon por la igualdad, pero cuando los revolucionarios dieron por concluido su proceso decidieron que las mujeres se fueran a sus casas y ellas decidieron que querían ser ciudadanas. Olimpia de Gouges, nuestra maravillosa predecesora, planteó uno de los aspectos históricos del feminismo, los derechos de las mujeres y las ciudadanas; esa clave del siglo XVIII está presente hoy en día en el marco de la participación social y política de las mujeres, pues éste

tiene que ver con la construcción de la ciudadanía de las mujeres. Así, desde la perspectiva de nuestro género, la democracia consiste en montar las condiciones necesarias para que las mujeres seamos ciudadanas. Actualmente no lo somos.

En 1999 no hay ciudadanas plenas en ninguna parte del mundo. Existe lo que llamamos genéricamente, una ciudadanía mutilada de las mujeres, incompleta, inadecuada, que le falta igualdad. Nada más que a finales del siglo XX ya no pensamos la igualdad de las mujeres en relación con los hombres como lo hacían Olimpia de Gouges y sus congéneres revolucionarias. La igualdad de las revolucionarias del siglo XVIII era androcéntrica, los hombres eran la referencia; la igualdad consistía en igualarse a los hombres. Las radicales del siglo XX decimos que la igualdad entre los géneros, y dentro de los géneros, es una cosa compleja y complicada. No nos planteamos el tema desde el androcentrismo, sino para eliminar el centrismo; es decir, para eliminar el centro político como lugar privilegiado de la dominación. Nos proponemos la igualdad como una relación entre términos y no como igualación con. Es la igualdad de la relación entre mujeres y hombres, y entre hombres y mujeres; pero al mismo tiempo entre mujeres y mujeres y entre hombres y hombres; y luego con todas las categorías sociales a las que pertenecemos.

La ciudadanía de las mujeres

La ciudadanía de las mujeres está marcada por la más grande construcción filosófica que hemos elaborado las mujeres en este siglo, los derechos humanos de las mujeres. La creación de los derechos de las humanas es la verdadera armazón de la ciudadanía de las mujeres aunque todavía no forman parte de la cultura política social, todavía no son conciencia colectiva suficiente. La ciudadanía, como forma de estar en la democracia, es la construcción de la humanidad de las mujeres.

Nosotras, las milenarias, estamos haciendo algo extraordinario, se trata de un cambio civilizatorio. Estamos construyendo la humanidad de las mujeres. La hemos imaginado antes a través de muchas ideologías, algunas muy antiguas, a través de mitos, de creencias religiosas e ideológicas, a través de filosofías. Pero un día a lo largo de estos siglos muchas mujeres dejaron de creer que la igualdad existía, y por descreídas hacemos esta innovación que consiste en asumirnos como autoras protagónicas de la humanidad de las mujeres, de los derechos de las humanas. También estamos empeñadas en la construcción de otra ciudadanía para los hombres -y esa es otra clave política de género -. Si decimos que nos proponemos transformar las relaciones entre mujeres y hombres, también nos proponemos construir otras claves de ciudadanía para los hombres. La propuesta implica una reforma profunda, contundente, de la condición masculina también.

Un aspecto fundamental es eliminar su autoreferencia, su autodesignación, su autorepresentación universal de todos los seres humanos. Si algunas de nosotros ni siquiera hemos sido ciudadanas, otras hemos sido ciudadanas mutiladas, muchos hombres tampoco han sido ciudadanos y muchos otros más lo han sido con un sobrepoder de la ciudadanía. Ese plus de poder, es el poder de género patriarcal. Nuestra propuesta consiste en eliminar el plus poder patriarcal de los hombres; eso es imprescindible en una concepción de democracia y convivencia distinta entre mujeres y los hombres.

La clave es muy importante. Las mujeres ciudadanas han estado en desigualdad de género y millones de mujeres ni siquiera son ciudadanas; en el caso de los hombres, millones de ellos tampoco son ciudadanos, cada vez los ciudadanos hombres son menos. Pero tanto los que son y los que no son ciudadanos tienen el referente político del plus poder, sin excepción. Eso quiere decir que para tener poder de género los hombres no han requerido de la ciudadanía, pero en cambio, han incrementado su poder con los derechos y los poderes adquiridos a través de la ciudadanía. El más “prángana de los pránganas”, el más desarrapado, el más pobre, tiene poderes masculinos patriarcales. No ha necesitado la ciudadanía para ingresar al piso de género que lo legitima como patriarca.

La propuesta feminista, entonces, implica humanizar a los hombres desde una perspectiva feminista. El punto de partida es una propuesta de orden social y político, de modo de vida para las mujeres y los hombres. Es una propuesta de civilización, para la sociedad, para las relaciones entre las sociedades, y también para la cultura, porque hoy como nunca la cultura deberá pasar por canales globales. La propuesta feminista, el paradigma feminista es incluyente. Esa es su clave ética, la inclusión. Por eso nuestras consignas han sido: ampliemos los espacios, distribuyamos los recursos y una serie de otras estrategias políticas feministas.

La ciudadanía es un espacio en el que nos movemos, un espacio simbólico en el que actuamos para transformarlo y construir las bases mínimas de la democracia genérica. Para poder hacer todos estos cambios las mujeres actuamos en diversos espacios, pero especialmente en uno

importante, simbólico y político, de acogida, que no es natural, que es histórico: el espacio de la sociedad civil. El espacio de la sociedad civil ha adquirido una importancia ideológica enorme en los últimos tiempos; sobre todo en aquellas sociedades que habían adquirido una enorme conciencia de estado. Parte de la democracia contemporánea ha consistido en buscar una relación distinta entre el estado y la sociedad civil. Le podemos poner muc hos nombres a los procesos en los países y a la lucha política para cambiar los contenidos estatales planteada desde muy distintos sujetos, clases y grupos sociales. Entonces la sociedad civil y el estado son dos espacios fundamentales en la participación social y política para pensar y articular los liderazgos de las mujeres.

El ámbito de la sociedad civil

La sociedad civil está configurada por el conjunto de organismos privados en la sociedad. Recientemente han adquirido mucha relevancia con el desmantelamiento del estado ampliado, el estado benefactor, o el estado social. Los procesos, llamados de adelgazamiento del estado, el estado a dieta, el estado recortado, el estado limitado, la minimización del estado, se han planteado frente a la maximización de la sociedad civil. Cualquier proceso debemos analizarlo en esta dimensión.

Ahora bien, si planteamos cambios tan radicales y tan profundos, estamos planteando la transformación del estado y la transformación de la sociedad civil. La sociedad civil ha sido un espacio de emergencia –y lo digo en el sentido de urgencia-, y de surgimiento para las mujeres, es una doble emergencia; emergemos como protagonistas sociales y políticas en la sociedad civil, pero también surgimos por una emergencia vital, porque nos han pasado cosas en la vida,

desastres climáticos y personales.
La participación de las mujeres es muy diversa, muy rica, es casi inclasificable; pero tiene ciertas características que corresponde con la fragmentación de la sociedad civil contemporánea, pues cada actor está articulando proyectos desde su protagonismo. Cada sujeto, cada actor social, cada autor social y político, articula el mundo desde su dimensión propia, y así como nosotras estamos emergiendo, otros sujetos también lo están haciendo. Otros sujetos están adquiriendo un perfil y una identidad que se plasman en la construcción de instituciones u organismos específicos.
La sociedad civil es todavía un gran océano de particularidades. Están por ejemplo, las organizaciones o instituciones que reivindican, representan o articulan las acciones de las personas discapacitadas, de la tercera edad, pero analfabetas. Hace 20 años estábamos en la discapacidad, hoy estamos en la definición de las particularidades del conjunto de condiciones históricas que se articulan en cada sujeto social. Hemos pasado de la invisibilidad de nuestras configuraciones a la visibilidad macro, supra, y en el caso de las mujeres, genérica, que abarca a todas, a la identificación de la particularidad. Por otra parte, la sociedad civil también padece esta otra fragmentación que es temática; por ejemplo, el tema del medioambiente y el desarrollo de los recursos del medio ambiente es específico. En él confluyen gran cantidad de protagonistas y autores, pero que se especializan en eso. También estamos las que trabajamos temas de la salud, y en el interior estamos las de la salud y las mujeres, y aun más adentro, las de los derechos sexuales y reproductivos; luego están otras que sólo trabajan en los reproductivos y no los sexuales. Esa prefiguración ha tardado cuarenta años desde de la emergencia de sujetos sociales con identidades propias hasta llegar a una prefiguración política muy acotada, con sujetos y temas que articulan las agendas políticas de la sociedad civil.
12
Pensar los liderazgos de las mujeres es ubicarlos en ese mar de la sociedad civil en que emergemos, tratamos de nombrarnos, pero al mismo tiempo estamos fragmentadas, particularizadas. Adicionalmente, en la sociedad civil cada quien mira su propio beneficio. La sociedad civil se nombra como una colectividad, en ello se producen luchas políticas y tensiones impresionantes por la autodefinición. Ahora bien, para ampliar esas colectividades se necesita hacerlo afirmativamente; eso genera tensiones y a veces no hay posibilidades de articular visiones complejas en las que encontremos intereses comunes.
El ámbito gubernamental
Otro ámbito muy importante de los liderazgos de las mujeres es el gubernamental. Quiero ubicarme en los liderazgos que tienen que ver con el género porque también ha habido mujeres en los gobiernos latinoamericanos pero no con un perfil específico de identidad de género. En la actualidad lo notable, lo interesante, es el surgimiento de mujeres gobernantes con perspectiva de género y eso es una innovación política en la gobernabilidad; o sea, en la capacidad de las instituciones gubernamentales de relacionarse políticamente con la ciudadanía, las instituciones de la sociedad civil y la sociedad en su conjunto.
Lo novedoso es que hay mujeres gobernando que asumen una identidad positiva y gobiernan desde una perspectiva de género. El siglo entero ha transcurrido desde la exclusión total de las mujeres en el gobierno hasta la inclusión a cuenta gotas en ciertos niveles de gobierno. Pero en esa situación, las mujeres no reivindicaban específicamente su género y tampoco trataban de modificar las relaciones de poder entre mujeres y hombres, sino que participaban haciendo políticas de gobierno muy mimetizadas – subrayo la palabra porque es una característic a de las mujeres políticas -, y además asumiendo las políticas tradicionales que se hacen desde ahí.
Después conforme las mujeres de la sociedad civil luchábamos con una perspectiva identitaria de género, logramos crear condiciones para que hubiese más mujeres en el nivel gubernamental y luego, para que llegaran a él las mujeres feministas. Les voy a contar con mucho orgullo que desde la semana pasada la ciudad de México es gobernada por la primera mujer feminista en la historia de la ciudad; se llama Rosario Robles, es una economista, pobre, luchadora de toda su vida, sindicalista convencida, militante política de izquierda, y feminista. Ahora entró al gobierno en la ciudad de México.
Este proceso de cambios lo hemos construido y ahora tenemos, por ejemplo, en los gobiernos de casi todos los países, instituciones ligadas al género. Vamos a tener mujeres en los organismos gubernamentales, legislativos, judiciales, en todo el gobierno y el estado. Pero además de que en nuestros países empiezan a haber gobernantas con perspectiva de género también ha ocurrido otro cambio político radical: la creación de instituciones gubernamentales de diverso tipo para lograr el avance de las mujeres, y no solamente eso, sino también de modificar las relaciones de poder entre los géneros y las instituciones.
Ahora bien, para que hubiese gobernantas con perspectivas de género se han tenido que cumplir varios pre-requisitos. El primero de ellos que hubiese movimientos sociales de mujeres, movimientos políticos de mujeres, organizaciones civiles que han hecho avanzar las políticas específicas. En segundo lugar, que se modificaran las reglas de ingreso al gobierno en Brasil, en Chile, en todas partes. Y en tercer lugar, que tuviera lugar la creación de instituciones específicas de gobierno para impulsar políticas de género y/o hacia las mujeres. Entonces, todos esos prerequisitos han permitido el avance en el escalafón político gubernamental.
13
Las mujeres en los gobiernos frecuentemente llegan a sus cargos por procesos partidistas. Los partidos son espacios superconcentrados donde los liderazgos de las mujeres se desarrollan en medio de una tensión muy fuerte entre quienes están dentro de los partidos y quienes no pertenecen a ellos. Y los partidos políticos en América Latina tradicionalmente hablan en nombre de todos, en nombre del pueblo, de la nación, incluso de aquellos a quienes no pueden representar. Ese hecho entra en contradicción con mujeres que luchan por representarse a sí mismas.
Ahora bien, entre las mujeres que pertenecen a los partidos políticos y los compañeros de esos partidos se producen no solo desacompañamientos frecuentes, sino también confrontaciones durísimas respecto al género. Las contradicciones ocurren porque las mujeres que militamos dentro de los partidos asumimos nuestra condición de género como un elemento fundante de nuestra identidad política, pero la identidad partidista es homogenizadora y no soporta identidades particulares. Y entonces ocurre que si las mujeres reivindican sus derechos se piensa que están dividiendo la política, al partido, o al movimiento democratizador.

La lucha política

Esa clave nos remite a otra característica de las lideresas y de las mujeres participantes en la política: la múltiple y diversificada militancia política. Hace dos décadas discutíamos si se valía la doble militancia, si se valía estar en un partido político y en un organismo de mujeres al mismo tiempo. Entonces se pensaba que era una traición a los principios de los partidos. También se discutía en los partidos liberales, socialistas, socialdemócratas, demócratacristianos y demás, si las mujeres podían tener un espacio específico dentro de ellos, porque ellas han reivindicado espacios propios y/o una problemática específica, política y práctica. Eso ha prefigurado otra tensión dentro de los partidos. El verdadero problema consiste en que al agruparnos, las mujeres nos potenciamos individualmente como género. Entonces en los partidos tradicionales, que reconocen otras categorías sociales y no a los géneros, surge un nuevo sujeto político y un nuevo grupo de poder. Pero no se trata solamente de que nos convertimos en sujeto político activo y actuante, sino que nos vamos convirtiendo en fuerzas semi-autónomas de potenciación de las mujeres dentro de los partidos.

Ahora bien, a causa de la ruptura permanente entre gobierno y sociedad en los países latinoamericanos, los procesos feministas se han caracterizado por ser procesos políticos de oposición en la mayoría de las ocasiones. Eso vinculó por muchos años la marca identitaria de las feministas con las posiciones de oposición y no correspondía siempre con lo que queríamos las mujeres. Por eso, aún cuando hay mujeres gobernantes que impulsan políticas a favor de las mujeres existe un extrañamiento entre las mujeres de la sociedad civil y las mujeres de la sociedad política. Ello ocurre porque a veces, las mujeres en el gobierno no se reconocen en las mujeres de la sociedad civil; y las mujeres que estamos en la sociedad civil no nos reconocemos en las que están en el gobierno.

Ello nos remite a otro aspecto clave de este siglo: la lucha política entre las mujeres. Al surgir de la marginalidad, frecuentemente las mujeres nos encontramos con la oposición de los hombres; pero además, al participar con enfoques, visiones de cambio y propuestas distintas de las tradicionales, frecuentemecte nos encontramos también con la oposición de mujeres potenciadas – subrayo la palabra -, que defienden el orden establecido. Entonces se produce lo que llamamos la lucha entre las mujeres; entre aquellas emergentes con rostro de mujer, reivindicando nuestros derechos y las que participan, no como sombras de sus aguerridos machos, sino como activas defensoras del orden patriarcal. Y de ahí surge otro tipo de liderazgos entre las mujeres que buscan alternativas y

las que defienden el estatus quo. Por ejemplo, en el proceso de Beijing se observó un hecho interesante; ahí participaron mujeres que emergieron en liderazgos conservadores, patriarcales, como defensoras del orden. En países como Estados Unidos y los europeos desde hace años existen liderazgos de mujeres antifeministas reconocidas y con peso político. Ese es un aspecto sobre el que debemos poner atención y discutir claramente como relacionarnos con mujeres emergentes que ocupan espacios importantes, que luchan por sus derechos, pero con una visión distinta a la de los derechos humanos de las mujeres.

Un último aspecto relacionado con los gobiernos es el surgimiento gradual de políticas públicas con perspectiva de género. Esto a veces no se comprende porque muchos de estos gobiernos se basan en estrategias neoliberales y al mismo tiempo impulsan políticas públicas con perspectiva de género. Pareciera que es contradictorio con la filosofía política gubernamental pero sucede. Es posible que en política se encuentren alternativas antagónicas, pues las instituciones del estado son espacios de lucha política; y la confluencia de varios factores mundiales ha hecho que ciertos gobiernos apliquen políticas con perspectiva de género, sobre todo en temas como la pobreza, violencia y salud, los tres ejes de prioridad gubernamental en cuanto al género.

En esa dimensión social se conjugan los recursos para programas y eso tiene que ver con políticas mundiales de enfrentamiento de la exclusión. Es decir, por un lado se crea exclusión, y por otro se aplican ciertos paliativos. Al mismo tiempo nosotras luchamos en los movimientos sociales por aquellos grupos más desfavorecidos de mujeres, lo que conforma una confluencia entre políticas internacionales, políticas gubernamentales y orientación ideológica de las mujeres de la sociedad civil que tienen una preferencia por las pobres. Esa triple confluencia hace que todos los esfuerzos se orienten hacia las mujeres más desfavorecidas. Pero van quedando en el desamparo otras mujeres que no son enfocadas en las políticas públicas, y por las cuales no se hace una lucha abierta por la construcción de su ciudadanía.

Estos ejes de políticas son solo una muestra de que están avanzando las políticas de género no solamente por la fuerza real de las mujeres, porque eso no explicaría por qué avanzan las políticas de género, sino también por la globalización. Desde otras perspectivas la globalización es terrible, es el avance del liberalismo; pero desde la perspectiva de género, ahora hay más recursos de vida gracias a la globalización. Hay mayores recursos políticos, pues las redes intergubernamentales e intragubernamentales, las agencias internacionales, los organismos regionales son fuerzas políticas activas que forman parte de la geografía política de las mujeres. Ya no podemos pensarnos como seres aisladas, fuera de la cooperación internacional.

Las mujeres contemporáneas y las perspectivas y políticas de género tienen que ver con la cooperación internacional y con la expresión, a ese nivel, de lo que se ha alcanzado por las mujeres en los países desarrollados; eso es un parámetro para todas. Las agendas políticas de las mujeres no se cocinan en la propia casa, salvo una parte del proceso; en general, la realización de cualquier agenda política, investigación, enunciado de problemas o definición de alternativas es global. Y eso es algo que debemos recoger como parte de nuestra identidad. Muchas veces, las mujeres tenemos identidades muy locales y queremos que nuestro raigambre esté en el terruño; las mujeres contemporáneas debemos tener una raigambre global.

Ahora quiero referirme a la cultura, a dos aspectos de ella: Como dimensión simbólica en la que se desarrollan liderazgos de mujeres, y las características de la cultura en las mujeres contemporáneas.

La dimensión cultural

Quiérase o no, pensamos en parámetros transnacionales, tenemos creencias, valores y formulaciones elaboradas por mujeres en espacios que no son los locales. Antes de eso ninguna generación de mujeres había vivido eso: mujeres creando cultura, pero siendo seres aculturadas por una cultura global de género. La cultura, como espacio de reproducción de la concepción del mundo y de la vida ha experimentado cambios de oro para las mujeres, tanto en los espacios

educativos como en los medios masivos de comunicación, que en realidad son de información.
El primer cambio se refiere a la creación de espacios propios educativos, fuera de los espacios normales y formales de la educación escolarizada. Es el pequeño grupo de estudios con el que comenzó alguna mujer, y en el que empezaron a reunirse varias para leer, a pasar la fotocopia que ya no se mira, hasta convertirlo en un círculo de estudio. Luego eso se transformó en una materia, en un taller, o en ONG. Todas las ONG son espacios alternativos de educación. Esa función es alternativa en dos sentidos: porque no ocurre en espacios tradicionales y porque difunde visiones alternativas a las hegemónicas. Y las ONG de mujeres han hecho la transmisión de los saberes de género entre las mujeres durante varias décadas, se han convertido en espacios pedagógicos.
El segundo cambio se refiere a la sensibilización. Es claro que tenemos una cultura profundamente misógina y reacia a los cambios de género. Entonces, en ese proceso lo primero es la sensibilización y luego la capacitación, porque no tenemos personas capaces de investigar, proponer y difundir. Antes, las universidades no capacitaban en esos temas, entonces la alternativa histórica en nuestro continente fue construir estos espacios pedagógicos.
Y el último paso ha sido la formación. Ya no basta capacitar con ideas fragmentarias, con habilidades técnicas; es necesario formar profundamente a las personas, sobre todo a las mujeres. Entonces, inicia un fenómeno de surgimiento de procesos académicos y se crean espacios para estudios de género dentro de las universidades. Se organizan pequeños seminarios, cursos y demás. Estamos en una fase interesante, en muchos países de América Latina las universidades tienen estudios de género. Eso quiere decir que se han formado académicas, profesoras, investigadoras especializadas con una perspectiva de género. Lo mismo ocurre con las ONG. En este momento tenemos un capital cultural excelente, tenemos mujeres especialistas, publicaciones importantes, un pensum , un conjunto de saberes y conocimientos producidos desde esta visión del mundo. Pero necesitamos pasar esta etapa porque las universidades siguen transmitiendo visiones científicas patriarcales, políticas patriarcales.
Otra vertiente latinoamericana es la vertiente artística. Todas las mujeres artistas, escritoras, poetisas, cuentistas, novelistas, rockeras, pintoras, coreógrafas, bailarinas, músicas han desarrollado una de las dimensiones más interesantes para la perspectiva feminista en América Latina. Pero, a veces no le damos importancia a la dimensión artística, porque muchas de las artistas no están organizadas políticamente. Acostumbradas a pensar como antes, no alcanzamos a ver el valor político de lo que hacen y por otra parte, muchas de ellas van solas en sus artes y transformaciones, haciendo su experiencia, sus lenguajes. Tardamos años en entender que cuando Gioconda Belli escribió La Mujer Habitada, estaba escribiendo feministamente, o cuando la cineasta que hizo Memorias de Antonia, o cuando Amy Tan escribió El Club de la Buena Estrella. También cuando la gran creadora australiana que inventó El Piano, Jane Campion o la cineasta nortemaericana que hizo la película de la colcha para una que se va a casar y todas se

reúnen a hacerle el regalo de bodas, que es una colcha, una tradición de las negras en Estados Unidos.
Hace 20 años no había cine feminista ni telenovelas feministas; en mi país se filmó una telenovela que fue un cambio impresionante, se llama Mirada de Mujer. Cristina Payán, la autora, murió de un cáncer en medio de la filmación. Es una telenovela en la que por primera vez se habla del aborto, la violación, parecía curso o taller. Tenemos toda la gama artística, pintoras maravillosas que han sido feministas. Puedo mencionar a Frida Khalo que fue una extraordinaria pintora, que pintó desde la soledad feministamente, desde la exclusión y la incomprensión porque era una señora que no hacía cosas revolucionarias, pintaba puros autorretratos. Ahora es emblemática, símbolo del feminismo en todo el mundo.
Esa es la cultura feminista, no estelar. No la ubicamos como parte de los procesos políticos significativos de nuestro tiempo, pero es una clave política fundamental de la participación de las mujeres. Y ahí hay liderazgos de mujeres simplemente por pensar de otra manera, por pintar de otra manera, por ver al mundo con otros ojos y transmitir su mirada. El arte es un espacio de los liderazgos femeninos, quiero que lo reconsideremos porque cuando pensamos en lideresas pensamos en las que están en movimientos populares, en las cámaras o en los partidos, y muy poco pensamos en las artistas.
El ámbito religioso
Otro de los temas más interesantes de la cultura en América Latina es el de las mujeres en la religión. Cuando se piensa en cambio, se piensa en lo laico, que cambiamos las que estamos en espacios laicos. Pero resulta que no es así, existe una gran cantidad de mujeres que han participado y ejercido liderazgos desde la religiosidad tradicional. En el continente tenemos historias de mujeres comprometidas con causas sociales, ejerciendo liderazgos religiosos; monjas que han acompañado procesos – las acompañantes de la vela perpetua -, acompañando a otros en opciones interesantes, en las iglesias católicas del continente, en la opción por los pobres.
Es un cambio radical e impresionante en las iglesias. En vez de quedarse guardadas, o haciendo educación para gente rica, haciendo salud, de enfermeras, o catequesis tradicional, empezaron a participar con grupos comprometidos en la transformación social. Todas las revoluciones de la segunda mitad del siglo en América Latina han contado con la presencia de mujeres religiosas, jugándose la vida todos los días. Otro cambio es el de las mujeres que como feligresía han desarrollado una conciencia de género. Y eso ocurre no sólo en las iglesias católicas. En casi todas las iglesias de latinoamericanas hay procesos de toma de conciencia de género en las mujeres, y ahí se abre un horizonte de lucha política fundamental que va a adquirir una relevancia extraordinaria. Las mujeres tienen que prestar atención de lo que significa adquirir conciencia de género en condiciones de religiosidad.
Si en la cultura laica los poderes patriarcales son enormes, en la cultura religios a son sagrados. La vertiente latinoamericana del vínculo entre teología de la liberación y opción por los pobres es muy importante; ahí se han conscientizado millones de mujeres creyentes, al darse cuenta que no hablaban de ellas, que la causa de los pobres abarcaba a otros y no a ellas. Hoy existen varias corrientes en los liderazgos de mujeres en las iglesias del continente; las principales son católicas y lideresas de diversas iglesias protestantes. No olvidemos que en nuestros países la conversión religiosa es uno de los fenómenos más interesantes de los últimos 30 ó 40 años. Ahora eso marca la vida política.

Entonces tenemos, mujeres de base que, por una parte, no están de acuerdo con la discriminación de género, que se sienten relegadas, que no tienen un papel preponderante, un nivel de conciencia. Por otra parte, sienten que sus creencias son patriarcales y se enfrentan a ellas criticando la estructura eclesiástica como una estructura jerárquica patriarcal y excluyente. Han adquirido una conciencia política, organizativa, estructurante de la iglesia y luchan porque se eliminen trabas para que las mujeres puedan acceder a ella. En las iglesias protestantes han habido mayores avances. Hay mujeres pastoras, mujeres con liderazgos muy interesantes. La problemática está en que no son apreciadas como congéneres políticas por las lideresas de otros espacios de la sociedad civil, de los movimientos políticos, de los partidos; las ven como las señoras de las iglesias, que quién sabe qué harán.

En otro nivel se encuentran las teólogas que sí se llaman feministas. La teología feminista es uno de los campos culturales y políticos más interesantes de nuestro continente. Y ellas están haciendo lectura crítica de las Sagradas Escrituras, otra exégesis; están creando mitos religiosos, otra dimensión de la espiritualidad y otra religiosidad. Para dar un ejemplo: acabo de estar con una teóloga en una conferencia sobre la leche de Dios y los pechos de Dios. Ella hizo una construcción simbólica de un Dios -Diosa, ensalzando todos los valores simbólicos de lo femenino. Estas mujeres están haciendo ese tipo de hermenéutica y exégesis, trasladando lo simbólico de lo masculino y patriarcal hacia un simbólico femenino. Todas esas corrientes son las que dicen: Dios es Diosa y además es negra. Algunas están desmontando conceptos, construcciones de las divinidades y remontándolas; otras, están en una redefinición de todo lo religioso, buscando reformular sus decisiones en el umbral del milenio. Es el caso de las teólogas judías que tenían prohibido el rabinato que es masculino.

Otra clave es que muchas lideresas religiosas en América Latina han sido mártires. Una de mis alumnas en el doctorado de ciencias políticas, Cecilia Rodríguez – es monja teresiana, doctorante en ciencias políticas -, está haciendo una investigación que se llama Profetismo y liberación en América Latina. Ese es el nombre de su tesis para su congregación y para que no la reprueben, el nombre entre nosotras es “Monjas libertarias en América Latina”. Es una investigación comparativa en cinco países, en procesos revolucionarios y ha buscado: primero, cuándo empezó lo que ella llama la inserción de las monjas en procesos sociales y luego, la época que corresponde con las luchas armadas, de las masacres y matanzas. Een esa época se sabe que las monjas fueron asesinadas y hoy que están en procesos de democratización no están con las armas en la mano, siguen luchando como muchas de nosotras. Entonces, en este proceso están pasando de ser mártires a ser ciudadanas.

Hay una línea de teólogas como Elsa Tamiz, en Costa Rica, que es directora de la Universidad Bíblica, que tiene el proyecto de recordar a un millón de mujeres. Con cada nombre de mujer memorable recoge un dólar y ya juntó un millón para hacer la parte de teología feminista en la universidad, para tener becarias de América Latina estudiando teología feminista y para que no se nos olviden un millón de mujeres. Un proyecto precioso. También están las rabinas, las musulmanas que en Europa, parte de Asia y Africa están haciendo una verdadera revolución teológica. Quiero mencionar a Nazrhin que está condenada a muerte por ser enemiga de la patria, a ella le aplicaron la fatwa, lo mismo que a Salman Rushdie, el gran escritor que fue condenado a muerte y que vive clandestino en las casas del mundo. Tazlima Nazrhin es una escritora pakistaní que escribió un libro que no he leído porque desapareció, fue prohibido; en él hace una pequeña revisión de género del Corán. Ella afirma que no se atrevió a decir nada, que su libro realmente le parece pésimo porque no dijo nada de todo lo que debió decir; pero ese libro, en el que no dijo nada, la condenó a muerte. Y como otras mujeres musulmanas está enfrentando la teología musulmana y la organización eclesiástica.

Los liderazgos de las mujeres están en todos los espacios que se nos ocurran. Hace algunos años esos liderazgos eran muy acotados, muy limitados en ciertos campos y espacios. Hoy, en cualquier espacio que se abra, surgirán liderazgos femeninos con visión de género porque ya forma parte de la cultura, – aunque sea minoritariamente la perspectiva de género – ya están en la cultura. Las jóvenes de hoy no surgen en la inopia, surgen teniendo que alfabetizarse en género, porque si no lo hacen, van a quedar rebasadas.

Comunicación y mentalidades

Ahora quiero abordar el campo de las mentalidades. No quiero ver la cultura solamente como una construcción crítica, organizada, de saberes, de difusión, de reproducción, sino como el campo de las mentalidades. Y como ejemplo tenemos a las mujeres comunicadoras que empiezan a emerger con nombre propio, las periodistas, las mujeres que hacen radio, las que hace televisión con perspectiva de género. La cultura global pasa por la comunicación y para que la cultura local trascienda tiene que pasar por ahí también. Para que los esfuerzos que realizamos dejen la era pre-Gutemberg y pasen a la era moderna, necesitamos ocupar los espacios de la comunicación. Los medios de comunicación son de los espacios laborales más feminizados. Hay una gran cantidad de mujeres trabajando y muchas de ellas están identificadas con el orden tradicional porque los medios han sido espacios de desarrollo hegemónico de las identidades tradicionales de género. No es una casualidad que ahí existan muchas dificultades, aunque estudien, aunque estén formadas. Están identificadas porque quieren llegar a ser y llegar a hacer, aquello que la fantasía de los medios les ha puesto enfrente: la gran estrella, la gran comunicadora de programa. Pero ahí también hay mujeres que están haciendo cosas interesantes. En América Latina ya tenemos periodistas con perspectiva de género. Tienen redes, grupos locales, nacionales, regionales y latinoamericanos, y están tratando de impulsar una visión no sexista en los medios. Están ejerciendo liderazgos muchas veces no comprendidos y no considerados, pero tienen que llevarlos adelante, colocarlos junto con una visión de las cosas, y potenciarlos como lenguaje. Las periodistas han sido uno de los grupos de identidad más difíciles para incorporarse a una perspectiva de género feminista, pero las que ya entraron, están superconvencidas. Muchas mujeres están haciendo radio. En América Latina tenemos todo el movimiento de radios comunitarias que es sobre todo femenino. Son mujeres de las comunidades, de los barrios, de los pueblos, que están haciendo radio con una perspectiva de género. Tenemos esa experiencia formativa y pedagógica, tratando de transmitir nuevos valores, pero aún no sabemos a ciencia cierta qué está pasando.

En el caso de la televisión el esfuerzo es extraordinario porque es un medio autoritario y tradicional; es el medio de mayor control político que existe. La radio y el cine son mucho más

democratizadoras que la televisión. El control político social de la ciudadanía se logra con la televisión, es el medio educador de mentalidades más importantes hoy día. Ese es el lugar más duro en el cambio de las mentalidades. Y tenemos que ver a las compañeras que están ahí como verdaderas puntas de lanzas que están abriendo el espacio más difícil y más caro de todos los espacios políticos. Las mujeres que están en la televisión están ocupando uno de los espacios en los que se potencia la voz, la imagen, y todo.

La otra dimensión de las mentalidades somos todas nosotras, las que hacemos los cambios de mentalidades al vivir. Somos las mujeres concretas cambiando mentalidades, las que estamos en la línea de confrontación, las mujeres en las casas. Y esa es la línea más dura del orden social, la

línea de la confrontación personal en la casa, en la familia como entidad de relaciones y como institución social. A veces, a una mujer tratar de cambiar sólo una costumbre familiar, una jerarquía mínima entre hermanos y hermanas, cambiar la distribución de los recursos concretos para la familia, quién lava los platos, le puede costar la vida. A las mujeres que ya son más o menos ciudadanas eso las puede llevar a las comisarías.

La línea más dura es el liderazgo cotidiano de cada mujer en su entorno personal. El liderazgo en la familia, en la casa, en la pareja y en el trabajo. Lo que está en cuestión es la capacidad de liderazgo de cada mujer. Eso es lo que se juega ahí, el liderazgo del resto de las personas, el liderazgo sobre la propia vida. Y eso es lo que el entorno político no quiere ceder, el liderazgo sobre la propia vida, de quién es el liderazgo sobre las mujeres. Y también está en cuestión si las mujeres podemos liderar a los demás en nuestros propósitos, si se vale que una mujer lideree su pareja hacia cambios de género. En principio lo que no se reconoce es la capacidad de liderazgo, los valores que tratamos de introducir como cambios, las acciones concretas que se desprenderían de esos cambios.

Todas estamos en la línea de fuego, somos vistas como emblemáticas y a todas se nos antoja colocarnos en la posición simbólica de las que están cambiando. Somos vistas con estereotipos, aunque no querramos. Incluso las que se defienden diciendo: miren, yo no soy de esas radicales, esas son otras. Nos colocan en el mismo lugar simbólico que es la identidad feminista. Aunque no se consideren feministas la gente, el vulgo, me coloca en ese lugar. La mujer más tranquila y conservadora, si intenta algún cambio, es vista como la feminista del lugar, la rara.

Ahora bien, en la transformación de las mentalidades hay liderazgos de mujeres con éxito, le voy a poner apellido: “siempre relativo”. El éxito siempre es relativo, siempre reducido y reversible. Aunque aquél ciudadano no hubiera dicho lo de un paso para delante y dos para atrás, en la práctica política cotidiana nosotras sabemos perfectamente que lo que se construyó ayer lo desmontan en un instante.

Al abordar los nuevos temas estoy partiendo de todo este enfoque como un marco de análisis. En síntesis, traté de ver dónde hay liderazgos de mujeres, qué tipos de liderazgos: tradicionales, conservadores, de innovación. Luego, de algunas dificultades, las dimensiones de los liderazgos y la cultura de nuestro tiempo, los malabarismos que debemos hacer entre lo global y lo local, cómo debemos traducir, entender e interpretar; de los muchos ámbitos de liderazgos que tenemos las mujeres, pues no es lo mismo liderar en un espacio legítimo que en uno de segunda, no es lo mismo liderar sólo a mujeres que en espacios mixtos. Cómo todavía no nos vemos en la empresa, en la educación, en los espacios de gobierno, en los espacios civiles, en el estado ampliado, la cultura, el arte. Luego, la dimensión de la vida cotidiana donde todos los días tratamos de liderar y muchas veces salimos lastimadas de ese liderazgo íntimo y tan difícil.

El desarrollo de la conciencia política

Voy a abordar el tema del abanico político, que es un arco iris político en dos sentidos. El primero es en torno a la causa de género, si lo vemos como una causa compleja y politizada; el segundo, se refiere a la causa de las mujeres. Estos dos niveles en ocasiones confluyen, pero en otras no lo hacen.

Las mujeres participamos de muchas formas: con participación personal directa, lidereando, como activistas, profesionales, en procesos que tienen que ver con una causa de las mujeres – la quiero llamar así ahora -, que no tiene un perfil político feminista claramente, sino un perfil complejo, muy

diverso. Es así que a veces participamos con conciencia de género, llámese o no feminista, y luego no sólo des de nuestra conciencia sino en procesos que socialmente no están ligados a los procesos políticos de género. Entonces, hay una gama muy grande de formas de participar, de conciencias y de formas de nombrarnos. Y cómo nos nombramos es algo muy complicado.

Hace años hicimos una plática sobre identidad de género e identidad feminista, en esa oportunidad comentaba con las compañeras que el tránsito de tener conciencia de ser mujeres, a tener una conciencia de que a las mujeres nos pasan cosas, desarrollar de esto una conciencia política y luego asumirla como causa de una colectividad, es un proceso muy complejo y complicado. Pero además, asumirnos como feministas es más complicado todavía, a veces tardamos 20 años en adquirir la conciencia de que a las mujeres nos pasan cosas, que es preciso intervenir y participamos; pasan 20 años, hasta que un día decimos a trancazos, un poco con la lengua engarrotada, que somos feministas. Para mucha gente esos problemas son menores, pero para nosotras son temas claves porque tienen que ver con la construcción de nuestra identidad.

Entonces, el abanico del que hablo tiene que ver también con las identidades políticas que asumimos en relación con las mujeres mismas, es una dimensión muy importante y los espacios de las causas de las mujeres son los de los movimientos o las instituciones, una gama que quiero puntear. Las que estamos en los espacios donde se ejerce el liderazgo de mujeres, donde se aborda la temática de las mujeres tenemos diferencias interesantes; por ejemplo, mujeres que están ahí porque ese fue el trabajo que consiguieron, porque las recomendó alguien, porque no había más oferta de trabajo y le tocó estar en un proyecto con oferta de mujeres aunque no tuviera mucha simpatía hacia las mujeres. Aunque no tenga conciencia sobre la problemática de las mujeres, le toca trabajar con mujeres. También hay mujeres especialistas en la causa de las mujeres, que llevan años de su vida involucradas, comprometidas, no porque les toco estar ahí, sino porque lo eligieron. Esa diferencia entre que te toque y elegir es muy importante, es un asunto de definición existencial.

¿Cuáles son las distintas posiciones según el proceso de cada quién?. Entendiendo la formación de la conciencia como un proceso constante. Entonces, están las que no se identifican con las mujeres, ni con la causa de las mujeres, que además se sienten incómodas, y que incluso les

cuesta explicar lo que hacen. También están las mujeres que entran en estos procesos con una actitud caritativa, con el perfil político de la caridad.
En nuestras sociedades existe una tradición muy grande y arraigada de ligarse a los procesos de caridad promovidos por instituciones religiosas; ahí la afectividad es compasiva y se realizan acciones para que las pobres mujeres puedan mejorar su calidad de vida, salir de las condiciones de miseria, enfrentar los desastres naturales que nos tocan todos los días. Son actitudes caritativas, no hay una empatía. "De quién", es lo que da la clave para entender estas identidades. Y esa caridad viene de quien se siente ajena, de quien no se siente implicada. Puede sentirse consternada, conmovida pero no la toca esa problemática y la razón es muy simple, es porque no se identifica. Ese asunto no es su asunto, es el asunto de otras personas a las que hay que ayudar. En ese caso hay otra gama que abarca desde las que son caritativas hasta las que tienen preferencia de género por las mujeres.
Algunas más actúan, trabajan, e incluso ejercen liderazgos desde una actitud salvadora. Muchas mujeres dentro de los procesos de participación viven este tipo de experiencias subjetivas, sentir que están salvando a las mujeres, al mundo, al orbe, al cosmos y todo lo que demás. Es una actitud de salvación que está muy presente en la cultura tradicional, que tiene una gran dimensión mítica de salvación, por ejemplo a través de la otra vida, de procesos, o de personajes muy

importantes; también está presente en la cultura religiosa, la cultura laica, la cultura revolucionaria. Por todos lados nos llega la salvación. Entonces, muchas de nosotras participamos en los procesos con una conciencia salvacionista, que a veces es de sálvese quien pueda, y otras veces es de ir a salvar a las otras porque son las que están mal, las que tienen problemas.
Pero al vivir estas experiencias, comenzamos a adquirir conciencia de que también a nosotras nos pasan cosas. Hay quienes trabajan con mujeres violentadas, que lloran todo el tiempo y diez años después descubren que ellas también son violentadas, pero no lo podían ver. No lo llamaban así, tenía otro nombre, otra explicación: porque violencia es lo que le pasa a ellas, no a mí. También hay mujeres que experimentan procesos de dominación muy severos pero que no los consideran así, y tienen dificultades para vivir; pero las que están dominadas son otras. También están las mujeres que con sus actitudes de salvación sólo ven la marginación en otras y no en ellas mismas. Todo esto es lo que se llama "la ceguera de género en la propia existencia" y a la inversa, "la magnificación de la problemática de género en las otras". Por un lado, estamos medias ciegas respecto a lo que nos pasa o disminuimos la problemática. En la universidad, cuando hablamos de las mujeres musulmanas, a veces dicen: ellas sí son pobres mujeres, nosotras estamos a años luz de distancia; pero un semestre después esos años luz se reducen.
Otra actitud muy típica de los ámbitos en que trabajamos es el asistencialismo hacia las mujeres, es típico de las ONG, una actitud de identidad política de las ONG. La mayor parte de ellas trabajan con personas que pertenecen a grupos sociales distintos de quienes están dentro de las ONG. Y la tendencia se inclina a brindar asistencia a las personas en condiciones desfavorables. Desarrollan procesos muy interesantes, es cierto, pero el asistencialismo impide el desarrollo de la ciudadanía. Esa es una de sus consecuencias más fatídicas. Si lo analizamos desde los parámetros que ya abordamos, cuando hacemos caridad o practicamos el asistencialismo no contribuimos adecuadamente al desarrollo de la ciudadanía; todo lo contrario, con el asistencialismo se sustituye el protagonismo. Las personas que participan en los procesos no se desarrollan como ciudadanas y necesitan apoyos tutelares permanentes para vivir.
Ocurre lo mismo con el paternalismo, que es el nombre del asistencialismo gubernamental. Las personas y las instituciones de gobierno muchas veces se sienten ajenas a la situación de las mujeres; su estatuto jerárquico y los recursos que manejan – muchos o pocos – y que la otras personas no poseen, las hace doblemente distantes y ajenas. Ahora se asiste con recursos gubernamentales, pero finalmente eso no desarrolla la ciudadanía de las personas.
La incorporación sin transformación
Algunas mujeres hemos participado en procesos de elaboración de políticas que han tenido como objetivo incorporar a las mujeres por ejemplo, a ciertas áreas tecnológicas, a ciertos campos del conocimiento. Pero mediante esas políticas se busca incorporar a las mujeres y nada más. No se elabora una propuesta articulada de modificación de género. Yo diría que esa es la gran coartada del trabajo con mujeres. Entonces, estas acciones no tienen un sentido transformador, sino que se quedan en la incorporación de las mujeres, por lo menos en el papel, para conseguir fondos. Y quiero agregar, volviendo a la primera contradicción que abordé con anterioridad, que cuando la incorporación de las mujeres no forma parte de estrategias de ciudadanía solamente produce incorporación con enormes desventajas, aún tratando de incorporarlas positivamente. Si no forma parte de acciones globales y complejas, lo que logramos es la incorporación de las mujeres en circunstancias desventajosas y, algo que ya sabemos todas, sobrecargar a las mujeres de nuevas responsabilidades, de más trabajo. Adicionalmente, son colocadas en un falso piso de ciudadanía.

Otro conju

to de procesos interesantes es la incorporación de las mujeres a la vida política. La

historia moderna de América Latina tiene ejemplos impresionantes. En este caso se reproduce una fragmentación de la vida social; lo que importa es que las mujeres participen políticamente, no importa cómo. Y digo que América Latina es un ejemplo extraordinario porque recoge la historia de la participación política de millones de mujeres en las últimas décadas. Nuestra participación política ha sido un objetivo prioritario, pero lo implícito, aquello que no se ha dicho es que "no modifiquemos nada". Es decir, podemos participar, pero que todo quede igual. Han habido procesos en los que se incluye la presencia de las mujeres porque si no se ve muy mal, y muchas de ellas participan porque han tenido que ponerlas ahí. En otros casos, han elaborado proyectos con mujeres porque de otra forma no hay financiamiento, porque las claves internacionales obligan a que participen mujeres, pero no por una convicción profunda, no por necesidad sentida, ni por una interioridad transformada, sino por cumplir con mandatos de poderes supremos como los del financiamiento o de las agencias internacionales. Cuando las mujeres participan así, muchas veces hablan del género descalificándolo como si fuera una moda, y es que no alcanzan a comprender la magnitud política de integrar las necesidades de las mujeres a nuestro universo

mental. Desmerecen el tema y dicen: “como ahora se trata de las mujeres, como ahora hay que incorporar el género, como ahora hay que hacer políticas de salud”, con poco convencimiento.
Otra característica de este tipo de participación política es la creencia de que se realiza en condiciones de igualdad. Cuando creemos que estamos en condiciones de igualdad, la participación política tiende a mimetizarse con la participación de los hombres. Se vuelve casi una imitación de la participación política de los hombres, y la enajenación está en que no luchamos por la igualdad, sino por participar como sea; incluso, haciendo insignificantes las necesidades de las mujeres, para aparentar igualdad. Estas mujeres hacen política, liderazgos incluso entre las mujeres, pero simulan que tienen mucho poder, muchas capacidades de poder con todo. Es un simulacro muy ligado al mimetismo de género con los hombres.
Otra característica del abanico de la participación política de las mujeres contemporáneas es la participación comprometida con el género. Muchas mujeres participan porque necesitan resolver su problemática como mujer y además se pueden identificar con otras. Se da una doble condición: el reconocimiento de que soy mujer, pero al mismo tiempo, la identificación con otras mujeres; son dos experiencias subjetivas diferentes. Reconozco que soy mujer y eso tiene un significado, primero; y segundo, me identifico con las otras mujeres. Esto puede conducir a no hacer caridad ni paternalismo, sino a tratar de construir colectivamente procesos de transformación. En esta última variante nos podemos colocar muchas de las que estamos aquí, aunque vengamos de otros procesos, aunque hayamos vivido el asistencialismo, el salvacionismo, la caridad, o al revés, la participación política sin detenernos en la problemática de género. Hay una amalgama en la experiencia de cada una de nosotras y ésta luego se convierte en procesos colectivos por países y regiones.
La última característica, que a mí siempre me gusta dejar por último porque es la más compleja, es la intención. La participación política identificadas como mujeres, pero con intención paradigmática feminista, es otra dimensión de la identidad, de la conciencia, y desde luego, de la política. Como ven, la gama es muy grande, nadie ha vivido solamente uno de estos procesos: en algunos de ellos somos existencialistas, en otros somos militantes políticas como si no importara el género, y en otros más estamos identificadas con el género y la causa. La verdad es que el panorama subjetivo y político de las mujeres es complejo porque no actuamos solas, sino que en cada espacio somos convocadas a comportarnos de manera diferente y a representar parte de nosotras y no la totalidad de lo que somos. En pocos sitios se acepta que somos seres integrales y este abanico no se limita solamente a las formas de participación de las mujeres, sino que

incluye la vida de cada una, cómo somos, cómo actuamos políticamente. Y muchas de nosotras no tenemos una visión global de género sobre nuestras vidas.
Todas las formas de participación y todos los liderazgos son el resultado de la acción social, del espacio social y de la cultura, pero también de la experiencia individual de cada una. Por eso cada quién le pone su marca a sus formas de ejercer los liderazgos. Para hacer el análisis de cualquier liderazgo y para el desarrollo de nuestra autoconciencia es importante tomar en cuenta varios factores; cuando hablemos de los procesos, cuando los analicemos, o cuando veamos liderear a otras mujeres lo primero que necesitamos es comprender quién es esa mujer, cuál es el proceso que ha vivido, su institución, su instancia, su movimiento. Y aprender a ver con dos miradas: viéndola como una mujer, y como una mujer diferente. Dos miradas al mismo tiempo.
La clave de los nuevos liderazgos es comprensiva, necesitamos comprender a las mujeres como seres de carne y hueso y no como seres de plástico o seres que deben responder a estereotipos. Debemos dejar de pensar a las mujeres y a los hombres con estereotipos. Para eso, lo único que tenemos es el conocimiento directo con una perspectiva de género. Identificar la historia específica de cada una me parece que ha sido uno de los recursos de conocimiento más importantes que hemos tenido las mujeres en este tiempo. Cuando las mujeres rompemos las barreras de la formalidad institucionalidad, política y participativa, y conocemos quiénes somos, entonces podemos construir la identificación positiva de género. De otra forma es imposible hacerlo. Entonces, un recurso formativo para las lideresas es desarrollar la conciencia de su propia historia y de que las otras tienen historia, y esas historias en parte, son diferentes.

SEGUNDA PARTE
Antropología de los liderazgos

2 – La filiación de género
Una segunda clave para lograr la identificación positiva del liderazgo es el desarrollo de una filiación de género. Lo filial quiere decir que las mujeres necesitamos desarrollar una genealogía femenina. Primero necesitamos tener conciencia de nuestra historia personal y colectiva, individual y de la institución, de la organización o el movimiento; y ubicadas ahí, remarcar esta genealogía femenina. Por ejemplo, para hablar de la genealogía femenina personal deberíamos asumir quiénes son nuestras ancestras, de dónde venimos, quiénes son las mujeres anteriores a nosotras. Este ejercicio se puede hacer individualmente y en nuestra propia familia, identificar a las mujeres que nos han antecedido, qué las ha caracterizado, qué han tenido que enfrentar en la vida, qué retos, qué conflictos, qué las ha distinguido, qué las ha marcado. Pero también puede ser en cuanto a las comunidades étnicas, religiosas, políticas, barriales, aldeas, a las que pertenecemos.
Si las mujeres desarrollamos una conciencia genealógica de género podemos ampliar nuestra autoestima individual y colectiva; además, podemos hacer que nuestras ancestras no se mueran, que permanezca una memoria colectiva sobre las mujeres. A veces las mujeres no sabemos que venimos de familias con linaje, de genealogías que casi siempre están punteadas como genealogías masculinas. Sabemos poco de nuestras parientas y eso produce una de las heridas de género más profundas en las mujeres, no provenimos de ninguna parte, con suerte, a lo mejor nacimos de mujer, porque ya están diciendo que los hombres también se embarazan. O sea, hoy está en duda hasta el embarazo de las mujeres. Con esta idea quiero remarcar que es preciso construir una memoria afirmativa de las mujeres, un sentido de venir de ellas, y no sólo de ir hacia ellas; debemos tener el pasado como punto de referencia para el presente y el futuro.
Esta es una dimensión de los liderazgos entrañables que es parte de la tradición feminista para enfrentar una de las marcas más oprobiosas de género que tenemos las mujeres: la orfandad de género. La orfandad tiene que ver con el sentimiento de muchas mujeres de no encontrar en su

universo mujeres importantes, valiosas, famosas, memorables. Hay mujeres valiosas por el tipo de vida que han tenido, por lo que han enfrentado; hay mujeres famosas porque tienen fama, o mujeres memorables por su trascendencia de vida. También hay mujeres importantes por sus contribuciones y necesitamos nombrar todas estas categorías políticas; a las mujeres importantes, a las memorables, las famosas, las entrañables.

Y para que las mujeres dejemos de sentir que no tenemos pasado, tenemos que investigar si en realidad hubo o no y por qué. Voy a mencionar un ejemplo: las mujeres hemos estado excluidas de muchos espacios, pero, en otros casos la presencia de las mujeres ha sido borrada por quienes han escrito la historia, por los cuentistas. Esa presencia ha sido invisibilizada. Y hoy, con el afán de construir nuestra memoria, nuestra genealogía, descubrimos la presencia de una gran cantidad de ellas. Aproximadamente en el año 1,100 existió una mujer llamada Hildegard von Bingen y fue una extraordinaria compositora de música en la edad media. Hoy existe un instituto Hildegard von Bingen, una orquesta de cámara que lleva su nombre: también hay estudios, investigaciones y biografías que han descubierto que Hildegard fue una teóloga maravillosa, compositora de música, y que hizo una de las músicas que fueron transición a la ópera, siglos más tarde. Entonces, no es que no existan mujeres, es que tenemos que construir nuestra historia.

Si queremos liderazgos fuertes necesitamos conocer las historias de las mujeres. Si las mujeres no tenemos referencias entonces creemos que todos los valores han estado en los hombres

sabios, en los hombres trascendentes, en los hombres políticos, en los hombres guías espirituales. En efecto, la historia del patriarcado es la historia de las exclusiones, pero no de la desaparición de las mujeres. Entonces, tenemos que hacerlas aparecer, tenemos que nombrarlas y asumir positivamente que tenemos una genealogía de género, que podemos decir con mucho orgullo que somos herederas por voluntad propia de Sor Juana Inés de la Cruz, de Rosario Castellanos. Somos herederas por voluntad, por decisión y vocación política de Gabriela Mistral y muchas otras más. Nosotras tenemos todo que ver con Sor Juana, porque ella fue moderna como nosotras; la vemos desde hace siglos, pero es de ahora porque compartimos una era histórica que es la modernidad, con sus preocupaciones y con sus recursos. Mencioné a Sor Juana, a Rosario Castellanos o a Gabriela Mistral porque son nuestras ancestras. Tenemos ancestras, aunque suene rimbombante, y tenemos que recuperar su memoria para nosotras. De otra manera sentiremos la orfandad de género.

La mayoría de nosotras hemos asistido a escuelas donde aprendimos las hazañas extraordinarias de los hombres, las teorías que han elaborado hombres, la filosofía que ha sido solamente masculina. Y creo que por eso hemos tenido que inventar espacios alternativos pedagógicos porque hasta en las universidades aprendimos teoría política masculina, economía, medicina, salud masculinas. No tenemos idea de que ha habido pensadoras, creadoras, luchadoras, mujeres que han sido relativamente importantes. Tenemos que ponerle nombre, historia, biografía, circunstancias a las mujeres para apreciarnos,porque nos miramos con ojos de estereotipo y pensamos que deberíamos ser de otra manera. La única manera de eliminar ese prejuicio es saber cómo fuimos; es un recurso importantísimo de la subjetividad en los liderazgos.

La genealogía de los movimientos

Otro elemento es la genealogía de nuestros movimientos, de los movimientos de las mujeres. Una tarea interesante es hacer la genealogía de las que trabajan en las ONG, que participan en algún movimiento, en algún frente. Saber de dónde viene ese movimiento, saber quiénes fueron las fundadoras, cómo lo hicieron, a quién se le ocurrió. Esa es una clave para los liderazgos políticos de las mujeres. Desconocemos muchas cosas de nosotras y no asumimos nuestra historia reciente. En América Latina necesitamos desarrollar una conciencia de cómo ha sido el avance de las mujeres, qué hemos aportado, por qué las uruguayas avanzaron tanto en el siglo XIX. Y no fue porque les cayó del cielo, de un ovni, de un misil o por internet; fue porque habían movimientos de mujeres liberales muy avanzadas que lograron establecer derechos por los que luchamos hoy.

Entonces, la primera tarea es hacer la historia personal, la segunda tarea es hacer la genealogía: ir hasta Santa Teresa, a la genealogía familiar, mirar a las mujeres de la familia, a las abuelas, las bisabuelas, esas tías exóticas que aparecen en el firmamento de vez en cuando, y desde luego, nuestras madres e hijas. La tercera tarea es hacer la genealogía del movimiento, del campo en el que estemos trabajando; por ejemplo, sería muy interesante si las que trabajan en los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres pudieran tener una conciencia histórica de qué pasó en el siglo XX con los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Saber que fue Catalina Bloomfields, enfermera norteamericana, una de las primeras luchadoras por el derecho de las mujeres a un aborto con salud, 1911. Ella tenía que atender a mujeres en abortos clandestinos y que fue una de las primeras luchadoras para que hubiera métodos anticonceptivos, y por eso la metieron a la cárcel, porque se atrevió a decir que esas mujeres que estaban abortando deberían hacerlo en los hospitales. Si trabajara en derechos sexuales y reproductivos debería saber como se han producido los avances, por lo menos en el Cairo. Saber como se llamaron las representantes que fueron a ese evento, qué plantearon, cuál fue la discusión. Hoy toda esa información está accesible, a dos segundos de encender la computadora.

En otras palabras, necesitamos tener conciencia del campo en el que trabajamos, quienes han sido las constructoras de la ciudadanía, de una nueva ética para las mujeres. Otra cosa importante es colocar esas genealogías en los espacios de valoración social. No se trata sólo de productos de autoconsumo, se trata de llevarlas a los espacios culturales para construir una valoración de las mujeres, no solo por parte de las mujeres sino por parte de los hombres también. Eso tenemos que hacerlo nosotras mismas porque nadie lo va a hacer por nosotras,. Nadie nos va a abrir el espacio a los publicistas, nadie va a hacer la historia de las mujeres que nos antecedieron en el puesto en el que estamos. Es asunto nuestro. Lo hacemos o se acabó la memoria.

La formación política

Otro punto clave en los liderazgos construidos con una pedagogía alternativa es lograr que todas las mujeres nos formemos con un conocimiento del mundo a través del prisma político, porque estamos hablando de liderazgos de mujeres que muchas veces no tienen formación política, sólo en aspectos parciales. Muchas veces no tenemos capacidad para hacer análisis políticos complejos, no sabemos qué fuerzas instrumentan qué cosas, qué priorizar, qué cosas conjuntar para llegar a nuestros fines y eso nos conduce a actuar en parcelas cerradas. Todas nosotras deberíamos de estar discutiendo el último grito de la moda política, el libro de Anthony Giddens

llamado La Tercera Vía, porque eso es lo que están discutiendo los políticos que toman decisiones y que estructuran las reformas al estado, que hacen cambios, que buscan alternativas para América Latina. Debemos tener formación en torno a la política, al estado, a los procesos de género y a la política específica de género. Todas las lideresas, sean burócratas, académicas, dirigentas populares, necesitan tener formación política, porque si no, en el lugar de lo político está la fe. Subrayo: si no tenemos formación política tenemos fe. La fe funciona para ciertas cosas pero no funciona para todo. Tenemos fe o tenemos pensamiento mágico.

También necesitamos transmitir nuestra experiencia porque es muy innovadora, cambiante; cambiamos mucho, experimentamos muchas acciones prácticas en unos cuantos años, cambiamos de unas plataformas y acciones a otras; experimentamos cambios en cuanto a la perspectiva de género, la visión que tenemos de las cosas, pero pocas veces hacemos la memoria de ello. En las ONG, las agencias gubernamentales y algunos otros espacios comienzan a realizarse procesos de sistematización, pero no tenemos suficientes es pacios para transmitir la experiencia política de unas mujeres a las otras. Eso es una prioridad en los liderazgos políticos. Muchas suponemos que conocemos lo que le pasó a la otra porque es de nuestra misma generación, porque vivimos procesos similares y a veces no nos preguntamos cómo los vivió ella. Asumimos que hay procesos colectivos que todo el mundo vivió de la misma manera. Falso. Necesitamos hacer la transmisión de nuestras experiencias y mientras más pronto mejor.

Y tenemos dificultades para hac erlo por varios factores: por la innovación, porque no tenemos mecanismos institucionales para pasarnos esa experiencia. Si ustedes se fijan, hay una especie de oleaje en la causa de las mujeres. Es como si nos moviéramos por olas, y la metáfora es tan fuerte que se habla de la primera ola del feminismo, la segunda ola del feminismo, la tercera ola, y ya vamos en la cuarta. Pero eso ocurre no sólo en el feminismo, también hay oleadas en la construcción de liderazgos de mujeres en procesos sociales, en procesos políticos diversos. ¿Por qué hablamos de oleadas?. Porque los movimientos llegan a procesos de ascenso muy pronunciados y después siempre sobrevienen los reflujos. Y quienes no hacen historia política se preguntan qué pasará con el movimiento o si esa causa se acabó porque nadie habla de ella. La verdad es que todos los procesos tienen una parte visible y pública, pero también tienen partes soterradas, que no se ven o no se reconocen.

Tenemos que enfrentar esa ruptura que se da entre generaciones. Unas generaciones no le pasamos a las siguientes la experiencia que tenemos en la causa de las mujeres. En parte porque no tenemos espacios institucionales para hacerlo y en los espacios donde estamos casi siempre son espacios privados, domésticos y familiares. Entonces, transmitir la experiencia se convierte en dar un mandato y el mandato puede ser rechazado: no se le puede ordenar a nadie que sea libre, que luche por sus derechos. Y por ejemplo, a veces cuesta mucho trabajo poder pasar el mensaje de la experiencia política entre madres e hijas porque es parte de una relación jerárquica muy complicada.

El traspaso de la experiencia y la cultura

En los grupos de mujeres el conflicto generacional es vivido como una bronca y no como un capital político importante para acceder a la experiencia. Y también existe conflicto para pasar la experiencia horizontalmente. Hay regiones donde un pueblo ha avanzado en aspectos de género de forma impresionante, y en el pueblo vecino es como si no pasara nada; en las ciudades una encuentra lugares con una gran densidad y a lo mejor, en el salón de al lado no se les ocurre imaginar que algo pasa con los géneros. Tenemos muchos espacios de silencio donde no se comunica la experiencia. A todos esos procesos en la antropología les llamamos procesos de aculturación.

El último número de la revista “Isis Internacional” publica un artículo mío que se llama “Aculturación feminista”. En él analizo cómo se realizan los procesos de transmisión de la cultura, de hallazgos, de innovaciones y también por qué no ocurren. Entre otras cosas planteo que muchas veces estos procesos de aculturación no se dan por prejuicios.

Pero también hablo de procesos de deculturación. Son aquellos procesos en los que eliminamos parte de nuestra cultura, son pérdidas culturales, es todo aquello que vamos dejando de ser. Para cualquier persona hacer el inventario de lo que va dejando de ser cuesta mucho trabajo. La deculturación también incluye si el cambio se vive como pérdida dolorosa o como ganancia para el desarrollo de la persona. Si la deculturación es positiva o negativa, eso depende; pero podemos identificar dos cosas: cualquier proceso de deculturación es algo que dejas de saber, dejas de aplicar, dejas de hacer. Es algo que dejas de pensar. Es dejar de ser. Si lo digo filosóficamente, es durísimo; es una pérdida de una parte del ser. Si lo digo como antropóloga y no como feminista, entonces, muchas lo vivimos como pérdida. Queremos hacer cambios con mucha voluntad y con mucha conciencia, pero cuando los hacemos nos cuesta, y nos arrepentimos porque duele y quisiéramos volver a ser como antes. Son un conjunto de experiencias objetivas que todo cambio produce en las personas, hay tendencias regresivas.

La mayor parte de las mujeres de este siglo hemos vivido cambios sin duelo y eso nos ha lastimado muchísimo. Uno de los orígenes del sufrimiento de las mujeres está en haber cambiado formas de ser, de vivir, de pensar, costumbres y tradiciones sin haber hecho el duelo. Y no se hicieron duelos porque muchos cambios fueron el producto de causas extraordinarias que lo ameritaban todo. El duelo no estaba contemplado como parte del proceso, al contrario. Las mujeres tendríamos que estar felices, contentas, magníficas de cambiar, por procesos políticos y sociales y también, nada más y nada menos, porque toda modernización ha sido ideológicamente planteada como positiva. Entonces, si los procesos de modernidad son positivos, es magnífico dejar de ser, de sentir, de pensar, dejar de ser atrasada, dejar de ser anacrónica. La construcción del momento del duelo no ha existido como práctica y deberíamos reunirnos para decir nuestros duelos, cómo vivimos dejar de ser la hija de familia tal, cómo vivimos ser migrantes a una región

del mundo que no conocíamos, cómo vivimos todos los cambios de las mujeres, algunos impuestos y otros asumidos con voluntad. Me parece que esa es una carencia importante en el proceso de la cultura de las mujeres que debemos subsanar políticamente nosotras, no tanto para el pasado sino para ahora. Debemos entender que todas las mujeres contemporáneas vivimos pérdidas, que debemos tener el espacio para elaborar esas pérdidas. Sobre todo si son voluntarias porque cuestan más trabajo.

La última clave de la aculturación es la enculturación. Poder vivir procesos de enculturación es

vivir los procesos en que unas mujeres aprendemos de otras. Quiero decir que éste es uno de los temas más peliagudos, difíciles y complicados porque el encuentro entre mujeres está permeado por relaciones de poder. Una clave de los nuevos liderazgos de mujeres sería promover procesos de enculturación, en los que unas enseñamos, otras enseñan, aprendemos todas. Pero eso implica hacer muchos cambios mentales en nosotras.

Quiero sintetizar los procesos formativos de cambio de concienc ia, que he llamado aculturación de género, porque estamos cambiando culturalmente y necesitamos asumir y generalizar la idea de la formación de las lideresas como algo muy importante. Lo digo porque entre nosotras la ideología de la ignorancia como virtud femenina es todavía muy fuerte y se expresa de muchas formas. En América Latina, con la precariedad de las mujeres se expresa convirtiendo en virtud la ignorancia, convirtiendo la ignorancia en saber, igualando saberes ignorantes con saberes muy especializados. Tenemos la tendencia de considerar más importante la experiencia ignorante que la experiencia con conocimientos. El anti-intelectualismo es cultura en América Latina y en el caso de las mujeres es perverso porque existe un rechazo a las personas, los procesos o las instituciones intelectuales. Ese bien cultural no está distribuido democráticamente y reactivamente se descalifica lo intelectual, se desvaloriza el estudio, el trabajo investigativo y se sobrevalora la experiencia empírica.

Frente al pragmatismo en la construcción de los nuevos liderazgos necesitamos asumir como una prioridad la formación sólida, compleja y profunda de las lideresas. El drama es que al favorecer y fomentar liderazgos pragmáticos mandamos mujeres desarmadas a las batallas. Cuando favorecemos liderazgos ignorantes esas mujeres colocadas en espacios estratégicos no tienen los recursos. Hicieron un trecho de liderazgo colocadas en otro sitio,pero no tienen los recursos, las capacidades, ni la experiencia para enfrentar los retos en esos otros espacios. Pienso en muchas dirigentas analfabetas que en ciertos procesos políticos latinoamericanos son impulsadas, y acaban en la cámara de diputadas. Ellas, para legislar. tendrían que conocer las normas, estudiarlas, saber derecho, informarse, tener a mano investigaciones que fundamenten el conocimiento. No es posible que impulsemos extraordinarias dirigentas que funcionan eficientemente en un ámbito, casi sin recursos, pero con una visión que valora el espontaneísmo, el pragmatismo y el basismo. Entonces, a esas mujeres las colocamos con la fuerza política colectiva en posiciones desventajosas. Ascienden, pero no les va mejor, ocupan un espacio sin tener los recursos y la capacidad política. Y en vez de avanzar, perdemos un espacio político. Además ocurre que la ineficacia de una se convierte en el desprestigio colectivo del género, y no olviden que la gente espera ver dónde nos equivocamos. Eso es parte de nuestra cultura política. Esperamos la falla, el equívoco, la ausencia, la incapacidad, no para analizarlo sino para extenderlo a todas como un estereotipo. Otra cosa importante es que nosotras mismas tenemos responsabilidad política en ese hecho y que no se vale colocar mujeres que no tienen la formación requerida en espacios inadecuados. Estamos en tal momento político que casi para cualquier liderazgo se requiere formación, puede ser un liderazgo social, político, jurídico, espiritual o de esos que dije de los espacios cortos, de la intimidad. Para liderar un proceso de pareja se requiere

el alfabeto, para liderar un proceso familiar se requiere saber en qué mundo vivimos. Lo mismo, para liderar un proceso en una vecindad, en un pequeño espacio, requerimos estar ubicadas en el mundo con conocimiento de causa.

Los hombres y la crítica ética

Otra clave interesante es que se conecten con la biografía de sus hijos e hijas. Los hombres guardan algún sentido de sensibilidad en torno a sus hijos, en parte porque son sus hijos y en parte porque se proyectan esas partes de la biografía en los hijos. Entre otras cosas, apostamos a que los hombres asuman un compromiso político de género. No tienen que estar de acuerdo. No busquemos primero la coincidencia y luego el pacto. La política feminista es al revés; primero es el pacto, luego nos arreglamos. No toda la gente tiene que estar de acuerdo en el derecho de las mujeres a participar en los espacios públicos, en política; es más, ni siquiera tienen que estar de acuerdo en que sean el 30 por ciento. Hemos logrado condicionar nuestra presencia al 30 por ciento, y ese gran paso es observado desde una perspectiva política: la negociación de la desigualdad. Todavía estamos negociando cuántas quedan excluidas. Cuando avanzamos en los porcentajes asumimos que hay otro porcentaje de excluidas.

Volviendo al tema de los hombres, quiero decirles que estoy terminando de leer a un filósofo de masas letradas llamado José Saramago, premio Nobel de literatura el año pasado, lo menciono porque son filósofos hombres que están reflexionando sobre el mundo. Entonces, Saramago es gran escritor portugués que vive en las Islas Canarias, fue un hombre de izquierda toda su vida, marcado por su posición política a favor de todas las causas de la humanidad, es un hombre sensible hacia el aspecto de los derechos humanos. El escribió “El evangelio según Jesucristo” y en ese texto es interesante cómo se coloca en una visión humanizadora de Cristo, al grado que lo ubica como uno de los profetas y no como el Mesías. En el libro hay cuatro capítulos con María Magdalena sobre la fantasía del amor y la pasión. A mí me encanta porque es un valiente, un comprometido, es un convencido, un sabio.

Tiene otro libro que se llama “Todos los nombres”, donde revive en la actualidad el mito de Orfeo que va en pos de la amada a los avernos. Todos los mitos masculinos están en su obra y los dignifica sin tocarlos, los hace más vivibles. Orfeo también es un pobre hombre, un burócrata encargado de cuantificar los muertos en una oficina del estado, un personaje muy parecido al de Kafka, de “La Metamorfosis,, que es el sufrimiento de un hombre. Kafka es uno de los hombres más lúcidos que escribió sobre el sufrimiento de un hombre, y ha sido leído como el sufrimiento humano. Imaginen asumir que los filósofos, los literatos, los inventores, los que crean discursos, los que nos hacen ver la vida, lo han hecho a nombre de todos cuando en realidad estaban hablando desde la condición masculina. Imaginen a todos los hombres en un taller de género leyendo a Kafka. La “Carta al Padre”, por ejemplo, que no puede ser leída más que desde la posición masculina. Kafka hace una crítica del mundo, del autoritarismo de estado, de la destrucción de un individuo a través de su cosificación; acaba siendo una cucaracha quien era un hombre. En esas reflexiones hay una tradición muy grande que los hombres podrían asumir como recurso valioso para mirar quiénes son.

Hay otro escritor, Gunther Grass, autor de una de las grandes novelas de este siglo llamada “El Tambor de Hojalata”; esta novela solamente pudo ser escrita por un hombre. El protagonista es un niño, un hombre que no crece, que se queda niño toda la vida, y es una crítica

impresionantemente lúcida al nazismo en Alemania. Ha sido censurado porque todavía quedan muchas reminiscencias de esa cultura aunque recientemente le otorgaron el Premio Nobel. Escribió otro libro que no he leído, pero que quiero recomendar, “Mi siglo”. Es una visión novelada

del siglo a través de los hitos históricos europeos en torno a la democracia: el nazismo, la bomba atómica, aquellas claves de la devastación que son claves masculinas. Crea un personaje por cada época, y el protagonista expresa al mundo. Tiene que ser hombre para hacer eso. Creo que la clave para los hombres es hacer una crítica filosófica, una crítica ética. Después está el cambio de relaciones con las mujeres, nosotras tenemos que empezar a poner condiciones de convivencia y relación con los hombres firmemente.

3- El conocimiento como precondición de poderío

El género en su conjunto tiene la necesidad de que cada mujer tenga formación; es parte de nuestro interés político y de nuestra agenda política. No podemos asumir la fatalidad de que se vale la vida sin formación aunque nos cuenten que la gente sobrevive con estrategias extraordinarias. La verdad es, no. Muchas malviven, no sobreviven. En nuestra ideología tenemos que revisar toda esa ignorancia, la de las otras y la propia. Por ejemplo, decir que no he tenido tiempo de revisar en dos años los acuerdos sobre el tema que yo trabajo, ¡cómo es posible! Resulta que somos letradas, preparadas, formadas, pero somos analfabetas contemporáneas en el tema que trabajamos. Hay distintos tipos de analfabetismo como bien saben quienes trabajan en ese aspecto. Necesitamos estudiar sobre todo lo que otras mujeres producen sobre nuestro mismo campo, porque a veces leemos otras cosas y lo que hacen las cercanas no nos llega, no lo leemos. Hay un analfabetismo, una ceguera, una obstinación por mantenernos ignorantes. La formación de las lideresas es una prioridad fundamental junto con la de los procesos de empoderamiento. Lo digo a la inversa: empoderarnos pasa por formarnos; somos mujeres del siglo XX, de la modernidad, no del siglo XIII o XIV, y la modernidad tiene una característica muy importante, el valor del desarrollo del conocimiento. Nosotras necesitamos acceder al conocimiento positivamente, no estar peleadas con el conocimiento.

El empoderamiento, palabra que viene del inglés empowerment, es el conjunto de procesos a través de los cuales cada quien integra como parte de su vida recursos, bienes y derechos conseguidos como poderes. Empoderarse es una acción continua en el tiempo, no es algo que sucede en el momento; es hacerse de los recursos del mundo para la propia vida, apropiarse. La clave está en que pasan de ser recursos externos a ser recursos propios, que la persona internalice los recursos, los bienes, los derechos y los poderes, y los utilice para vivir.

Mucha gente cree que empoderarse es hablar fuerte, estar muy enojadas, ser muy duras, hoscas u hostiles, o muy contestatarias; la verdad es que depende del proceso de cada quien para definir en que consiste el empoderamiento de las personas. Como género lo he puesto en cuatro vertientes: bienes, recursos, derechos y poderes, porque de antemano sé que la opresión de género contra las mujeres se ha basado en la expropiación de recursos y bienes a las mujeres, de cualquier tipo hasta los producidos por las propias mujeres. También sabemos que la opresión patriarcal de las mujeres se ha basado en la sumatoria de poderes de dominio y la limitación de unos cuantos poderes para ellas, entonces también hay una expropiación política. Los rangos del empoderamiento tienen que ver con los de la expropiación patriarcal a las mujeres según las épocas, las circunstancias, las clases sociales. Al identificar lo que se expropia a las mujeres podemos emprender acciones para lograr su empoderamiento.

A veces ocurre que se tiene un recurso y no se usa como un bien, mientras no se utiliza con fines de transformación en un sentido de empoderamiento, no es un bien. Por eso, una clave importante es aprender a transformar los recursos en bienes. Por ejemplo, puedo tener el aire como recurso y no estar consciente de ello, salvo si vivo en la ciudad de México y tengo una contaminación de 200 puntos y meca, ahí sí desarrollo una conciencia pulmonar del recurso. Ahora, llego a este cielo magnífico y para entonces se convierte en un recurso, en un bien. No es lo mismo tener recursos que bienes, como tampoco es lo mismo tener derechos que poderes. Pero en la visión del empoderamiento están articulados todos: los recursos, los derechos, los bienes y los poderes; eso significa que no queremos tener recursos sin derechos, derechos sin bienes, o todo lo demás sin poderes. Es una propuesta política compleja. Empoderarnos es

transformarnos desde el punto de vista de nuestra configuración política, ese es el sentido de los poderes para la vida.

Y es una visión compleja porque es una estrategia política y una elaboración contemporánea importante de las feministas. Las feministas de principios de siglo creían que bastaba con tener derechos: votar, casarse con quien quisieran – ese fue uno de los derechos más peleados de las mujeres de principio de siglo -, ellas no pensaban en los recursos, en los poderes, ¿para qué querían poder?. No deseaban ensuciarse las manos con ellos. Y las feministas de final de siglo y de principios de milenio heredamos todas esa tradición, pero la asumimos ampliándola. Queremos derechos, pero esos no valen sin recursos, no queremos los recursos sin poderes.

Empoderarse es una acción, no se puede decir empoderarte, porque el empoderamiento es parte de lo que queremos para las mujeres, permite construir algo que las mujeres todavía no tenemos: la individualidad de cada una. En la modernidad nosotras somos consideradas individuas sólo para ciertas cosas, especialmente para endilgarnos responsabilidades sociales. Pero no se nos considerada individuas para tener derechos. Entonces, para poder construir la individualidad de las mujeres nos proponemos la estrategia de su empoderamiento. Y, quiero repetir, nadie te empodera ni empoderamos a otras porque eso es puro asistencialismo, puro paternalismo, sustitucionalismo. El empoderamiento es un proceso que va de lo externo a lo interno, que requiere el conocimiento del mundo, que cada mujer se conozca a sí misma para usar los recursos que necesita y no otros, para que desarrolle intereses propios o para que asuma sus derechos internamente; todo eso es un proceso interno que nadie puede vivirle a una. La compañera más cercana en la vida tiene su propio proceso, su rollo; yo traigo el mío. El empoderamiento no se pasa por ósmosis, no se contagia; puede estimularse mucho cuando interactuamos entre nosotras. Cuando compartimos y trabajamos positivamente con mujeres empoderadas podemos generar y alimentar el deseo del empoderamiento. Pero aunque nadie se empodera por una, el empoderamiento individual de género sólo se sustenta colectivamente.

Hay otras formas de empoderamiento que no se sustentan colectivamente, por ejemplo, el

empoderamiento económico de empresa, el de clase y por genealogía. Pero cuando las mujeres tratamos de construir un uso de recursos con derechos y poderes sólo podemos hacerlo, si otras nos reconocen. El acceso a los recursos de género solamente se logra a través del colectivo de género. Necesitamos el reconocimiento de otras y el sustento de las demás; forma parte de los derechos colectivos contemporáneos. Los derechos colectivos contemporáneos no existen si no están sustentados socialmente, tampoco hay derechos individuales si no están sustentados jurídica, social y culturalmente. Hay una relación entre nosotras como individuas y los colectivos, las organizaciones, los espacios, el género en su conjunto. Para que una mujer tenga derechos tiene que haber un sustento de género de sus derechos. Empoderarse no es – como decimos en mexicano -, encabronarse, al contrario, mientras más nos empoderamos menos necesitamos los desplantes de la dominación. Eso es lo que se va eliminando en el proceso del empoderamiento cuando está relacionada con una perspectiva de género.

En la conciencia de ciudadanía todos los derechos implican co-responsabilidades sociales, la propuesta de fin de siglo es que para tener derechos hay que tener responsabilidades; pero el tipo de responsabilidades y en que medida varía según las funciones. Con los hombres sucede lo mismo, comenzamos a atribuirles ciertas responsabilidades mínimas, por ejemplo, la responsabilidad que ellos tienen sobre su propia violencia, la que ejerce Eso es una revolución, algo nuevo. Y algunos hombres han reaccionado muy bien. Están asumiendo qué tienen que ver ellos con la violencia, a trabajar su aporte.

Nos cuesta mucho enunciar responsabilidades y derechos porque pensamos como en transición; pensamos que al enunciar los derechos de las mujeres también necesitamos enunciar los derechos humanos de los hombres. En toda la teoría de los derechos humanos están enunciados los derechos de los hombres, pero son confundidos con derechos humanos universales; en la filosofía de la quinta generación de los derechos humanos hay derechos humanos de los hombres, pero se pretende que sean universales. Entonces, a lo mejor tenemos que caminar hacia la delimitación de la condición masculina como una de las condiciones humanas y no como la totalidad de la condición humana. Ese es un camino que deberían emprender algunos filósofos al igual que ya lo hicieron algunas filósofas.

Hemos caminado mucho para discernir que la condición femenina ha sido invisibilizada, descalificada, o naturalizada y hemos hecho conciencia de la condición histórica de las mujeres como una condición específica que hemos definido para comprenderla como condición humana de las mujeres. En cambio los hombres, sobre identificados con lo patriarcal ,no separan la condición masculina de la humana; para ellos es lo mismo. Entonces es necesario realizar el proceso a la inversa, acotar qué es la condición masculina, nombrarla y definirla. En ese momento, los hombres, como seres humanos, nuestros semejantes en este universo, tienen derechos y responsabilidades distintos de los de ahora.

Cambios de poder y masculinidad

Cuando abordemos los cambios de poder veremos que están relacionados con cambios que los hombres necesitan hacer. Por ejemplo, sabemos que los cambios en las sexualidades masculinas, en el posicionamiento social de los hombres y en el posicionamiento político y jerárquico, son de extrema urgencia. Estoy convencida que las mujeres tenemos más conciencia y conocimiento de lo que queremos y necesitamos que cambien los hombres, no los hombres silvestres del mundo, sino los que están participando en procesos con conciencia de género, los que se asoman a la conciencia de género. Pero ellos no ven más allá. Como ven que les aplaudimos rápidamente entonces sienten que ya terminaron, que ya llegaron y que lo lograron. Me ha tocado ver a hombres pasando por crisis de conciencia interesantes después de haber hecho conciencia de la violencia y se aburrieron de oír que necesitan cambiar las paternidades; y algunos no saben que camino tomar, otros sí saben.

Para que los hombres tomen conciencia de las desventajas que ocasiona la mentalidad patriarcal tiene que pasarles algo muy complicado, tienen que colocarse en otro lugar para vivir como desventaja algo. Necesitan mirarse desde otra filosofía, percibirse desde otros valores y conectarse con su proceso biográfico personal. Digo esto porque es una clave metodológica para los hombres, porque en su proceso de vivir asumieron la condición masculina a como pudieron, unos peor que otros, algunos son expertos de medalla en la condición masculina patriarcal. Hay unos que llevan medallas en sus procesos, pero la mayoría de los hombres han vivido un proceso de asumir la masculinidad. No nace de ellos, como diría Simone de Beauvoir de nosotras, se van convirtiendo en hombres a través de una serie de procesos de vida, que los hemos estudiado. Son simples y obvios. Necesitan asumir los elementos de la masculinidad dominante en su mundo a través de un proceso de vida que no han tenido todos; pero además, asumir implica procesos muy dolorosos, autoritarios y terriblemente dañinos para ellos.

Cuando pensamos en el método biográfico para que cada hombre re-visite su historia, apostamos a que se conecte con experiencias subjetivas pre-ipso, o sea, antes de la instalación del hecho patriarcal. Entonces, conectar partes de la subjetividad de su pasado para remontar y desmontar sus hechos patriarcales es una apuesta, es un viaje al pasado de América. Y es posible que

ciertos hombres, conectados con cosas que dejaron de ser, conectados con cosas que perdieron para volverse hombres, tengan la necesidad de cambiar hoy. Esa es una apuesta metodológica de manejo del pasado biográfico. Necesitamos muchos psicoanalistas con enfoque de género para que trabajen este tema con los hombres.

Existe otra precondición para que los hombres cambien, y es el entorno. Ese punto es clave porque se relaciona con el poderío de las mujeres, no sólo con el empoderamiento; si nos quedamos en el empoderamiento podemos patinar, las mujeres necesitamos usar esos poderes para obligarlos a cambiar, porque mientras se produce su proceso interno estaríamos en espera. Necesitamos pasar de “las abajo demandantes”, de las “te suplico mi amor”, y construir una fuerza política para que cada mujer exija, muy amablemente, pero que exija – en la perspectiva feminista somos muy amables – , pero necesitamos pasar de esa posición. Ese es un cambio que no hemos logrado socialmente hablando; en teoría sociológica lo llamamos, condicionamiento social, y en teoría política, un nuevo contrato social.

Y el cambio no es por querer o estar de acuerdo, es porque en esta relación laboral, educativa, afectiva-sexual, las condiciones de participación son específicas; ese es el cambio que las mujeres necesitamos para obligar a los hombres a cambiar. Y no solamente a los hombres,

también a las instituciones. Nosotras no podemos tratar de cambiar a los hombrecitos de la vida cotidiana y mantener estados autoritarios, no podemos pretender que los hombres sean democráticos en género cuando oímos a uno que nos echa rollos en el púlpito, no puede ser. Creo que nosotras necesitamos condicionar nuestra participación en todos los espacios como una estrategia política de género, desde la pareja hasta los partidos políticos, las iglesias, los movimientos sociales, y todo. El problema es que todavía no autoconsideramos que podemos poner condiciones. Todavía las de finales de 1999, que somos nosotras, fuimos educadas a pedir permiso, que al unísono las almas, en una armonía incandescente llegáramos al mismo deseo; las mujeres modernas hemos tenido una educación sentimental. Antes de la negociación hay que tener acuerdos, esa es una fantasía política de las mujeres, y tenemos que lograr el empoderamiento para entender que debemos negociar. Pero no hemos aprendido a conciencia, a sentimientos y a todo, a colocarnos en posición de negociadoras; nos acostumbramos más bien, a que otros se iluminen y nos acompañen en esta causa. Creo que ese punto es importante para que los hombres puedan cambiar.

Otro aspecto absolutamente compartible e imprescindible es que los hombres necesitan otras concepciones filosóficas. La filosofía está presente en todas las personas, no pensemos solamente en los filósofos haciendo filosofía muy ilustrada. La filosofía, la concepción del mundo, las creencias sobre el mundo y la vida parecen intocables. Si los hombres se siguen mirando desde las mismas filosofías tradicionales están perfectamente ubicados en el mundo. Es el mundo que no funciona, ellos sí. Por eso hacen revoluciones, porque el mundo no funciona. Los que están bien en el mundo son ellos. Vivimos en el patriarcado que es la más grandiosa coartada de los hombres, los legitima, les da la razón, los apuntala aunque estén errados, aunque sean equívocos, aunque fallen, aunque sean nefastos, torpes, depredadores, aunque destruyan. Necesitamos que los hombres asuman la necesidad de cambiar sus concepciones del mundo tal como lo han hecho en otros momentos de la historia. Aun los hombres más dispuestos a ello quieren hacerlo como un cambio conductista, una sicóloga diría: como un cambio de conducta, como cambiar algunas maneras de ser, algunas prácticas de vida, algunas relaciones, pero manteniendo intocable el esquema del mundo.

En ese sentido la experiencia histórica de las mujeres puede ser interesante y un aporte civilizatorio a los hombres: la invención del feminismo, – que ha sido durísima para nosotras. Hace

algunos siglos, décadas y años tuvo que ver con un cambio filosófico de las mujeres, con aventurarnos a quedar sin piso y sin techo, sin explicaciones para buscarnos unas nuevas. Luego tuvimos que buscarnos valores y además, tratar de convencer a todo mundo de que éstos son los mejores. Los hombres todavía no hacen eso como hombres, posicionados en su condición masculina. Lo han hecho como filósofos pensando a la humanidad, con grandes revoluciones filosóficas de las que nos hemos nutrido en la cultura feminista.

4- Perfil de las lideresas: el horizonte identitario

Quiero abordar el tema del perfil de las lideresas partiendo de una contradicción de la política en torno a las identidades: la dificultad de encontrar las semejanzas entre mujeres diferentes . La sociedad, a través de la cultura, refuerza las diferencias entre las mujeres y las coloca como obstáculos para la identificación política.

Las mujeres somos diferentes entre nosotras y esas diferencias son convertidas en obstáculos para la identificación positiva desde las ideologías dominantes. Eso marca toda nuestra acción, nuestra participación y todo lo que nos interesa hacer. Cada una es la que debe ser, pero ese ser le es presentado como un obstáculo para mirar a las otras. Para trabajar los liderazgos de mujeres tenemos que trabajar profundamente la identidad de cada una. Cada mujer que pretende liderear un proceso necesita re-elaborar su propia experiencia subjetiva. Pero esa necesidad muchas todavía la consideran como una necesidad de las otras, como si fueran ellas las que deben modificar una serie de cosas porque son inadecuadas, insuficientes, porque tienen problemas para la vida. El planteamiento como clave feminista es: todas, sin excepción, comenzando por nosotras misma necesitamos enfrentar quiénes somos, qué queremos y hacia dónde vamos. Esas son las claves de nuestras identidades.

Autoconocimiento, diferencia y semejanza de género

Y esas preguntas son ejes metodológicos para conocer la identidad. Cada una necesita reflexionar, decirse y contestarse con conocimiento, con profundo compromiso, quién soy, qué soy, qué quiero, qué debo, qué puedo, dónde estoy y hacia dónde voy. Un conjunto de preguntas que permiten ubicarse en el propio mundo. Eso ayuda para que cada una enfrente su propio proceso de liderazgo y como mujer inmersa en esta dimensión de la vida, con estos horizontes. También permite aprender a mirar a las otras mujeres. Quién no se ha mirado a sí misma tampoco puede mirar a las otras. Esta es una clave fundamental.

La fuente del conocimiento de género de otras mujeres está y pasa por el autoconocimiento, las mujeres que no provienen de una cultura feminista han aprendido a la inversa, sin mirarnos tratamos de mirar a las otras. Entonces, esta clave del conocimiento es importante porque no puede haber liderazgos entrañables y de nuevo tipo si no hay autoconciencia. Es un requisito fundante de estos liderazgos.

La otra clave es que debemos buscar entre nosotras las semejanzas e identificar de qué tipo son. Voy a decir una verdad de perogrullo, y es que las más semejantes a las mujeres son las otras mujeres de este planeta tierra; nuestras semejantes están frente a nosotras, junto a nosotras, son las otras mujeres. Pero tenemos que aprender a desmontar un conjunto de prejuicios para poder desarrollar una conciencia de semejanza, que es la conciencia de género, y luego desarrollar la conciencia de la diferencia; por qué semejantes y diferentes a la vez. Pero hay que tratar de desmontar los obstáculos de la identificación positiva, que están funcionando entre nosotras y que nos impiden aproximarnos, reconocernos, simpatizar entre nosotras, empatizar entre nosotras.

Si pienso globalmente y tratara de encontrar la semejanza fundamental entre todas las mujeres del mundo, ésta sería la semejanza sexual. Eso es lo que nos hace más parecidas y entonces, la clave de todas las políticas de género parte de lo sexual. Y sobre esa semejanza está montado lo que llamamos el género; es decir, un conjunto de deberes, responsabilidades y prohibiciones

atribuidas a las mujeres como si fueran una emanación de su sexo. Eso es el género, el conjunto de atribuciones simbólicas asignadas al sexo. En la teoría y la perspectiva de género sabemos

que son construcciones sociales, que todo eso se aprende. Es normado, formado social y culturalmente. Entonces, no solamente somos semejantes por nuestro sexo sino también por nuestro género. Y el género es la clave política entre las mujeres de todo el mundo.

Lo que nos hace semejantes no es que en unos países las mujeres borden y en otros no, que en algunos países escriban y en otros no, o que en unos países barran y en otros no. La semejanza política está en la historia de la opresión de las mujeres, lo que nos hace semejantes es que compartimos una historia compleja, en la cual, por el simple hecho de ser mujeres vivimos formas de opresión económica, social, cultural, jurídica, política y sexual. Eso es lo que nos hace semejantes a las mujeres de todo el mundo y lo hemos vivido de distintas formas, con especificidades nacionales, regionales, locales. Se nos ha considerado seres inferiores, y se nos ha colocado en un rango de inferioridad social y no solamente ideológica; no son sólo creencias o mitos, son condiciones sociales económicas y políticas realmente inferiores.

También somos semejantes por haber padecido como mujeres, y seguir padeciendo, formas de discriminación específicas. La discriminación quiere decir trato desigual, implica haber recibido maltrato por ser mujer, aunque sea maltrato cortés y galante – porque hay muchas formas de maltrato -. Y al maltratarnos como seres inferiores nos colocan en posiciones de exclusión de espacios, especialmente de aquellos que socialmente colocan a las personas en condiciones para acceder a recursos; hemos sido excluidas de esos espacios una y muchas veces. También hemos sido excluidas de los espacios donde se toman las decisiones sobre nuestras vidas, y nos han marginado; es decir, no han colocado al margen de procesos significativos para nuestras vidas.

Reconocer la expropiación genérica

Hemos sido expropiadas en primer lugar, y quiero citar a mi maestra Franca Basaglia, de nuestros cuerpos. Los cuerpos de las mujeres no les pertenecen a ellas sino a las instituciones, las iglesias, a los estados, pertenecen a instituciones sociales como la familia o la pareja y a los hombres.

Podemos afirmar hipotéticamente que en el patriarcado cualquier hombre puede apropiarse del cuerpo de cualquier mujer a través de la violencia, y como nosotras no somos un puñado de músculos, huesos y neuronas fragmentadas, sino que somos seres humanas, al apropiarse de nuestros cuerpos se apropian también de nuestra subjetividad. Esa condición opresiva sexual es la marca patriarcal sobre las mujeres. Pero se apropian, más bien nos expropian muchas otras cosas, por ejemplo nuestro trabajo. Por eso hay una semejanza histórica entre mujeres de culturas y pueblos distintos, porque el trabajo de las mujeres no forma parte del trabajo pagado, considerándose un hecho natural y no civilizatorio. En teoría de género llamamos a esto el trabajo invisible.

Todo lo que hacemos las mujeres se considera nuestro deber natural y no forma parte de la conciencia, de lo que transforma a la sociedad, aunque sea nuestro trabajo mal pagado, el que es visible y reconocido. Todas estas características hacen que la semejanza esté más allá de lo sexual, es la semejanza de género. El papel del trabajo y de la sexualidad, el considerar inferior nuestra subjetividad, nuestra conciencia, nuestra inteligencia, todos estos elementos y muchos otros, prefiguran la semejanza de género.

En la semejanza de género política hay algunos elementos importantes, uno de ellos es la pobreza de género, que es una condición económica de las mujeres en todo el mundo, aun de aquellas que pertenecen a clases sociales altas. En otras palabras, las ricas son pobres. Por

género, hasta las ricas son pobres. Generalmente, cuando analizamos a la sociedad sin una perspectiva de género sólo vemos la pobreza de clase, solamente relacionamos la pobreza económica con la clase social, pero no relacionamos la pobreza con el género. Y necesitamos identificar un rasgo económico de género que atraviesa a las mujeres de todas las clases sociales.

La pobreza de las mujeres ricas es relativa. Están ubicadas en una posición social de acceso a bienes, a recursos, a condiciones de vida importantes pero no son propias; ellas están colocadas en posición de beneficiarias de otros, que son los poseedores de la riqueza, los poseedores del estatus, el prestigio, el rango y el poder político. Todos esos elementos componen el nicho de la pobreza o la riqueza.

Todas las mujeres de las distintas clases sociales somos relativamente más pobres que nuestros parientes, que nuestros hermanos, que nuestros maridos, somos más pobres que nuestros novios; y luego, como además creemos que somos iguales, queremos invitarlos. Somos más pobres, tenemos menos recursos, menos acceso a los recursos, aunque tengamos posiciones sociales más o menos buenas para vivir. La pobreza de género es un rasgo de semejanza política entre las mujeres, porque el acceso a los recursos, al capital financiero, al crédito es enormemente desigual entre mujeres y hombres, la pobreza de género abarca a las mujeres de una manera contundente.

Otra característica de la semejanza política basada en la opresión es que las mujeres hemos estado excluidas políticamente. Todas hemos vivido procesos para intentar la inclusión política de las mujeres. Para volver a los términos de la teoría diré que las mujeres hemos sido expropiadas políticamente, otros se han autodesignado como entes políticos y se han apropiado de los espacios poniéndoles una marca sexual. Para ingresar a esos espacios a los que se les ha puesto una marca de género, es preciso ser hombre y tener los atributos del poder masculino.

Ese conjunto de hechos nos permite encontrar semejanzas, pero también debemos preguntarnos en qué grado. Todas las mujeres estamos sujetas a padecer opresión de formas distintas, unas un poco más en el entorno inmediato, otras en el entorno social, pero todas estamos sujetas a formas de inferiorización, discriminación, exclusión, marginación y expropiación, las cinco claves de la opresión de género. Repito. La inferiorización legitima todas las demás formas de opresión; somos explotables porque no servimos, somos invisibles porque somos inferiores, no podemos ser ciudadanas, y estamos colocadas en un rango social más abajo que los hombres. En la jerarquía de género estamos colocadas como bloque en un rango de inferioridad y los hombres, por el sólo hecho de serlo, están colocados en la superioridad de género dentro de la jerarquía social. Pero además, nos inferiorizan y nos excluyen, o peor, nos inferiorizan para excluirnos. Hay una intencionalidad política en ello. Nos inferiorizan y excluyen para expropiarnos el cuerpo, la sexualidad, el trabajo, hasta los sueños, las ideas, la capacidad creativa, la fantasía maravillosa y hasta la alegría.

Todo lo que somos, creamos e inventamos es expropiable mientras estemos colocadas en posición de expropiación. Por otra parte, nos discriminan y marginan. No es lo mismo opresión que discriminación; están en rangos distintos. La discriminación es una parte de la opresión, la

inferioridad es una parte de la opresión, la categoría más abarcadora es la opresión de género y está conformada por todas las otras que mencioné. Dos componentes prácticos de la inferiorización son la subordinación y la subalternidad, subalterna y subordinada.
Si no encontramos más semejanzas de las que ya tenemos, quiere decir que hay una historia marcada por la forma en que las mujeres hemos vivido este conjunto de hechos, cómo los hemos enfrentado, cómo y por qué hemos tenido que responder a retos de la vida. Por ejemplo, la

violencia, que es el recurso de control político de las mujeres. No solamente es que suframos o seamos víctimas de violencia, es que también estamos sujetas a la violencia para existir. Y no me pregunto si las mujeres viven la violencia, eso ya lo sabemos, lo que debo preguntarme es qué tipo de violencia, cómo, con qué grado de daños, con qué profundidad, con qué marcas. Yo sé que todas vivimos violencia de género, porque si no la he vivido personalmente, entonces ha sido porque soy mujer y observo cuando otras mujeres son violentadas. La violencia patriarcal es tan perversa que cuando daña a una mujer se generaliza a todas, y muchos violentos cuando verbalizan su violencia lo enuncian como: “estas mujeres”, “eres como las otras”. El discurso verbal de la violencia es un discurso de género. Se daña a una para dañar al conjunto, y los violentos han asimilado y estructurado mucho eso en su subjetividad.
En cambio, para muchas mujeres que no tenemos conciencia de género este punto todavía no está muy claro. Son otras las mujeres a las que les pegan, a las que exhiben como mercancías en las pasarelas, a las que atacan en las calles; son otras las mujeres abusadas en sus casas, las incestuadas, las que son abusadas en su trabajo. La clave patriarcal es la ceguera. No quieren que nos enteremos que al dañar a unas nos dañan a todas. Pero nosotras, con ojos feministas, ya lo sabemos y cuando vemos una mujer, vemos una congénere, no sólo es mi connacional, mi compatriota, mi colega, o mi compañera porque puede que pertenezca a otra nación, puede ser que no sea mi colega porque no tengo asuntos empresariales y de actividad con ella; pero es mi congénere porque tengo un conjunto de semejanzas con ella y con todas.
Compartir la contemporaneidad
La clave identitaria que podemos compartir todas las mujeres que vamos a esperar y festejar la llegada de este siglo, es que somos contemporáneas, y eso nos involucra en una dinámica subjetiva para encontrar las semejanzas de las contemporáneas. Ser contemporánea puede ser un enorme piso de identificación entre las mujeres; ser contemporánea significa vivir en una misma época, el tiempo es lo que nos hace semejantes, vivir en esta época y no en otra. Soy contemporánea con todas las que están vivas en este momento, en este mundo; soy contemporánea con mujeres de cien años que han vivido un siglo y también de criaturas que están naciendo y que van a ser del otro milenio. Esas son nuestras contemporáneas, abarcan un rango de un siglo atrás y un siglo adelante. Pensémonos como mujeres de esta época.
¿Las que tienen hijas se las imaginan como contemporáneas?, ¿Imaginan que tienen, en parte, vidas muy jodidas?, ¿Se las imagina como ciudadanas?, ¿Pueden comprender sus anhelos de libertad, sus dudas, su confusión, su incertidumbre o su asertividad? A ver las abuelas, ¿Se sienten contemporáneas de sus nietas? El vínculo con las nietas es que cierra los dos siglos, es una relación que guarda una gran inmensidad cultural porque la que tiene una historia de mujeres que vivieron en otra época tiene también un cúmulo de historia; esa relación de enganche forma parte de lo que en antropología de género llamamos las cadenas de género, el eslabón histórico y trascendente de memoria. El punto es qué es lo que la bisabuela le va dar como claves a sus bisnietas. Nosotras hemos tratado de construir la ciudadanía pero no la tenemos del todo, y esa ciudadanía condensa todos nuestros anhelos para la vida.
Entonces, una clave de las contemporáneas es trabajar nuestras identidades para los liderazgos y para la vida con capacidad de ser profundamente actuales. Muchas mujeres que han perdido parte de sus mundos, parte del pasado, tienen la tendencia nostálgica de volver a él y querer reproducirlo. Son esas mujeres que afirman que todo tiempo pasado fue mejor, que antes era más bonito, que era una época maravillosa, que antes las mujeres no hacían tantas necedades como ahora. Ese tipo de enunciados corresponden a personas que obstaculizan su actualización. Pero

necesitamos ser actuales, y actualizarnos. Este es el tiempo presente y más allá de la memoria y la imaginación, es lo único que tenemos.
Y estar actualizadas es una necesidad porque las contemporáneas no sólo vivimos formas de opresión, también somos constructoras de alternativas, unas a nivel micro y otras a nivel macro, pero esta es una semejanza y una clave política de género importante, positiva, no opresiva. Las contemporáneas tenemos un pie en la opresión y otro en las alternativas – espero que podamos avanzar un paso cada día hasta sacar el pie de la opresión y conducirlo a través de las alternativas a espacios de vida no opresivos -. A nivel mundial las mujeres estamos construyendo alternativas para nosotras, la sociedad y la cultura. Por eso dije antes que estamos haciendo procesos civilizatorios con conciencia y voluntad, los atributos subjetivos que el patriarcado nos había expropiado a las mujeres. Y coincidimos con las mujeres inuit que viven en Alaska y que están inventando turismo ecológico con perspectiva de género, coincidimos con ellas en conciencia y voluntad de inventar alternativas incluyentes para las mujeres.
Las excluidas nos auto-incluimos y creamos pisos de inclusión para otras mujeres. Incluirnos es una clave política de género presente en todo el mundo, buscamos resquicios, inventamos espacios, construimos espacios para incluirnos, y si no nos aceptan, hacemos espacios paralelos. Si los espacios tradicionales están muy apretados y cerrados entonces, los modificamos. Esas somos nosotras y nuestras congéneres contemporáneas, mujeres constructoras de alternativas. Mujeres que hemos hecho cosas extraordinarias, filosóficamente hablando, que hemos logrado realizar las utopías de poco a poco, y éste es un cambio civilizatorio.
Muchas personas piensan que los cambios se producen con eventos extraordinarios, con irrupciones, con procesos que efectúan cambios de un día para otro y entonces llegamos al paraíso terrenal. Pero la historia moderna de las mujeres es distinta, es la historia de la transformación permanente del mundo; es una propuesta política distinta a las hegemónicas, se trata de la transformación cotidiana del mundo y de las condiciones para la vida. Por eso somos muy cercanas a mujeres distintas, porque compartimos esa invención del mundo, esa capacidad creadora, la capacidad de alumbrar al mundo.
También nos caracteriza que a pesar de la opresión tenemos algunos derechos construidos por mujeres que nos antecedieron y nos los han heredado; somos herederas – otra clave de las

contemporáneas -, somos beneficiarias de mujeres generosas que se dieron cuenta que cambiar ellas solas no bastaba e hicieron cambios trascendentes para nosotras. Es decir, nos construyeron un piso de vida para desplegarnos y tener mejores condiciones de vida; ese piso de vida se llama

derechos, oportunidades, inclusión civilizator

a, recursos, por eso no se vale que los

desperdiciemos.

Veamos cuantas claves poseemos las contemporáneas: pertenecemos a una historia civilizatoria y liberadora, somos herederas y además, somos portadoras. No sólo heredaremos sino que portamos bienes, recursos, oportunidades para nosotras y para otras. Eso implica un posicionamiento de enorme compromiso, un compromiso histórico – como diría Gramsci -, y un compromiso de horizonte.

El sincretismo de género: "cautivas emancipadas"

Pero ahora, quiero hablar sobre otras características de las contemporáneas. Todas las contemporáneas todas somos sincréticas, que quiere decir mezcla, combinación; sincretismo, es un concepto que usamos en antropología para referirnos a aquello que reúne varias culturas. Por

ejemplo, decimos que en América Latina todas las culturas son sincréticas, porque provienen de pueblos distintos, de tradiciones diferentes que se han mezclado a lo largo de los siglos, y el producto ya no es ni una cosa ni la otra, es una mezcla. Este concepto también se utiliza mucho en arquitectura.

Entonces, lo indígena es una mezcla, también la mezcla étnica, la cultural, y ahora, la mezcla de género. Todas las contemporáneas somos unas mezcladas de género, es decir, cada una de nosotras sintetiza de manera única una combinación de ser mujer tradicional y mujer moderna. Más todavía, cada una de nosotras sintetiza una mezcla de subjetividad patriarcal y subjetividad emancipatoria. Lo voy a repetir utilizando mi propio lenguaje: las modernas, las contemporáneas somos cautivas emancipadas. Imaginen la película de cada una y las formas en que se siente atrapada todavía, en redes, obligaciones, imposiciones patriarcales; pero también en que se siente emancipada, con ciertas libertades y recursos. Y tenemos un doble sincretismo, por un lado vivimos el ser mujer de formas muy tradicionales, conservadoras, costumbristas, casi folclóricas - somos un folclore de género -, y al mismo tiempo, vivimos nuestro ser mujer innovando, adquiriendo, transformando muchas cosas, cambiando; somos mujeres de la modernidad y en parte vivimos como las mujeres que son modernas.

Ahora bien, quiero explicar a que me refiero cuando hablo de subjetividad. La subjetividad es la dimensión que abarca nuestra conciencia y nuestro inconsciente. En la subjetividad está la conciencia pero también está lo inconsciente – la parte patriarcal está ahí, entonces imagínense lo que nos cuesta llegar a esa roca -, están nuestras concepciones del mundo y de la vida, cómo pensamos la vida, nuestra manera de ver la vida, nuestras creencias y aquello en lo que no creemos, el conjunto de valores con los que vivimos, el conjunto de normas, deberes, prohibiciones, todo lo que son normas para la vida. Pero también forman parte de la subjetividad nuestras formas de comportamiento, las actitudes, las respuestas, las reacciones, y también las acciones; nuestro imaginario, nuestra fantasía, nuestros lenguajes, los lenguajes del cuerpo, los lenguajes verbales, los lenguajes estéticos. Nuestra subjetividad es todo eso y más.

También forman parte de ella nuestros afectos, nuestras emociones, nuestros impulsos, nuestras capacidades intelectuales, nuestras destrezas, habilidades e inhabilidades, también. Parte de nuestra subjetividad son nuestros conocimientos e interpretaciones, también nuestra ignorancia. Por eso cuando digo que en parte tenemos subjetividades patriarcales me refiero a que tenemos creencias, valores, conocimientos, ideas de la vida, normas muy estrictas y profundamente patriarcales, pero al mismo tiempo tenemos valores, creencias, ideas, actitudes menos afirmadas, emancipatorias. Siempre la parte patriarcal está mucho más asentada, solidificada, legitimada, y además, encuentra consenso.

¿Qué nos produce el sincretismo de género?. Entre otras cosas, la necesidad de movernos, de hacer algo. Internamente produce movimiento subjetivo, no estamos estáticas. Una parte choca con la otra porque a veces lo tradicional es antagónico de lo moderno, y en lo interno lo patriarcal choca con lo emancipatorio. Y cada mujer contemporánea, aunque no sepamos su nombre y esté parada en la estación de un pueblo que no conocemos, sabemos que es una mujer sincrética, viviendo agudas, profundas y complejas contradicciones internas. A ese conjunto de contradicciones les llamamos escisión de género.

La escisión de género quiere decir ruptura. En ciertos momentos de nuestras vidas cualquiera de nosotras ha sentido rupturas internas que a lo mejor ha superado o aun está viviendo, porque la escisión a veces se supera y a veces no; cuando es muy dramática produce una sensación de herida. Mientras más opresiva es la vida de las mujeres contemporáneas y más anhelos

emancipatorios tienen, más dolorosa es la escisión. La conciencia duele. Y los que no nos entienden preguntan para qué andamos en todo esto, sobre todo cuando estamos muy escindidas, muy conflictuadas, muy lastimadas.

Enfrentar la escisión de género

Los procesos internos se resuelven de dos maneras: interna y externamente. Tenemos que enfrentar esa escisión como una clave de los liderazgos de las mujeres. Nosotras trabajamos con lo más precioso de este mundo que son las vidas de otras personas; trabajamos, aportamos, tratamos de contribuir a la vida de otras personas, y en el caso de las mujeres en concreto, debemos saber que lo que hacemos tiene que buscar cómo eliminar formas antagónicas de escisión y no aumentarlas. Lo que hacemos con nuestras acciones prácticas, nuestros proyectos, nuestras políticas públicas, es contribuir en parte, a que cada mujer deje de vivirse partida internamente. Pero eso también tenemos que enfrentarlo con condiciones externas: condiciones sociales, económicas, políticas, y todo aquello que permite salir de la opresión y asumir condiciones "vivibles" de vida. Eso es lo único que elimina la profunda escisión de género.

Por otra parte, neces itamos modernizarnos, porque la contradicción entre tradición y modernidad no nos ayuda a vivir. Y modernizarnos significa acceder a los recursos de la modernidad tales como los derechos, la ciudadanía, el conjunto de recursos técnicos, los recursos sociales para

desplegar la vida, los recursos económicos, los recursos políticos, etc. Entonces, una clave importante para los liderazgos entrañables que queremos vivir, apoyar, desarrollar y que nos urgen a las mujeres, es que cada mujer, donde quiera que esté y haga lo que haga, asuma la conciencia de su ser de género. Pero también que cada una de nosotras asuma la responsabilidad que tiene donde está colocada, aunque haya llegado a una institución sin querer, porque la pusieron allí; que la asuma también la que hasta antes de ayer no tenía interés en las mujeres, a la que le interesan mucho pero no sabe como, a la que se siente que lo que hace no tiene importancia porque es muy chiquito y muy pequeño, en fin, todas. Porque es una oportunidad de vida para contribuir a eliminar la opresión de género. Es una oportunidad.

Lo voy a decir desde la perspectiva histórica: las oportunidades no son eternas, pasan y se van, desaparecen si no las aprovechamos. Si creamos una institución y no la aprovechamos en las funciones que puede cumplir, estamos haciendo un derroche imperdonable. Si estamos en una institución, en posición de influir con acciones para eliminar la opresión de género y no lo hacemos, estamos atentando contra nosotras mismas. Ahora, si adquirimos esta conciencia, si la desarrollamos como base de nuestro liderazgo podemos aportarla a otras; pero si no creemos tampoco lo podemos transmitir a otras mujeres. Estamos para eliminar opresiones e individualmente, con cada mujer – voy a usar un concepto de la cirugía, porque a veces somos médicas y cirujanas del alma -, necesitamos contribuir a suturar sus heridas, a reparar socialmente los daños que la opresión de género deja en ellas.

La mayor parte de las instituciones contemporáneas que en el mundo tienen políticas de género lo que están haciendo es oponerse con resistencia a la violencia de género y reparar a las mujeres violentadas, no dejarlas en condición de desecho humano. Pero además están tratando de abrirles espacios, tratando de obtener y generar recursos para ellas. Esas son formas de enfrentar la opresión y las escisiones.

Otro elemento interesante y simbólico, es lograr la valoración de género de las mujeres, pero no una valoración subjetiva, sino una valoración jurídica, porque como somos modernas todos los avances tienen que ser legales. Y citaré a las mujeres del siglo XVIII, a Olimpia de Gouges que

decía: “no estamos contra la ley, estamos por leyes democráticas”; entonces, nosotras en la tradición histórica de la causa de las mujeres no somos ácratas, no somos alegales y tampoco está en nuestra tradición la marginalidad jurídica. Al contrario, cada avance tiene que estar concretado en leyes porque, teóricamente, son el único espacio jurídico de observancia obligatoria. El paso siguiente es que debemos construir el soporte social para que las leyes sean vigentes, y el soporte cultural para que también se acompañen de creencias, afectos, anhelos, actitudes y no choquen con nuestras tradiciones y creencias. Hay que modernizar la cultura para que se produzca una sintonía entre creencia, ley y valores. Por eso para nosotras el camino es complicado, por eso las luchas de las mujeres se dan en muchos frentes, muchos espacios, desde lo concreto inmediato hasta lo jurídico político en el estado; entonces, la relación entre lo local y lo global no está en que una haga una algo en un espacio pequeño, sino que tenga el contenido de la agenda política. Ahí es donde se produce la relación.

El poderío como alternativa

¿Qué es lo que nos proponemos?. Ayer hablé del empoderamiento que es un concepto vigente, reconocido y aceptado por las políticas públicas e instituciones. Ahora quiero juntar la idea del empoderamiento con esta condición de las contemporáneas, como mujeres sincréticas, que vamos en pos de la modernidad, y en ese sentido, lo que buscamos – y eso asusta a mucha gente porque cambió el lenguaje de las mujeres -, es el poder. No nos proponemos liderazgos para tirar a la basura, para sentirnos bien; nos proponemos liderazgos porque nos urgen, porque las mujeres de todo el mundo estamos en situación de emergencia y nos urge construir individual y colectivamente lo que llamamos el poderío de las mujeres. Muchos movimientos políticos y sociales de las mujeres en este siglo han planteado que las mujeres queremos el poder y mucha gente se ha asustado.

Para hablar del poder yo prefiero utilizar el concepto de poderío porque permite diferenciarlo de otras formas de poder y explicar qué tipo de poder queremos las mujeres. Primero mencionaré de qué no se trata. Los movimientos sociales y políticos de mujeres han ido elaborando como alternativa, una verdadera alternativa, un tipo de poder que a su vez permita eliminar el poder de dominio en la sociedad, particularmente el dominio de género. Se trata de eliminar poderes autoritarios, el poder como abuso, el poder de lastimar a otros, el poder de expropiar las posibilidades de vida de las personas. Las mujeres no queremos los poderes establecidos, sino otras formas de poder que nos permitan desarticular poderes enajenantes, destructivos y opresivos que están vigentes en nuestras sociedades.

El poderío entonces, es el conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo basado en la cooperación solidaria entre personas, instituciones, estructuras, organizaciones, etc. Esto sintetiza la propuesta paradigmática de la que hablé antes cuando decía que estamos a favor de la democracia y el desarrollo humano sustentable. En términos políticos esto es: necesitamos un conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo. El parámetro es eliminar la opresión de un lado, y construir la ciudadanía de las mujeres, del otro. Esos son los polos de ese poderío.

Cuando decimos que queremos poder, muchas personas piensan que queremos el poder tal como está y eso les provoca miedo porque creen que vamos a vengarnos, existe un miedo colectivo a la venganza de las mujeres. Quiero nombrar esos miedos: les da miedo que las mujeres usemos los poderes de la misma forma en que los usan contra nosotras, piensan que vamos a violentar, a usar y abusar del individualismo, que vamos a ser excluyentes, que vamos a maltratar, a quitar; en fin, piensan el mundo al revés. Por eso una de las claves de los liderazgos es transmitir de forma clara y puntual qué es lo que en realidad queremos y lo que no queremos

en la formación política de las mujeres. Y para hacer la crítica del poder establecido necesitamos recursos porque si no, cuando ocupamos posiciones de poder, simplemente nos instalamos en las maneras tradicionales del poder. Por eso, para que las mujeres no usen los poderes de forma tradicional tenemos que desarrollar una conciencia política diferente entre nosotras.

En esta propuesta política no está contemplado tener el poder para hacer daño y a ese conjunto de poderes los hemos denominado como poderío vital. El poderío vital de las mujeres sólo puede desarrollarse junto con la democracia. Por ejemplo, podemos analizar lugares donde las mujeres tienen mejores condiciones de vida, mayores oportunidades, más derechos; no son cualquier tipo

de sociedades sino aquellas en las que se han desarrollado procesos democratizadores que han abarcado a las mujeres. En estos casos los procesos democráticos no han ocurrido al margen de las mujeres, más bien la democracia ha pasado por ellas y las ha incluido. De eso ha resultado que al incluir a las mujeres se ha potenciado la democracia.

Existen investigaciones sobre países pobres con avances importantes para las mujeres. Esto nos rompe el esquema de que en los países ricos las mujeres tienen mejores condiciones de vida; en realidad, las mejores condiciones de vida se logran cuando hay una intencionalidad política para incluir a las mujeres en los procesos.

En mi libro sobre género y feminismo hay ejemplos de países que al analizarlos sin perspectiva de género pueden presentar altos niveles de desarrollo, pero cuando los sometemos a un análisis bajo la óptica de género las cosas cambian, porque las condiciones de vida de las mujeres no son óptimas y hay una brecha de inequidad entre ellas y los hombres. Uno de estos casos interesantes es Japón. Este es uno de los países con más alto desarrollo técnico, económico y estructural. Tiene industria nuclear, industria pesquera alimentaria, un alto consumo de alimentos nutritivos per cápita, una gran cantidad de indicadores del desarrollo tradicional moderno. Pero si analizamos todo ese desarrollo observando donde están las mujeres y los hombres entonces, ese desarrollo elevado se viene abajo porque no hay democracia de género y porque las mujeres no acceden a los beneficios del bienestar, a la calidad de vida del desarrollo. Las mujeres tienen una sobrecarga de vida, hay muchos amarres que impiden su ciudadanía plena y están excluidas de los espacios de poder en el estado, en el gobierno, en la empresa, en los partidos políticos tradicionales; incluso en las mafias económicas ligadas al tráfico de drogas, de armas, de mercancías y de personas. Japón es uno de los países por donde pasa el tráfico de niñas en Asia. Eso desmorona el desarrollo del Japón.

En algunos otros países del ex llamado Tercer Mundo ocurre a la inversa. Han apostado a procesos de incorporación de las mujeres, a procesos educativos que han logrado mejorar sus condiciones de vida y su participación en la toma de decisiones, aunque son países pobres que no tienen los altos ingresos per cápita y carecen de instalaciones avanzadas en infraestructura, pero que han destinado un porcentaje importante del producto interno bruto para la educación de las mujeres. Y como en cadena, eso permite una participación política con calidad. Este es el caso de los nórdicos que, a lo mejor, no tienen un índice per cápita tan alto, no tienen ese desarrollo, algunos no tiene bomba atómica ni submarinos nucleares, pero tienen desarrollo más democrático entre las mujeres y los hombres. Esto ha sido parte de sus reformas sociales para incorporar equitativamente a las mujeres en procesos de educación, salud y avance en el desarrollo personal. Entonces, si observamos estos países con el prisma del género veremos que tienen mayor desarrollo de la democracia genérica y ofrecen mejor calidad de vida a las mujeres. Si queremos mejor calidad de vida aprendamos como han hecho. Una de las claves políticas es no postergar para después los cambios de género sino democratizar e impulsar el desarrollo con una perspectiva democratizadora de género.

En resumen, los cambios de género no son posteriores a nada, se realizan dentro de los procesos o no se hacen. Esa es una enseñanza extraordinaria en la práctica histórica.

En muchos otros procesos nos han dicho que los temas de género no son prioritarios, que las mujeres no tienen un alto índice de consumo en esa región y por lo tanto, no interesan, que las mujeres no participan electoralmente y por eso no hay que ocuparse de ellas. Otra cosa que nos han dicho es que: “esos cambios que ustedes quieren son consecuencias de otros procesos que hay que impulsar primero”. Es decir, utilizando recursos comparativos como si hubiera igualdad, se pospone cualquier acción hacia las mujeres.

Lo de los conflictos de género es todo un tema que deberíamos de discutir. Existen muchos conflictos de género que no los inventamos nosotros; existen incluso donde se supone que no hay, lo que sucede es que cuando estamos en este tipo de procesos los conflictos se visibilizan, se alumbran, se ven, afloran porque estaban sumergidos, ocultos o sujetos a la ley del secreto y el control. Lo que tenemos que saber es cómo manejarnos en esos conflictos en una doble vía: al intervenir en el conflicto y en lo que esa intervención nos genera a nosotras. Son dos capacidades diferentes que debemos aprender y desarrollar. El tema de la escisión es un tema muy interesante, ha habido procesos en los que hemos participado y que nos han producido desgarramientos internos y heridas profundas; si nos pensamos feministamente, de lo que se trata es salir y para eso hay una serie de normas éticas que nos pueden ayudar a pensar el tema.

La agenda política y la globalización

Cuando planteo la categoría de contemporáneas, estoy planteando las bases para tener una agenda global de las mujeres. Cuando digo que debemos resignificar nuestra identidad de género, estoy planteando las bases para un sujeto histórico mundial: las mujeres. Y si planteo la contemporaneidad como una condición de género temporal que nos ubica en el mundo moderno, parte de lo que nos constituye es la globalización. La medida depende de cómo estemos articuladas en los espacios nacionales, locales y regionales, pero el tema de la agenda política global de las mujeres se sustenta con el reconocimiento de nuestra semejanza de género, por eso podemos tener y construir como lo hemos hecho, una agenda global.

La agenda política de las mujeres ha sido construida en procesos históricos aislados antes de la globalización, ha sido construida en los recorridos locales, nacionales y regionales de los movimientos de mujeres desde hace dos siglos y ahora, hasta el fin del siglo XX, las mujeres nos encontramos en el piso de la globalización. Los insumos para esa agenda política global ya los teníamos antes. Entonces, lo local no solamente es un supuesto ideológico sino también histórico; fueron las mujeres quienes lucharon concretamente, en México por ejemplo, dentro del proceso ilustrado liberal que se vivió hace más de un siglo por la igualdad educativa entre mujeres y hombres, de ahí vengo yo. Ahora bien, esa experiencia local hoy confluye porque en Australia también se luchó por lo mismo pero en otra época, y en Nicaragua también. Así, las mujeres nos vamos encontrando en ítems políticos que tienen una tradición histórica muy diferente en nuestros países, y esa es la forma en que se ha concretado lo local, convirtiéndose en global. Lo global no es algo que exista, es algo que se construye; las mujeres hemos ido construyendo la dimensión global de género desde lo local, lo concreto, desde los movimientos específicos, las necesidades puntuales, las políticas públicas, las acciones, la organización de las mujeres. Todo esto ha ido construyendo en la confluencia eso que llamamos lo global.

Pienso que la globalización ha favorecido enormemente a las mujeres; vista desde otro lugar es

nefasta, difícil y excluyente, pero a nosotras nos ha intercomunicado, nos ha encontrado, nos ha
47
permitido desarrollar lenguajes compartidos que hoy se llaman agendas políticas de mujeres con procesos de vida diferentes que hemos identificado una causa común. Entonces, la globalización y el género es un tema interesante porque permite ver como se construye lo global; nosotras somos copartícipes de la globalización al encontrarnos, al comunicarnos, al plantearnos agendas políticas compartibles. Luchas políticas, acciones específicas, que desde la globalización regresan a lo local. La dialéctica entre lo local y los espacios de globalización es muy compleja, pero para nosotras ha sido importante pues ha posibilitado desarrollar la tolerancia entre las mujeres, que es una clave política.

Si existe un paradigma posible, un proyecto y un conjunto de acciones hacia un lugar, en un sentido, es porque hay globalización. Y es una alternativa a la globalización neoliberal porque contiene posiciones políticas, ideológicas y estructurales distintas. En el caso de las mujeres, de los movimientos de mujeres y el feminismo estamos del lado de los procesos democratizadores de la globalización, de los procesos de desarrollo para la vida. Ese es el paradigma al que pertenece el feminismo como horizonte histórico y cultural. Desde luego, muchas mujeres en lo concreto tienen la conciencia de que la globalización es nefasta porque la analizan desde el punto de vista de la perspectiva neoliberal y no desde la perspectiva de las mujeres y el enfoque de género.

En el fondo, la pregunta es: ¿qué favorece al adelanto de las mujeres? Y en verdad que nos favorece, pero también nos lastima y excluye a mujeres. Pero la globalización no es una entidad de un solo color, es un conjunto de procesos globales de comunicación e interacción que reducen la distancia y articulan a países, regiones, pueblos y aldeas que no estaban vinculados entre sí. Entonces, no es que la globalización sea mala o buena por sí misma sino cuáles son los contenidos de las políticas, acciones y procesos que se dan a través de ella.

La globalización neoliberal nos lastima porque es excluyente, porque impone formas de sobreexplotación, porque excluye de la ciudadanía a millones, porque hace invivible la vida para millones de personas. También porque hay países que se consideran incosteables, poblaciones que en las políticas de población se considera residuales o desechos. Desde es a perspectiva las políticas globalizadoras neoliberales son depredadoras de las condiciones de vida para la mayoría de las personas, son excluyentes, actualizadoras de formas tradicionales de opresión y explotación. Pero en ella también están actuando e interactuando procesos civilizatorios de aculturación positiva, de renovación de la vida, y ahí se producen luchas políticas por impedir, obligar, imponer, oponer, avanzar, resistir. Entonces, tenemos que pensar la globalización como un espacio en el que se establece una lucha que todavía es muy desigual y que no se da fuera de lo local; lo global acontece en lo local, pero no todo lo local está en lo global; todo lo local marginado en lo global, está excluido de las posibilidades y los beneficios, de los recursos de la globalización, pero a causa de la exclusión neoliberal. El panorama es complejo, pero podemos tener una perspectiva preguntándonos en qué nos ha permitido avanzar la globalización, cómo hemos ocupado los espacios y en qué nos ha afectado.

La marca identitaria de ser pioneras

Sigo ahora con el tema del perfil. Las identidades políticas tienen un común denominador en muchas de nosotras, y es que somos pioneras. Esa experiencia de ser pioneras tiene características compartidas por muchas mujeres. Las mujeres contemporáneas hemos vivido experiencias por primera vez y todas esas experiencias para el género tienen un significante político. Todo lo que es la primera vez para el género ha pasado por la vida personal de las mujeres; en otras palabras, mi primera vez desde la perspectiva de género lo es también para el conjunto de las mujeres. Esa condición de pioneras nos coloca en posiciones muy interesantes.
48
La primera de ellas es que en alguna medida y algunas experiencias somos inaugurales. Inauguramos espacios, formas de ser, actividades; no olvidemos que el siglo XX ha sido el siglo inaugural de actividades tradicionalmente consideradas masculinas en las que hemos incursionado las mujeres. El siglo XX es un siglo inaugural en los trabajos, en las actividades, las funciones, y los roles de las mujeres; pero también es un siglo inaugural en el posicionamiento político de las mujeres. Esto nos da una serie de connotaciones a las que hemos sido y seremos pioneras en algo.

¿Qué es ser pionera?. Ya dije que es ser inaugural pero con otras características. Implica tener fuerza para pasar el trance inaugural, fuerza personal y en alguna medida, fuerza social para vivirlo. Implica tener capacidad creativa, imaginación, capacidad de aprendizaje y desde luego, una gran asertividad; es decir, conseguir nuestros fines aunque los demás no estén de acuerdo, aunque no sean legítimos, aunque no valgan, aunque haya oposición al hecho, contrariedad, suspicacia, hostilidad. Ser asertivas implica enfrentar todos estos retos; y las pioneras han tenido que enfrentarlos. Por ejemplo, ser la primera en tener dos criaturas dentro de una familia donde la costumbre es tener siete; gran cantidad de mujeres en América Latina han sido pioneras demográficas, pioneras de su vivencia, de su fecundidad, y han tenido que enfrentar la hostilidad la reprobación y el rechazo. Las primeras que se divorciaron, las primeras separadas, las primeras que migraron de su familia, las primeras que accedieron a un puesto político, las primeras que tuvieron un cargo de dirección en su partido político, las primeras que se lanzaron a formar parte de grupos de mujeres, a inventarlos.

Hay muchas formas de ser pioneras e inaugurales. Esa es una marca identitaria de las mujeres contemporáneas y prueba que los cambios de género se dan en concreto. Es una evidencia histórica sobre todo para muchas mujeres que afirman que nada ha cambiado. Una hace la historia y ve que en su propia vida ha habido cambios impresionantes, algunos no tienen que ver con cambios importantes de género, pero otros sí. Tenemos que analizar el hecho de ser pioneras como uno de los rasgos de identidad colectiva.

La segunda característica es ser pioneras en cuanto a cambios de género que permiten el adelanto de las mujeres aunque vivirlos haya sido difícil – cómo no iba a ser difícil si éramos pioneras, si no estaban legitimados, si había que inventarse la manera de hacerlo -. Para impulsar liderazgos de nuevo tipo entre las mujeres tenemos que identificar este rasgo de ser pioneras. Por ejemplo, si son pioneras en el liderazgo, eso las coloca en otra posición a que si los liderazgos son más o menos normales; todas las lideresas que irrumpen como lideresas pioneras enfrentan dificultades inmensas. Y a veces sucede que las pioneras que abren camino encuentran desprevenido al orden social y eso se puede volver un hecho a su favor porque no habían

reacciones hostiles y no se sabía lo que iba a pasar; al contrario, pueden contar con apoyo y aliento porque la comunidad, el grupo, la familia o la institución, sienten que ese paso les favorece. Entonces, muchas pioneras han contado con apoyo, con sustento, con acogimiento y acompañamiento, porque en su hecho concreto se estaban realizando anhelos colectivos. Es decir que una clave para apoyar los liderazgos nuevos es haciendo que correspondan con anhelos colectivos.

Es posible entender que podemos preparar el camino antes de lanzar a las mujeres a enfrentar obstáculos, y podemos hacerlo sensibilizando, convirtiendo las necesidades de las mujeres en necesidades colectivas y luego en intereses políticos, institucionales, de los partidos políticos, de las organizaciones, de los movimientos, de todas las instancias de la política tradicional.

Entonces, aprovechar la condición de pioneras puede ser muy interesante. Hay una película que me conmueve siempre. Es un documental sobre la primera niña negra que entró custodiada por la policía del FBI a su escuela en el sur racista de los Estados Unidos. Ahí hubo muertos, incendios, matanzas, kukuxklanes, una enorme y polarizada lucha racista en Estados Unidos. Y el movimiento de los derechos civiles logró primero el derecho a la educación mediante las leyes, pero todavía la gente estaba en contra y esa niñita negra, con su vestido blanco, albo, sus calcetines blancos y un gran portafolio, entra a la escuela custodiada por agentes de seguridad. Esa fue una pionera en medio de la muerte, la hostilidad, la rabia, la amenaza y el peligro, pero tuvo un sustento social. Fue la primera, la única mujer en esas condiciones. Todas las demás fueron atrás en su camino, no tuvieron que vivir eso, aunque probablemente les tocó vivir oprobios terribles porque ya los ánimos se habían exacerbado y había mucho odio criminal, racista; probablemente las escupieron e insultaron más.

Una mujer pionera no es la única, muchas de las que van detrás también son pioneras; todas estamos recién llegadas a muchos espacios, en cierta medida tenemos la marca de ser pioneras, muchas de nosotras sentimos no pertenecer a los espacios, que no son nuestros y no estamos cómodas porque cargamos subjetividad de pioneras. Tenemos que trabajar profundamente para eliminar la inseguridad de ser pioneras, el sentido de pertenencia, por una parte, y por otro, también tenemos que trabajar para reconocer la legitimidad de lo que hacemos. Que lo que hacemos sea legítimo y que pertenecer al espacio en el que estamos son dos claves importantes de los liderazgos.

Aprender de los modelos: las mujeres memorables

Otra característica importante de las pioneras es que a veces, ideologizadas, pensamos que las mujeres no tenemos modelos, que como somos inaugurales no sabemos cómo hacer las cosas. Pero no sabemos por ignorancia. Hay mujeres que nos han antecedido y podemos aprender de ellas observando cómo han hecho las cosas. Esto de que no hay más modelos que los masculinos para mí es una gran mentira que debemos derrumbar dando a conocer los procesos del liderazgo de mujeres, tenemos que conocer las historias de las lideresas y difundirlas.

Tengo un juego de cartas muy bonito sobre lideresas de todo el mundo con una pequeña biografía. Les propongo hacer uno similar para el año 2000, para regalarlo a una ONG, a una institución gubernamental, a una agencia, o a alguien. Ese juego puede recoger a lideresas nicaragüenses en las que se reconozcan mujeres de todas las corrientes políticas de este país, de los distintos niveles económicos, grupos étnicos y raciales, de cada una de las edades y de todas las condiciones significativas; hasta les puedo sugerir que se llame “la c olección de las lideresas entrañables”.

Podemos pedir permiso a Tashlima Nasrhin para que nos preste su foto, o le pedimos permiso a la premio Nobel de la paz; podemos hacer un universo simbólico de las mujeres modelos, pero no son modelos para armar de los de Julio Cortázar, son modelos para vivir. ¿Les gusta la idea?. Sería un proyecto precioso para un regalo del año 2000. Quise introducirles la idea de lo lúdico porque también nos gusta jugar, y hasta podemos invitar a unos colegas para que vean, se interesen y aprendan que hay mujeres importantes para nosotras y para ellos también. Y vamos a ver si no tenemos modelos. Claro que tenemos modelos, y no quiere decir que vamos a imitar lo que viven esas mujeres, vamos a aprender. Aprender no quiere decir asimilar todo acríticamente.

Bien, otra idea es que leamos biografías de lideresas. En la antigüedad, cuando querían que fuéramos muy bien portadas, castas y santas, nos daban a leer historias de santos, teníamos que

saber la historia de alguna santa. Ahora necesitamos leer biografías de mujeres modernas que han escrito autobiografías; creo que toda lideresa, incluso la más pobre, debe tener en su librero la biografía de otra mujer que ha liderado algo en su vida, un libro en el cual mirarse. Va otra propuesta: a las lideresas pobres regalémosle la biografía de una lideresa como presente de Navidad.

Podríamos hacer un buen negocio de libros, podríamos impulsar a la que vendiera los libros, una cooperativa, y además dotar a una lideresa de un libro. Millones de lideresas no tienen un libro en su casa. Inauguremos el 2000 tomando uno de los recursos de la modernidad que son los libros y regalémosle un libro a cada lideresa para que pueda leer una historia. Escojamos un liderazgo que ha hecho cosas importantes por las mujeres. ¿Les gusta un regalo de esos?. Hay biografías de lideresas que son un lujo. En este momento me recuerdo de las lideresas negras, especialmente una de ellas, Angela Davis, que ha sido una lideresa muy interesante. Ella tiene una autobiografía que es un lujo de detalle y que puede hacer las delicias de un círculo de lectura entre mujeres, después lo podemos ampliar con unos amigos invitados, podemos hacer lectura en voz alta de la vida de estas mujeres.

También podemos hacer concursos literarios, como recibir el 2000 con la biografía de una memorable. “Haz la biografía de una mujer memorable”: se nombra un jurado con mujeres escritoras, lideresas en la escritura, se convoca, se da un premio y se promueve la escritura y la memoria de las mujeres en torno a los liderazgos.

La especificidad del liderazgo

Todo este tema está relacionado con metodologías políticas para fomentar la memoria y la conciencia de los liderazgos. Otra característica de los liderazgos es que necesitan corresponder con los ámbitos específicos de su desarrollo. No hay lideresas abstractas, sino insertas en los procesos, por lo tanto, necesitan corresponder con sus ámbitos; por ejemplo, las lideresas deben saber, aprender, desarrollarse como lideresas en la sociedad civil si su ámbito es el de la sociedad civil; deben aprender los lenguajes, los códigos, las maneras, conocer las agendas de la sociedad

civil para ubicar en ellas su liderazgo y sus formas de hacer política. Las lideresas que son gobierno tienen que asumir que son gobierno, que liderean desde el gobierno, que tienen el derecho y que es legítimo el liderazgo desde el gobierno, que tiene sus códigos, sus lenguajes, sus espacios y que requieren ser reconocidos en su especificidad. Subrayo el tema.
Los liderazgos de las mujeres requieren ser reconocidos en su especificidad; no basta que sean asumidos por quien lidera sino que deben ser reconocidos en su especificidad. A veces tenemos visiones muy sectarias sobre las mujeres lideresas y no reconocemos la posición que ocupan algunas porque son de un partido político que no es el nuestro, de un movimiento social que no es el nuestro o no las reconocemos porque están colocadas en una posición que nosotras no consideramos importante. Cada una debe asumir su liderazgo específico donde está y al mismo tiempo debe ser reconocida por las demás en su especificidad. Es una relación de doble sentido. A veces pretendemos que las mujeres que ejercen liderazgos gubernamentales lo hagan como si fueran del movimiento estudiantil.
Es imprescindible que las legisladoras legislen. Conocemos casos dramáticos de legisladoras que no pueden legislar porque se salen a la calle a manifestarse, creen que son imprescindibles en la manifestación; pero en realidad son imprescindibles haciendo leyes, y si les sobra tiempo pueden irse a la manifestación. Las lideresas académicas tienen que ser lideresas académicas, tener el pensum, el lenguaje, la formación, los títulos y ser reconocidas así. Me impresiona mucho cuando

a una compañera que tiene muchos méritos políticos y académicos la bajamos y solamente decimos que es una compañera para significar que es una de nosotras. No, no es una compañera más, es la compañera que es y su trabajo le ha costado; entonces, es muy importante que en el reconocimiento de los liderazgos académicos reconozcamos los méritos académicos, y también reconozcamos los méritos de los liderazgos políticos o legislativos, organizativos, o de implementación de programas concretos.
Ocurre frecuentemente que en la evaluación política que hacemos de las lideresas les exigimos hacer cosas que no pueden y no deben hacer. Hay algunas personas que, después de haber logrado que las lideresas se posicionen, quisieren verlas a pie, descalzas y con la base. Esas son visiones populistas y sectarias. Necesitamos entender qué significa cada espacio, cada micro cultura, cada subcultura, y entender a las mujeres en correspondencia con su entorno. Con esto quiero decir que en el imaginario político tenemos fantasías de liderazgos totales y no aceptamos la especificidad de las lideresas, las comparamos con una fantasía que tenemos en la cabeza, y a veces es una fantasía muy especializada del liderazgo que no corresponde con otros liderazgos.
Es importante, que podamos darle una marca específica a nuestra participación y sobre todo a la participación política en el liderazgo. Una marca específica que no consiste en poner una flor sobre nuestro escritorio; es decir, no se trata de marcas de feminidad formal, sino de dejar marcas políticas de liderazgos de las mujeres. Y aquí las mujeres necesitamos preguntarnos si vale la pena tanto esfuerzo para hacer lo mismo o menos que los hombres. Es una pregunta durísima pero importante. La puedo hacer de otra forma: ¿Para qué queremos estar en esos espacios, si vamos a hacer las mismas políticas tradicionales?, o ¿Para qué queremos ser juezas si vamos a tener criterios de justicia autoritarios?, ¿Para que queremos ser lo que sea en los liderazgos si no vamos a llevar una visión innovadora, alternativa y también unas formas de hacerlo diferentes políticamente?.
Nosotras siempre, y aquí sí deberíamos usar el siempre porque es una propuesta política, deberíamos saber que somos observadas como nosotras mismas. A cada una se la evalúa en su persona, pero al mismo tiempo se la ve como representante de las mujeres. Es decir, que tenemos una representación simbólica de género aunque no nos lo propongamos; cada cosa que hacemos ilumina el conocimiento sobre las mujeres, cada actitud, cada actividad, cada hecho se usa como ejemplo del conjunto de las mujeres, sobre todo quienes no tienen conciencia de género. Si una mujer política se equivoca, nos equivocamos todas, y los prejuicios contra las mujeres aumentan. No se evalúa sólo a esa mujer sino a todas; también se refuerza el valor de que se equivocó por ser mujer. Aun las mujeres que pretenden ser agenéricas, que se consideran sin género, que eso no pesa, que no marca, o que son neutras, son percibidas como mujeres individual y colectivamente. Entonces, la perspectiva de representar simbólicamente a las mujeres puede ser interesante para nosotras.
Quiero agregar otra cosa. Esa representación simbólica no nos acredita para ser representantes políticas de las mujeres. Parece fácil, pero frecuentemente confundimos la representación simbólica de género con la representación política. Muchas mujeres políticas hablan en nombre de todas las mujeres; peor todavía, hablan a nombre de conceptos abstractos. Por ejemplo, una lideresa, imaginemos que es una lideresa del sindicato de tranviarias, o una lideresa telefonista, y en vez de hablar de su liderazgo como dirigenta de la sección cuatro del sindicato local de telefonistas, toma el micrófono y habla a nombre de la mujer nicaragüense. En primer lugar, eso no existe, la mujer nicaragüense no existe más que en la cultura patriarcal, es un simbólico patriarcal. En segundo lugar, cree que al hacerlo se empodera de todas, tiene la verdad absoluta y entonces puede hablar legitimada por todo el género.

Una clave para construir liderazgos diferentes es que podemos hablar a nombre del género sólo a condición de hablar de las mujeres particulares, referir el liderazgo a la propia identidad y a los propios soportes sociales y políticos de ese liderazgo; pero es típico de ciertas ideologías crear conceptos abstractos y hablar a nombre de otros. Para que vean, quiero contarles que me invitaron a impartir un curso en España, les planteé una propuesta y me contestaron que les encantaría pero que quieren un curso a nombre de la mujer latinoamericana; ya se imaginan que la contestación fue casi un libro: porque yo no soy la mujer latinoamericana, porque eso no existe, etc. Mis conferencias versan sobre la diversidad, sobre como las latinoamericanas somos diversas, quienes somos y como podemos aterrizar esos conceptos abstractos que invisibilizan a las mujeres concretas.
Es fundamental que en la política podamos referir nuestra propia identidad como sustento de lo que hacemos, en primer lugar; y en segundo, conectar ahí lo que nos vincula con nuestras semejantes. Pero tenemos que estar claras que no somos las mismas. Somos diferentes y políticamente no podemos representar a quienes no nos han designado para ello, esa es otra clave política de los nuevos liderazgos. Las mujeres necesitamos crear mecanismos de designación que permitan legitimar los liderazgos, pero no podemos pretender representar a la

totalidad de la categoría social porque somos mujeres, campesinas, o médicas. Solamente podemos representar a quienes nos designan sus representantes políticas, y esto inaugura una dimensión muy importante de la ciudadanía de las mujeres, la representatividad política legítima. Para eso se requieren procesos democráticos de cambio.

Los nuevos liderazgos tienen otra característica importante. Necesitamos reconocernos públicamente unas a otras. Esa es una acción política pública, una acción afirmativa entre nosotras. Se acuerdan de las políticas de acción afirmativa, ¿han hecho políticas de acción afirmativa, de acción positiva?, ¿conocen el concepto?. Lo voy a ampliar cuando hablemos de equidad, pero las políticas de acción afirmativa son un conjunto de políticas públicas de acciones concretas, públicas o privadas que hacemos unilateralmente a favor de las mujeres. Cuando planteo que nos reconozcamos públicamente se trata de hacer conciencia sobre la necesidad de visibilizar entre nosotras mismas, unas a otras; pero también, la necesidad de valorarnos, de legitimarnos. Ese conjunto de fenómenos forman parte de una necesidad política de las mujeres.

Muchas mujeres que no están formadas en la visión de género, que no vienen de procesos de lucha de las mujeres, tienen otra necesidad política prioritaria: ser reconocidas por los hombres. Para muchas mujeres la prioridad ha estado en que sean los hombres quienes las valoren, quienes las reconozcan y los que dignifiquen su palabra. Estamos en un punto en el cual debemos reconocer la necesidad de avalarnos entre nosotras como parte de la legitimación entre mujeres. Porque cuando nos gana la parte tradicional y patriarcal tenemos la tendencia a no reconocer a las otras mujeres. Muchas veces no nos damos cuenta, no somos conscientes de los mecanismos de negación, invisibilización o desvalorización que aplicamos pero lo que hacemos finalmente, es no reconocernos. Entonces, los liderazgos femeninos deberían desarrollar una forma de trato y reconocimiento entre nosotras; si lográramos establecer esto como una pauta mínima de comportamiento podríamos politizar positivamente los liderazgos de las mujeres.

Además, con lo distintas que somos, con lo que nuestra personalidad debe estar en todo lo que hacemos, también necesitamos crear un estilo más allá de los lenguajes complejos y profundos; sino lo que llamamos en antropología, “las maneras” , formas, estilo, una estética política. La mayor parte de las pioneras desarrollaron una estética política masculinizada y casi tuvieron que disfrazarse de hombres para ser reconocidas y aceptadas. Asumieron formas de hablar,

gestualidades, maneras de mesa y de discurso muy masculinas, tuvieron que experimentar una especie de mimetismo político en el estilo; y eso le ocurrió incluso a mujeres maravillosas y entrañables, luchadoras por los derechos de las mujeres. Las pioneras tuvieron que hacerlo, pero nosotras, mujeres de finales del siglo XX, ya no tenemos que hacer eso. Ya es hora que nos quitemos de encima el enorme peso de parecernos a los líderes, de tener que hablar con gritos destemplados como hacen muchos líderes masculinos, de tener que ser hostiles, tener que ser agresivas, y encontrar en otras formas de asertividad las de afirmarnos una estética, un código de comportamiento. Eso forma parte del avance político de las mujeres porque las formas cuentan mucho y expresan contenidos estructurales. Por eso debemos desmontar la masculinización que hemos tenido que asumir para estar en los espacios públicos y volvernos hacia las mujeres que están en otras posiciones, que no han sido tocadas por ese mimetismo y observar como le hacen, como logran ser asertivas, aprender de ellas.

Una estética política nueva

Este tema está relacionado con la estética, que es el conjunto de estilos, de lenguajes y formas a través de las cuales nos comunicamos, hacemos, accedemos, luchamos, avanzamos, regresamos, todo lo que tenemos que hacer. La estética está ligada fundamentalmente, a lenguajes, tenemos que desmontar los lenguajes masculinizantes y machistas; pero también tenemos que desmontar los lenguajes tradicionales de género. Cito un ejemplo de lenguajes visuales, hace poco me llegó una revista impulsada por un grupo de mujeres entrañables en México, llegaron orgullosas porque tenían cuatro números donde habían desarrollado todas las acciones políticas en una región del país para el avance jurídico de los derechos de las mujeres; contenían investigación periodística, historias de casos, entrevistas con juezas, jueces, diputados, leyes, era una cosa maravillosa. Pero la portada de las revistas parecía la de cualquier otra, como Playboy sólo que las mujeres iban más vestidas.

Todo el imaginario de la revista. Por dentro contenía una estética subversiva porque había además, fotografías con fragmentos de cuerpos de mujeres, pechos, pubis, rodillas, nalgas, ojos. Y de la misma forma existen cantidad de revistas producidas en el espacio simbólico del movimiento de mujeres con una gran dificultad para crear una nueva estética y en la búsqueda hacen cosas muy semejantes a la estética tradicional.

En el caso que les cuento, les pregunté a las compañeras el por qué de esa estética, y me respondieron que de otra forma no se vende. A las mujeres siempre nos han dicho eso. Siempre hemos sido vendidas como cosas en el mercado. La que no enseña no vende, la que no es cosa no la ven. No se vale hacernos eso, tampoco masculinizarnos en el sentido del poder autoritario ni cosificarnos en el sentido de la estética tradicional de las mujeres. Es complicado pero tenemos que inventar otras cosas, otras maneras; las mujeres no debemos ser objetos de adorno. Cantidad de revistas son ilustradas con fotos de mujeres y no es para dar a conocer sus vidas o sus historias sino como ilustración. Una gran cantidad de panfletos, boletines y trípticos nuestros están ilustrados con mujeres. Me parece que no, nuestros temas son múltiples y con ellos podríamos desarrollar una creatividad artística enorme y no seguir poniendo a las mujeres como objeto estético imaginario.

Otra estética de la que debemos salir es la estética infantilizadora de las mujeres, por ejemplo, muchas veces se ilustran materiales para las mujeres como si fueran niñas. Hay una estética infantilizadora de la comunicación con cartillas o programas sobre los derechos de las mujeres con muñequitos y muñequitas, cosas infantiles que verdaderamente las reducen a la infantilidad. Tendríamos que crear una estética compleja aun para transmitir ideas muy sencillas y concretas.

Esas construcciones simbólicas no alientan ni fomentan una transformación en la cultura de los liderazgos de mujeres; necesitamos una nueva estética en el comportamiento y en la forma con la personalidad de cada quien. Por eso las búsquedas e innovaciones son fundamentales.

Fundar el liderazgo en la ética

Finalmente, la clave con la que quiero redondear esta parte es que necesitamos un sentido ético para los liderazgos, junto con la estética tiene que haber una ética. Y una ética es el conjunto de

valores que proceden de nuestra filosofía. Requerimos una ética para fundamentar los liderazgos de las mujeres, para construirlos, una ética para la acción política. Son varios niveles. Ahora bien, no es que construyamos valores para cada caso, sino que tengamos un puñado mínimo de ellos. Se trata de una ética minimalista en la que podamos confluir la mayoría de nosotras.
Entonces, la ética del liderazgo femenino tendría que corresponder con la ética de la política de las mujeres. Hay muchas políticas en torno a las mujeres, con ellas y contra ellas; pero aquí nos ubicamos en una ética a favor de las mujeres con todos los elementos que mencioné antes: legítima, – es legítimo estar a favor de las mujeres – ; necesaria, es una necesidad. Además, estar a favor de las mujeres es una manera de impulsar sus avances; de eliminar, en parte, la contradicción interna de muchas de querer avanzar pero sin estar a favor de las mujeres. Es más, muchas de las que no vinieron tampoco están a favor de sí mismas. La ética feminista para el liderazgo de las mujeres necesita que cada mujer esté a favor de las mujeres, y también a favor de sí misma.
Las consecuencias políticas de este hecho son muy importantes porque necesitamos inventar las formas para que no sea antagónico estar a favor de una misma y a favor del género, o a la inversa. Que el estar a favor de las mujeres redunde en estar a favor de mí misma no siempre se logra, al contrario, muchas veces implica conflictos para cada mujer. Están claras las razones para luchar por la causa, pero no lo que tiene que ver conmigo, o a la inversa. Está claro que haciendo me promuevo, logro, avanzo, pero no me importa lo que pasa con las demás. A esa armonización, le llamamos conciencia fem inista de género. Lograr equilibrar y ajustar el estar a favor de una misma, de la causa y además, a favor de otras mujeres, son tres niveles distintos de algo que he llamado “la sintonía de género”. Estar a favor de mí misma, estar a favor de la causa de género como causa política, cultural, simbólica, pero también, estar a favor de las mujeres concretas.
A veces queremos que la causa de las mujeres avance, pero nos oponemos a las mujeres específicas; en otros casos, apoyamos a mujeres específicas, pero no estamos de acuerdo con el avance legal de las mujeres, o que haya políticas de género a favor de las mujeres.
Las contradicciones de las mujeres contemporáneas son múltiples. Aprobamos una parte pero no aprobamos sus concepciones. La sintonía de género es la posibilidad de estar de acuerdo con, a favor de. Es una posición política que redunda en una estética, en desarrollar cada una la tendencia de estar a favor, desarrollar la sensibilidad para estar de acuerdo. Si cada una de nosotras logra desarrollar esa disposición subjetiva podemos entrar en sintonía con otras mujeres; sintonizamos entre nosotras, conmigo misma y con la causa. Es un estado subjetivo que se puede convertir en una forma de ser. Al principio cuesta trabajo y pensamos que cómo vamos a hacer para estar de acuerdo o sintonizar, si lo que hemos aprendido es a no estar de acuerdo, a desentonar, a oponernos, a demostrar combatividad no estando de acuerdo. Es un viraje de 360 grados que debemos impulsar en la cultura política de las mujeres. Necesitamos impulsar la posibilidad de la concordia, con el corazón, del acuerdo afectivo.
55
Pero las modernas hemos aprendido a disentir ideológicamente y dejar para después la concordia o supeditar la concordia a la afinidad ideológica. En el proceso, com enzamos con hacer el viraje de ubicar la concordia por empatía de género, y luego buscamos el acuerdo intelectual, ideológico y de otro tipo. Este es un viraje de identidad en las mujeres y un cambio en la condición política de género fundamental que no depende de otros; cuando tengo el problema colocado en mi conciencia ya solamente depende de mí.
Necesitamos llevar a la conciencia de las lideresas la posibilidad de la concordia; que aparezca en sus conciencias como una posibilidad que a lo mejor no han visto, que no han percibido porque creían que sólo se podía ser discordante para ser afirmativa, entonces dependerá de cada una si opta por la concordia o sigue en la discordia. Para sintonizar necesitamos priorizar la concordia de género.
Dos lugares de la crítica posmoderna
Pienso que la posmodernidad no es única sino que hay distintas corrientes pos modernas. A lo largo de este curso me han escuchado hacer una crítica posmoderna de la modernidad desde una posición; otras lo hacen desde otro lugar. El feminismo como cultura tiene varias características: uno, que es moderno porque sólo pudo surgir en la era de la modernidad; dos, que está configurado sobre todo por mujeres en parte premodernas, que aspiramos a ser modernas y que tenemos en parte, la modernidad; tres, que todas nosotras somos posmodernas porque es una corriente crítica de la modernidad. Entonces, algunas hacemos una critica de la modernidad porque suponemos posible que también abarque a las mujeres, a todas las personas excluidas y a todas las regiones deterioradas y devastadas del mundo. Esa es la propuesta.
Hay otras corrientes que no piensan lo mismo y hacen una crítica posmoderna de derecha, nihilista, antihistórica y suponen que estamos viviendo el “fin de la historia”. Antes me referí a eso y dije que no estaba en esa posición, que frente al desaliento, la desesperanza y la devastación neoliberal había opciones distintas.
Sé que hay otras concepciones y otras corrientes, pero también estoy convencida que hacemos cosas diferentes; no todo lo posmoderno es de derecha. No todo es el desencuentro, la desolación, la desesperación, el nihilismo y la desesperanza. No tengo una esperanza idealista, tal vez tengo una esperanza concreta y tópica porque vivo con mujeres que están cambiando el mundo todos los días con las manos, la cabeza y el corazón; entonces no puedo ser desestructuradora, no puedo apostarle al desencuentro. Al contrario, reivindico que siendo tan diferentes podemos tener puntos de encuentro que nos permiten identificarnos y avanzar.
Me parece dramático observar cómo en los encuentros feministas, en esos pequeños espacios tan interesantes, se produce una terrible confrontación entre mujeres que queremos algo en común; entonces yo trabajo todos los días para que seamos capaces de encontrar ese algo común. Es lo que hago desde hace 30 años, todos los días. No tengo la disposición, el ánimo y tampoco el estilo de confrontar o descalificar lo poco que vamos construyendo. Es un derroche terrible, un daño muy grande.
56
5- Los liderazgos entrañables: el horizonte de las rupturas
La participación política, todo esto de estar confrontadas permanentemente con aspectos del mundo en los que no encajamos, estar confrontadas por personas, por instituciones, no contar con un mundo a favor, nos permite observar – a quienes hemos estudiado los fenómenos de liderazgos de mujeres – que hay crisis de los liderazgos y desgastes personales muy agudos en

las mujeres que están permanentemente en la línea, trabajando por una causa.
Para enfrentar este truene, que explotemos, que nos sintamos mal y nos desgastemos, pero también para evitar la discontinuidad en los liderazgos, la cooptación y la enemistad entre las mujeres, quisiera señalar algunas cosas puntuales. Antes traté de nombrar problemáticas políticas de los liderazgos femeninos que quiero repetir: desgaste, truenes en la política o la participación, truenes en la vida privada y la discontinuidad de los liderazgos de mujeres. Cuando hacemos estas historias vemos que, a veces, las mujeres entramos y salimos de los liderazgos cansadas y extenuadas porque no tenemos las condiciones para seguir, por agotamiento.
La discontinuidad es otro fenómeno. La entrada/salida, la pérdida de experiencia, poder insertarse nuevamente y carecer de apoyos familiares para continuar en los liderazgos son algunos de los muchos problemas políticos que enfrentan las lideresas. En cambio, los hombres están apoyados socialmente para mantener los suyos. Hay funciones afectivas y simbólicas de las mujeres esposas, madres, hermanas, amigas entre las que se cuenta apoyar el desarrollo de los liderazgos de sus esposos, de los hijos y los otros hombres. Pero las mujeres no contamos con esos apoyos familiares, sociales o políticos en las instancias donde actuamos y eso produce discontinuidad. Vemos cómo lideresas importantes y adecuadas desaparecen del escenario político como ovnis y tres años después aparecen nuevamente en otro espacio, otro sitio, o tratando de recolocarse. La discontinuidad es característica de los liderazgos de las mujeres. Algunas han tenido continuidad porque han tenido un sustento estructurador muy importante como partidos, organizaciones, movimientos, o han tenido apoyos familiares, de pareja, de comunidad, de colectivo.
También la cooptación es uno de los problemas más complejos de los liderazgos femeninos, un fenómeno de la política. Cuando alguien es cooptado significa que ha sido tomado por el bando opuesto, una institución, grupos o movimientos a los que no pertenece y acaba defendiendo ideas políticas contrarias, antagónicas y paradójicas con los principios que suponía defender.
En los liderazgos masculinos la cooptación tradicional es uno de los mecanismos de ascenso y de jerarquización de los hombres. Ellos usan este tipo de recursos como los antiguos pueblos centro africanos o los pueblos cazadores y recolectores de todas partes del mundo; cooptar al enemigo da más fuerza a quien lo hace. Los jíbaros, que reducían las cabezas de sus enemigos, no reducían cualquier cabeza; como son pueblos cazadores y guerreros las cabezas más preciadas eran las del enemigo más temido. Esta idea de que al tomar al otro se toma su espíritu o se posee su fuerza es muy típica de sociedades guerreras. En la historia, los pueblos prehispánicos tomaban a los otros y los mataban para que el sol renaciera cada mañana y no los abandonara. Entonces, imaginemos esta conciencia de tomar al otro hasta la muerte como una conciencia de empoderamiento increíble. Afortunadamente las mujeres no tenemos esa conciencia y tampoco necesitamos destruir a nadie para tener poder.

Pero podemos ser cooptadas cuando participamos en la política sin conciencia de género. A veces ni siquiera tienen que cooptarnos, fuimos educadas en ella para avalar valores que nos destruyen, relaciones de poder que nos enajenan y para avalar el lugar tradicional de las mujeres en el mundo. Hay mujeres políticas en la sociedad civil, en el estado y en los gobiernos, cooptadas desde una perspectiva de género, reivindicando formas de oprobio para las mujeres o impidiendo el desarrollo personal y colectivo de las mujeres; ahí hay una cooptación histórica, pero por sometimiento, por opresión. Y desde luego las mujeres que no han tenido la oportunidad de conocer otras opciones no hacen más que cumplir con aquellas cosas para las que fueron educadas, formadas y para las que llegaron a esos espacios de poder.
Otra forma de cooptación dolorosa y complicada se produce cuando los liderazgos que queremos impulsar para el desarrollo alternativo, para la búsqueda de otras opciones de vida, cambian a posiciones distintas y abandonan la lucha. Muchas mujeres son cooptadas porque no tuvieron la suficiente formación de género, por fatiga ideológica, porque no tienen argumentos suficientes para apoyar sus intuiciones, sus deseos, sus anhelos y finalmente cualquiera las calla, cualquiera les da mejores argumentos, y las convence de que no tienen la razón. También pueden ser cooptadas por falta de recursos, de argumentos, por falta de discurso y por falta de apoyo o sustento social, porque los grupos que las posicionan en el liderazgo después las desamparan. Son dos vías de cooptación muy claras: la primera es que encuentran apoyos en otras opciones, quien las legitima y las avala y la segunda, que alguien de pronto cambie su posición.
El abandono es otra forma de cooptación. Las mujeres dejan de luchar y participar porque no pueden asumir toda la carga de vida que tienen, y regresan a una situación prepolítica. Hay mujeres que dicen: “decidí retirarme de la participación porque tengo problemas familiares, porque tengo personas enfermas, porque tengo hijos e hijas adolescentes que me necesitan y no puedo con todo esto”. Este tipo de cooptación es muy dolorosa y dramática porque habiendo tenido los recursos, habiendo pasado las pruebas, se pierden para el capital simbólico político de la causa.
El último tema, que frecuentemente está entre nosotras, es el de la enemistad. Es una de las políticas patriarcales y por eso no es natural. Se produce como rivalidad competitiva porque es fomentada social y culturalmente; y si no le ponemos un alto, nadie lo va a hacer. Nadie está interesado en que las mujeres tengamos acuerdo, encuentro, sintonía. Al contrario, tienen la urgencia de que nos confrontemos, que mostremos que pensamos diferentes, y que tenemos posiciones antagónicas. La sociedad y la cultura contemporáneas fomentan la rivalidad entre las mujeres y las sobreponen a la competencia patriarcal tradicional. En otras palabras, nosotras vivimos la superposición de la competencia tradicional de las mujeres tradicionales. Debemos competir para ocupar un lugar mínimo en el espacio, para ser reconocidas por los hombres, para realizarnos a través de los vínculos patriarcales. La competencia es estructural al patriarcado, uno de los ejes en sus relaciones de poder. Expresado de otra forma, la competencia es el producto de relaciones de poder entre mujeres, relaciones para ser elegidas por los hombres, reconocidas, aceptadas, incluidas en algo. Pero también se debe a relaciones de poder de clase entre las mujeres, porque entre nosotras hay relaciones clasistas marcadas por todo ese oprobio; eso posibilita que entre nosotras se desarrolle la desconfianza, el rechazo, la hostilidad, la animadversión e incluso la agresión.
Además, entre las mujeres las diferencias de clase están marcadas por relaciones de poder de clase, de estrato a estrato, de subgrupo de clase a subgrupo de clase, y desde cualquier cultura tradicional política se exacerba la confrontación de clase. Las culturas conservadora y de derecha

58
consideran que las clases sociales son consustanciales a lo histórico, a lo humano. Consideran que las personas de una clase no tienen que ver con las de otra clase y que hay una supremacía natural de clase; y las mujeres no somos ajenas a esas ideologías y culturas de clase, a esas formas de vida. Entonces, si entre nosotras media la enemistad clasista, la desconfianza clasista, y además tenemos relaciones personales de clase, las cosas se agudizan mucho más. Que cada una de nosotras tenga relaciones de clase con otras mujeres propone alternativas muy importantes que desmontan esa estructura. Por eso el feminismo es radical, porque el género toca todas las relaciones de opresión, y en la búsqueda de una ética distinta entre nosotras, inmediatamente nos damos cuenta que también debemos enfrentar esas desigualdades del clasismo en nuestras sociedades.

Quiero mencionar que las relaciones de enemistad también se fundan en el racismo. Nuestras sociedades poseen múltiples estructuras de poder y desigualdad, algunas son de género, otras son de clase, de casta o de raza; y entre las mujeres que pertenecen a grupos raciales y étnicos distintos con desigualdades históricas, se ha internalizado una cultura racista. Necesitamos enfrentar el racismo para enfrentar la enemistad entre las mujeres, necesitamos enfrentar el adultismo, el juvenilismo, infantilismo y el viejismo no porque no hay – la vejez es desvalorizada porque no hay supremacía de vejez, en la sociedad moderna las personas viejas son desechos, en otro tipo de sociedades las personas viejas acumulan la experiencia, son libros de sabiduría abiertos, tienen otros valores, aquí somos críticas de la modernidad que desecha a las personas viejas, somos críticas de la modernidad que desecha y excluye a las mujeres adultas -. Entonces, una clave para enfrentar la enemistad entre las mujeres es enfrentar todo tipo de supremacismo, ya sea de edad, étnico, de clase, político, ideológico, lingüístico o cualquier otro tipo.

Los liderazgos de mujeres también están insertos en relaciones enajenantes de poder entre las mujeres. No se trata solamente de cambiar el mundo, de luchar y que algunos hombres o instituciones se opongan. Se trata también de que necesitamos un territorio de igualdad entre

nosotras y necesitamos

onstruirlo con urgencia. Sin embargo, ocurre que nuestros liderazgos se desenvuelven con obstáculos racistas e intelectuales, y con confrontaciones muy enemistosas entre las mujeres. Después volveré sobre el tema, pero quiero mencionar algunas características para que nuestros liderazgos sean entrañables.

La triple ruptura: heroísmo, martirio y omnipotencia

Necesitamos hacer una triple ruptura política para poder avanzar: La primera es una ruptura ética con la tradición que llama e iguala el liderazgo al heroísmo, con la tradición que considera que para que un liderazgo sea fuerte, bueno y reconocible debe ser heroico. En América Latina tenemos tradiciones culturales políticas muy fuertes que consideran el heroísmo como un valor y una virtud. No podemos seguir permitiéndonos el heroísmo, porque es un atentado contra la calidad de vida de las mujeres, contra su integridad y su vida.

Los modelos políticos heroicos no ayudan en el avance de las mujeres porque implican el sacrificio y, al tratar de desmontar la opresión, tenemos que desmontar la cultura sacrificial de género que padecemos de las mujeres. Por eso las ideologías heroicas son incompatibles con algunas de nosotras, no con todas, necesitamos convencer a más. Los estragos que la virtud heroica ha provocado en el liderazgo de las mujeres son observables.

La segunda ruptura que debemos hacer es romper con la tradición patriarcal del martirio femenino. El martirio no implica acumulación de poderes sino aguante al dolor, al sufrimiento, a la pérdida, a la renuncia, al daño; es más, para que haya martirio tiene que haber daño, sufrimiento y pérdida.
59
Con algunas de mis alumnas antropólogas de las religiones hemos hecho investigación sobre las mártires en diferentes religiones y es interesante encontrar por qué son mártires y por qué son valoradas: por el aguante a la opresión de género, entre otras cosas. Por ejemplo, en mi país valoramos mucho la abnegación de las mujeres. Es una virtud femenina pase lo que pase, hagan lo que hagan. Es una lealtad a toda costa, una adhesión incluso a quien te daña. Y eso que pasa en México no ayuda a las mujeres en ninguna parte del mundo, porque conduce al martirio y se identifica por valorar a través del daño, el sufrimiento, la pérdida, o vivir como que no pasa nada. Lo que ha impactado la cultura política de las mujeres, sobre todo las que se han incorporado a procesos que no tenían una perspectiva de género, ha sido una combinación sutil entre heroísmo y martirio. Ese sincretismo político no nos favorece, no lo queremos.

La tercera ruptura es con la tradición moderna. Nosotras hacemos una crítica enorme a la tradición moderna patriarcal de las superwoman. Son las mujeres que pueden con todo y además si tienen que arrasar con todo, lo hacen. Esa es la propuesta del liderazgo neoliberal, patriarcal y muy moderno, de punta y de vanguardia. Implica asumir la doble carga de vida de las mujeres como si no pasara nada; asumir la doble jornada casi pidiendo una tercera porque no nos hemos cansado. Implica ser retadoras con el mundo porque los obstáculos nos parecen pocos. El liderazgo de superwoman es una exacerbación de la omnipotencia y prepotencia femenina.

Voy a esquematizar, pero estas tres tendencias están presentes en los liderazgos de las mujeres, a veces ni siquiera están separadas. Como antropóloga, trato de ver tipos teóricos pero la verdad es que están revueltas o nos dan por épocas de la vida. Un tiempo tenemos la de superwoman, luego una de martirio y pasamos a una heroica, o si no, por la tarde somos la heroica, en la noche la mártir y al llegar el sábado estamos hechas talco. Todos son mandatos, estereotipos basados en valores y en formas de ser mujer que se promueven entre nosotras. Los liderazgos tienen esas pautas y las podemos identificar. Por ejemplo, hemos visto compañeras que han entregado su salud a causas importantes porque fueron educadas para que su salud no importara; al contrario, tenían que parecer como si no interesaba. Son los liderazgos de la despersonalización de las mujeres. La vida privada sacrificada a la vida pública; el desarrollo personal sacrificado al desarrollo político de una causa extraordinaria. Cada uno de estos tipos, más modernos o más tradicionales, en el fondo transmiten y fomentan una visión de los liderazgos que daña la imagen, la causa de las mujeres.

Existe una cuarta ruptura, pero esa la dejo para que cada una llene la tarea en su casa con cualquier tendencia enajenante entre nosotras. Por ejemplo, Helena me recordó que no había

hablado de las deportistas y caí en cuenta que me las salté. Muchas mujeres deportistas, pioneras, han desarrollado un liderazgo enajenante porque no han tenido las condiciones, el espacio, ni las posibilidades y están contando sus historias, del costo que pagaron al correr en el primer maratón que corrió una mujer. Hoy sabemos que las lideresas mundiales en gimnasia olímpica entre otras cosas, en las barras olímpicas, dejan el desarrollo de su sexualidad; ¿Sabían que cada vez se promueve más que las gimnastas sean chiquitas para brincar más, que pesen menos?; les dan dietas bajas en calcio para que no se les endurezcan los huesos, tienen que acumular muy poca grasa en sus cuerpos para no pesar, y cuando una no acumula grasa en el cuerpo y no tiene suficiente calcio llega a un grado de desarrollo fisiológico tal que no menstrúa; miles de gimnastas en el mundo no menstrúan.

Quise tomar este ejemplo para hablar de otras formas enajenantes de promover y desarrollar los liderazgos. La clave ética es preguntar a qué costo. Hace dos meses llegó a la punta del Everest la primera mexicana, se apellida Garzolio. Esa mujer ha subido al Everest diez veces. Ella y su marido son un equipo, una pareja moderna, ella lo quiere mucho, él la adora, se apoyan y trabajan

juntos; la penúltima vez que trató de subir hasta arriba descubrieron que ella tenía una dificultad respiratoria y el marido acabó poniéndole oxígeno, la prueba era llegar sin oxígeno. Con eso él se dispuso a subir los 100 metros que faltaban, ella se quedó abajo y le tomó la foto. La décima vez ella lo dejó en su casa, subió y puso su bandera en la cumbre del Everest. ¡Qué costo tienen los liderazgos de las mujeres!. La puedo ver a ella de equilibrista entre el matrimonio y el Everest, entre sus pulmones y los pulmones del otro. Esa es la escisión de las mujeres. Puedo imaginarla con el señor que le puso el oxígeno para que no subiera. Ella entendió y lo dejó en su casa, y entonces él fue entrevistado como el esposo de la mujer que subió al Everest. Tenemos todos los ejemplos, el heroísmo, el martirio y todas esas formas muy enajenadas en que los liderazgos se van abriendo camino.

Liderazgos no autoritarios y honestos

En función del mundo en que vivimos, de lo que queremos y de lo que no queremos, necesitamos liderazgos que no sean autoritarios, y para eso tenemos que cultivar una rosa blanca y un poco de democracia. Debemos aprender a no ser autoritarias ni ejercer liderazgos autoritarios. Este tipo de liderazgos lastima a las mujeres y hacen retroceder su inserción.

No nos convienen los liderazgos abusivos. Además, no nos gustan y no los queremos. Liderazgos de abuso o para abusar son formas muy tradicionales de ejercer el poder y no queremos eso. Tampoco queremos liderazgos deshonestos. Ciertas ideologías afirman que las mujeres somos honestas así como que nos viene de las hormonas y no hay tal; lo que pasa es que muchas veces no hemos estado en condiciones de ser deshonestas, pero colocadas en ciertas posiciones la que no cae, resbala. Eso quiere decir que necesitamos cultivar una ética de la honestidad entre las mujeres y no ampararnos en una virtud sexual que no tenemos.

Quiero contarles que cuando hice mi investigación sobre los cautiverios de las mujeres, entre otras cosas estudié los delitos femeninos de las mujeres que estaban en las cárceles, y encontré que uno de los pocos delitos femeninos castigados con cárcel es la deshonestidad por sumisión a los hombres. Esas mujeres estaban purgando penas por fraude y, como antropóloga que soy, cuando analicé los casos a fondo, encontré historias de amores apasionados, de enamoramientos, de hombres que le pidieron a la gerenta que hiciera algo, del que le pidió a la secretaria; ni siquiera robaban para ellas. Uno de estos casos es interesantísimo. Habían siete presos del City Bank, entre ellos una presa. En dos años todos los hombres salieron libres. El fraude que hicieron fue muy grande y ella ni se benefició, pero entró a un juego deshonesto por amor. Era la amante de uno de los gerentes. Como ése podemos encontrarnos muchos ejemplos.

También hay lideresas que empiezan a manejar dinero sin tener experiencia. Una clave importante es formar a las lideresas como administradoras de recursos y concretamente, de dinero; que la lideresa más de base sepa hacer y rendir cuentas, que no haya quien la sustituya en eso, porque hasta ahora muchas de ellas son ayudadas por sus hombres a hacer las cuentas. Necesitamos que las lideresas sepan contabilidad. En pocas escuelas o cursos de liderazgos se enseña contabilidad aunque debería ser tan fundamental como saber el alfabeto. Necesitamos saber cómo se rinden informes financieros, cómo se piden créditos, cuándo se tienen que pagar. Tratamos que en todos nuestros proyectos las mujeres tengan recursos económicos, pero no tenemos tradición de manejarlos, entonces tenemos que fortalecer ese campo para fortalecer también una ética de la honestidad.

Otros liderazgos que no son positivos para nosotras son los liderazgos jerarquizantes porque tienden a marcar jerarquías discriminatorias; éstos se combinan mucho con los heroicos. Quienes

son heroicas muchas veces son prepotentes, jerarquizantes, y permanentemente se ponen de ejemplo, – las demás no sirven. Los liderazgos prepotentes y rivales no nos funcionan. Cuando pregunté, ¿quieren sangre?, lo dije porque en la cultura política estamos acostumbradas a la confrontación y a la rivalidad política, no específicamente de género. La cultura política en América Latina pasa por tal falta de democracia que no sabemos discutir o argumentar. Al contrario, pensamos que cuando la discusión estuvo dura y se agarraron de las greñas entonces estuvo buena.

Hace poco me entrevistaron para una revista española que se llama Meridiana. El tema era un debate entre dos grupos feministas de España. Era el tema de las feministas de la llamada diferencia y las feministas de la llamada desigualdad – por cierto, es un tema que nos alcanza a todas -. Resulta que como yo soy discípula de ambas y de ambas aprendo, lo primero es que la periodista me pregunta con quién estoy y qué opino de la bronca que se traen; entonces le respondí que yo no iba a contestar eso porque me parece un abuso fomentar la confrontación entre las mujeres. Una cosa es discrepar y otra muy distinta, confrontar. Todavía tenemos la cultura de que si hay sangre, se puso buena la cosa. Me parece que la política democrática no tiene que ver con derrotar y con vencer, más bien tiene que ver con convencer. Esa es una clave feminista del consenso.

Liderazgos con sentido de auto cuidado y calidad de vida

Otro aspecto importante de los liderazgos es que tengan sentido como parte de la convocatoria social y política y que además tengan sentido en el desarrollo personal de cada mujer. Para lo de la convocatoria social sucede que a veces clamamos, pronunciamos, enunciamos necesidades sociales, pero cuando emergen los liderazgos no los apoyamos. La otra parte es que tengan

sentido para la vida de las mujeres lideresas y al respecto, una clave absolutamente feminista que van a decir quien sabe si se puede, es que cada liderazgo éticamente planteado debe conducir al mejoramiento de las condiciones y de la calidad de vida de la lideresa, en primer lugar. Los liderazgos deben conducir a mejorar la calidad de vida, no ha empeorarla.

Muchos de los liderazgos sociales de mujeres en América Latina, en Asia, en Africa, durante los últimos 20 años han empeorado las condiciones de vida de las mujeres. Han sido mujeres insertas en procesos donde las forman como lideresas para que apoyen procesos productivos que no son para ellas o para que participen en procesos sin importar cómo están y cuál es su desgaste. Creo que ya tenemos mucha experiencia y por eso no podemos seguir fomentando liderazgos que bajen su calidad de vida, que las hagan perder condiciones de vida.

Un derecho propio, en primera persona, individual, como mujer moderna es el auto cuidado. Ese es el derecho a la vida de las mujeres vivas, y luego está el cuidado colectivo. En primer lugar está, y ustedes van a decir qué exótico, la salud de las lideresas. Si tuviéramos que montar un programa de apoyo a liderazgos de mujeres, lo primero que deberíamos hacer, es un diagnóstico de su salud, aun antes de preguntarles si saben leer o escribir. Además deberíamos proponernos que al liderar mejorara su salud, pues no podemos pensar en mujeres deterioradas, liderando la causa del desarrollo humano sustentable.

Necesitamos impulsar la formación de médicas en salud integral en la facultad de medicina. Hacer un conteo de las profesionistas que requerimos para los proyectos políticos de las mujeres. Nos urgen médicas y sicólogas con perspectiva de género. Y como parte de la salud quiero incluir la salud mental. Es una dimensión fundamental de nuestro ser integral. Si las lideresas no cuidan de su salud mental, truenan. De eso se trata lo que hemos hablado, de impulsar liderazgos políticos

para todo eso. Nosotras, que somos impulsoras de estos procesos, necesitamos ser ejemplares. No podemos seguir como hasta ahora, con una autoestima hecha pedazos haciendo talleres para la autoestima. Primero necesitamos enderezar la autoestima y luego a ver si tenemos algo que contarles a las demás. No podemos hablar de la salud si estamos desdentadas, seguir diciendo que debemos estar sanas con 20 kilos de sobrepeso, que la salud reproductiva y me embaracé sin darme cuenta. Eso no puede ser. No podemos seguir involucradas en este tipo de contradicciones doblemente desgarradoras. Un objetivo importante de cualquier proyecto para impulsar liderazgos de verdad, es hacer el diagnóstico de la salud de las lideresas y cuidar de su salud; y como somos muy compartidas, entonces vamos a hacer proyectos de salud comunitaria, de salud generacional y de salud y género. No puede haber avance político, si la salud de las mujeres no es prioritaria.

Nuestros liderazgos tienen que contemplar a las mujeres en su integralidad y no fomentar un aspecto del desarrollo a costa de otro. Es el caso que se produce cuando promovemos la participación ciudadana sólo a través del voto y no la ciudadanía de las mujeres. Pedimos votos para unos machos que no nos representan ni se van a ocupar de nosotras y andamos haciendo campañas políticas sin decirles: ¿Saben qué? Le entramos a su campaña, si nuestra agenda política entra en ella, porque si no, las mujeres vamos a hacer huelga de votos. ¡Si somos la mayor parte del electorado en el mundo! En un siglo cambió la cosa, después que unas cuantas tuvieron que luchar por el voto porque no podían votar, solamente podían hacerlo aquellas que tenían posición de clase en Inglaterra ¿Se recuerdan? Pasamos al voto universal de las mujeres. Hoy somos más electoras que electores, pero no tenemos el poder de las elecciones entre otras cosas porque no condicionamos nuestra participación política, porque aún tenemos vocación de marginales, que es una virtud patriarcal de las mujeres.

Liderazgos autónomos e independientes

Otra característica de los liderazgos entrañables es la autonomía. Necesitamos liderazgos autónomos e independientes, que no vayan a la zaga de procesos políticos, atrás, sino que formen parte de ellos con estos dos atributos fundamentales: Que sean autónomos en cuanto a otras instancias políticas y para que esto suceda necesitamos promover la organización de las mujeres; esto presupone que las mujeres tengamos organizaciones propias. Ayer le preguntaba a una compañera cuál era su grupo de mujeres y me respondió: “bueno, yo milito, pero en un partido político”. Claro que milita, pero en medio tiene una laguna, todas las que venimos de esas historias las tenemos. A veces creemos que la militancia política sólo se da en los partidos políticos. Lo que han descubierto muchas es que necesitamos espacios políticos entre mujeres y las que no los tenemos en primer lugar debemos formar espacios de conciencia, no de debate ideológico o político sino del desarrollo de la conciencia, de mí misma, del mundo, de todo.

Algunos espacios que en la cultura feminista han sido muy importantes se conocen como grupos de autoconciencia. Y esos grupos se basan en que el proceso es colectivo y que conjuntamente se desarrollan procesos individuales de conciencia. En esos espacios no tenemos que estar confrontadas; – son espacios de confiabilidad entre mujeres – y tampoco tenemos que estar dos mil, cien o cincuenta. No es por kilo; suficiente con tres, porque dos necesita ser tres; pero si son dos, no importa; y bueno, si nada más es una, ya empezó, solamente es cuestión de que se lance a sacar a bailar a otra, que la invite a hacer un grupo de autoconciencia para definir lo que quieren, lo que les pasa, dónde están como mujeres. A eso me refiero cuando digo que las organizaciones, los movimientos y las formas más estructuradas de la causa de las mujeres necesitan autonomía con relación a los partidos políticos. Requieren independencia, libertad de criterio, de

pensamiento, dudar, no creer, un conjunto de cosas que son la base de la independencia y de la autonomía.

Los grupos de mujeres y los movimientos de mujeres también requieren ser autónomos del gobierno. Y las mujeres que están en el gobierno necesitan crear equipos de género en los que se fomente, en primer lugar, la conciencia de género de las mujeres que están dentro del gobierno, porque si no, las estructuras gubernamentales y partidistas impiden que fluya la alianza, la coincidencia y la sintonía entre ellas. Entonces, las mujeres que están en el gobierno deben tener sus propios grupos de referencia para desarrollar su conciencia y funcionar con una clave de complicidad de género. A veces en los gobiernos de nuestros países hay una mujer que tiene conciencia de género en la secretaría o en el ministerio de educación, por acá hay otra que está en el de salud y otra en el poder judicial. Están todas separadas, desagregadas. Tenemos que apostarle a la agregación política en cualquier espacio, buscar a aquellas con las que sintonizamos o que están involucradas con las políticas que tratamos de impulsar.

La autonomía de los movimientos también debe tener otra característica: deben ser autoreferidos de género. Actualmente en América Latina existen varias tendencias: una de ellas es que algunos liderazgos, movimientos, instituciones y procesos que asumieron la causa de las mujeres evolucionaron hasta abrazar la causa de género. Algunos otros que no tenían suficiente solidez formativa, han confundido la causa de género con la participación de los hombres, pero una cosa es que en las transformaciones de género los hombres deben estar involucrados y otra muy distinta que organizativamente perdamos nuestros espacios de agregación de género. Tenemos que ser cuidadosas. En los espacios de género a los hombres casi se les da la bienvenida con vítores y aplausos.

Las mujeres tenemos que estar claras que necesitamos, y necesitaremos toda la vida, espacios de encuentros entre nosotras para fortalecer nuestra identidad, nuestra autoestima y para construir nuestra estrategia política que no siempre coincide con la de los hombres. Tenemos que cuidar los espacios que hemos construido y no ser frívolas con la inclusión de los hombres en todos los espacios. Ahora, si queremos estar con los hombres para diseñar, intercambiar y hacer conciencia mixta, tenemos que crear espacios para eso, pero no debemos suplantar lo que hemos hecho con las uñas para tener pequeños espacios de reunión política entre nosotras.

Cuando utilizo el concepto “autoreferido” me refiero a grupos que trabajan por causas que incluyen a las mujeres. Lo más importante es que cada vez se haga más visible que se está trabajando para las mujeres. En muchos sitios me han dicho: esta organización trabaja con mujeres pero se llama Plantas de Animales S.A.. y cuando les pregunto por qué, responden que es para que les aprobaran el financiamiento. Otros nombres: mujer y familia, mujer e infancia, salud materno infantil, ciudadanía y familia; entonces el dilema es si la mujer o la familia y acaba siendo la familia. Acaban implementando políticas para que las mujeres sigan jugando roles tradicionales en las familias; ahí el sujeto no son las mujeres, son las familias. Estamos viendo surgir todo tipo de cosas eclécticas y raras que están haciendo políticas hacia las mujeres pero no con perspectiva de género y además oponen a las mujeres con otros sujetos más importantes en su jerarquía ideológica como la familia, una entidad que tiene supremacía en torno a las mujeres. En otros casos son los niños, ni siquiera las niñas, los que tienen supremacía frente a las mujeres. También ocurre con quienes trabajan sobre derechos humanos considerando que ahí van incluidas las mujeres y nunca tocan el tema de los derechos humanos de las mujeres. Cuando las cosas ya van caminando, llamémoslas por sus nombres.

La inferioridad de género se manifiesta en que no nos sentimos con legitimidad para ser sujetas. Y eso lo he visto hasta con una arroba. ¿Quieren que les diga de la arroba?. Bien, en el intento de avanzar y nombrar a las mujeres en una lengua que tienen géneros, el castellano, decimos las niñas y los niños, las mujeres y los hombres, las ciudadanas y los ciudadanos, las maestras y los maestros, las ingenieras y los ingenieros como un pequeño avance formal, lingüístico, incluyente y civilizador de las mujeres. No sabemos si además tiene valores de género o una perspectiva de avance de las mujeres, pero al menos quedan nombradas. Ahora resulta que para ahorrar papel, porque se tiran muchos árboles en los bosques y somos ecologistas, no queremos que se desperdicie mucho papel en el mundo, entonces acortamos otra vez el enunciado y en una esperpéntica arroba volvemos a aprisionar a las mujeres, y vuelven a quedar innombradas. No, el castellano es una lengua pródiga, usémosla, porque es prodigiosa si sirve para nombrar a las mujeres. Pero si en los avances de género volvemos a omitir, entonces no estamos haciendo que las personas visualmente lean la palabra niña o ciudadana, les estamos ahorrando el sufrimiento misógino de leer esas palabras maravillosas. Les quiero proponer que hagamos un pacto de no usar la arroba y volver a nombrarnos.

Etica personal y colectiva: deconstruir los viejos hábitos

Una parte importante es que nuestra realidad es muy compleja. Todo lo que digo parte de esa realidad, por eso una metodología que quiero recalcar individual y colectivamente para impulsar liderazgos de mujeres y para la vida misma, es el desarrollo de una capacidad fundamental para las mujeres contemporáneas: la capacidad deconstructiva. Este concepto significa deshacer, desmontar. Para asumir nuevos hábitos, nuevas formas para los nuevos liderazgos lo que hemos hecho, a veces, es sumar lo nuevo a lo viejo y superponer cosas que son contradictorias y antagónicas. Para evitarnos esa superposición debemos reconocer que es preciso quitar algunas cosas para poner otras, desmontar, desactivar, desaprender para poder aprender.

Este es un cambio dialéctico que no está en la lógica tradicional donde aprender es sumar y sumar. En la perspectiva feminista necesitamos desaprender gran parte de lo que somos, de lo que creemos, de lo que sabemos hacer y dejar de hacerlo, que se nos olvide y no nos acordemos para colocarnos en situación de servidumbre voluntaria. Con ello logramos desmontar deconstructivamente la servidumbre voluntaria de mi instrumental de vida. Pero para eso primero necesito estar consciente qué cosas tengo que desmontar.

Una serie de cosas prioritarias para desmontar, son: ha habido movimientos de mujeres en los que se ha planteado quitar el color rosa para las mujeres y el azul para los hombres, se destinan todas las energías a cambiar eso. Quisiera colocarme en una posición de mayor profundidad para que veamos hacia dónde dirigir nuestras baterías formativas, pedagógicas y organizativas en la construcción de los liderazgos, en nosotras y en las otras mujeres. Necesitamos entrarle a desmontar, a desyerbar, a desalambrar, a deconstruir en primer lugar, la violencia política, que en las culturas tradicionales de nuestro continente es una tentación permanente tanto de la derecha como de la izquierda. La violencia política es una tentación. Es seductora. Está en los mitos, en las ideologías, en nuestras historias y casi es legítima en alguna medida. Pero los procesos que hemos vivido nos han hecho saber que es muy costosa, y no va por ahí.

Además, como mujeres que hemos vivido el control político a través de la violencia, es incoherente que fomentemos formas de violencia, y puede volverse en nuestra contra porque toda violencia política es en parte violencia de género. La violencia política entre los hombres es una forma de violencia de género patriarcal. La violencia contra las mujeres lo es también. Todo lo que huela a violencia tiene que ser analizado por nosotras. La relación entre pacifismo y feminismo es

una gran tradición contemporánea y ha costado muchos muertos y muertas; ha costado mucha sangre y pérdidas. Eliminar todas las formas de violencia es una prioridad de género dentro de la agenda política global que actualmente está en todos los rincones del mundo, la violencia contra las mujeres y violencia política en general. Necesitamos desmontar esa violencia en nosotras

mismas. Todas las mujeres que han recibido violencia están estructuradas por ella y parte de la formación de los liderazgos es enfrentar la violencia que han recibido las lideresas y entrarle a los procesos de sanación y reparación de las lideresas.
También tenemos que desmontar en nosotras el maltrato personal y colectivo. Hablamos del descuido personal que es una forma de violencia, un maltrato autoconferido, pero si no desmontamos el maltrato personal nos colocaremos en las posiciones políticas en tal situación que seremos maltratadas. La persona que se automaltrata se coloca en posición de maltrato, la persona que se automaltrató recibió maltrato, pero afortunadamente podemos cortar esa cadena de reproducción. La ética y las maneras son importantes.¡Que el maltrato no esté presente nunca! La amabilidad es una dimensión de la política. No es un asunto superfluo sino parte fundamental de otra manera de hacer las cosas.

Eliminar la deshonra y el negativismo

Otro capítulo importante es que debemos eliminar la deshonra de nuestras formas de hacer política. En otras palabras, tenemos que eliminar el maltrato a la honra e impedir al maltrato a nuestra honra. La honra es una dimensión simbólica del sujeto que a veces no tomamos en cuenta pero que es importante. Los hombres tienen tal poder que muy pocas cosas maltratan su honra, incluso cuando son flagrantes delincuentes, opresores, maltratadores, abusadores, su honra puede quedar en buen estado después de pasar alguna crisis. Si no, vean a Clinton. Mantener la honra política era mantener al sistema político. ¿A qué costo?, ¿Millones contra quién? Contra unas mujeres. Simple y sencillamente los hombres y la honra son un tema, pero las mujeres y la honra somos otro tema.
Si en la enemistad algo queda tocado entre las mujeres, es la honra. A las mujeres se nos enseña patriarcalmente a deshonrar a las otras permanentemente con la palabra, con las acciones, con el vacío, el aislamiento, la exclusión y el chisme. El chisme transmite capital simbólico, información, estatus, prestigio. Esa es la materia del chisme, darle en la torre a la honra de las personas. Entonces, estamos muy conscientes de que la deshonra es lastimosa para los liderazgos y que no se vale reproducirla entre las mujeres. Al contrario, necesitamos aprender a honrar a otras mujeres sin sentir que estamos perdiendo, sin sentir que nos subordina, que nos quita algo. Eso implica desmontarnos una de las estructuras de poder más duras de la conflictiva política entre las mujeres.
La descalificación como recurso político también forma parte de los aspectos a desmontar. Muchas mujeres al actuar en público y en privado tenemos que enfrentar de antemano una descalificación implícita. Antes de actuar ya estamos descalificadas, antes de hablar, no somos escuchadas. Aún hablando la gente no nos cree, desconfía, desautoriza, desaprueba. Es más, hay quienes son expertas y expertos oidores de mujeres nada más para esperar la pequeña falta, la ausencia, el equívoco, para desautorizar lo que decimos. La lógica es descalificando esto, descalifico todo y te descalifico a ti. Entonces, un recurso importante para favorecer liderazgos afirmados de mujeres, que puedan tener confianza y se sientan seguras, es dejar de descalificar.
El negativismo, también es otra característica a desmontar. Este puede tener muchos orígenes pero la desautorización, que es uno de los tipos de negativismo, se refiere a la impotencia de

género. Es esa carga negativa en la evaluación de lo que hacemos, en que siempre quedamos como insuficientes: algo nos faltó, pudo haberse hecho mejor, se le olvidó esto, dejó aquello. Quien lo haga de la mejor forma posible siempre queda en falta. Fomentar liderazgos de mujeres pasa por evaluarlas con incentivos. No es una aprobación ciega, es una evaluación incentivante, que estimule el desarrollo y no que marque lo que faltó, lo que no se hizo; que promueva y valore lo que se hace, lo que está, lo que se sabe.
Todos éstos son elementos de la cultura política que muchas veces están ausentes en la cultura política entre las mujeres, pero cuando sí forman parte de ella, notamos enormes avances. Mujeres que son calificadas con una mirada positiva son mujeres que desarrollan seguridad en sí mismas. Mujeres que son avaladas en lo que hacen desarrollan confianza y pueden ser más exitosas. En efecto, muchas mujeres han salido de los escombros y verdaderamente son exitosas. Han salido de situaciones hostiles y han avanzado. También sabemos que mientras mejores sean las condiciones, los avances son mucho mayores y sustantivos.

Desmontar el propio machismo y misoginia

Necesitamos desmontar lo que nos queda de machismo. Ese es uno de los males que más atenta contra el desarrollo de las mujeres y obviamente, contra el desarrollo de las lideresas. Y aquí apelo a que reconozcamos qué tan machistas somos, en qué somos machistas, y que asumamos un compromiso ético de dejar de serlo. Debemos desmontar nuestra conciencia machista del mundo y del universo. El machismo consiste en la exaltación de los hombres y de lo masculino, en la creencia de la supremacía natural de los hombres o en las acciones que los colocan en posiciones de supremacía, – hago la diferencia porque a veces no creemos en la supremacía de los hombres pero hacemos cosas que los colocan en esa posición; entonces, a veces nuestra conciencia está en otra parte, pero nuestros hechos demuestra lo contrario -. La supremacía masculina como un valor positivo, exaltado y venerado es parte de una cultura machista que hemos aprendido las mujeres. Otro aspecto importante del machismo es la exaltación de valores patriarcales en los hombres como si fueran la única forma de masculinidad posible. Por ejemplo, creemos que son así, que están echados a perder, que así nacieron desde el principio de la historia y así serán; pero no es natural, no es eterno, no es una fatalidad y tampoco es una virtud. El machismo se caracteriza también por la exaltación de formas de violencia, de fuerza dominadora, la bravuconería, por la exaltación de actitudes retadoras y temerarias, por el uso y abuso del poder.
Nosotras nos mirarnos colocando en la supremacía a otro. Hemos aprendido a reaccionar con miedo o sobredimensionando el respeto a los hombres, con una tolerancia muy grande a las cosas que hacen. Entonces, debemos desmontar el machismo en nosotras, en el lenguaje, en las actitudes y los hábitos; por lo tanto no podremos contar chistes sobre las mujeres, sobre los homosexuales, los negros, los gallegos y los yucatecos. El desmontaje del machismo es importante a tal grado que puede significar incluso, un cambio en el sentido del humor, y éste es uno de los aspectos de la cultura en que la dominación se legitima lúdicamente. Tendremos que desarrollar otro sentido del humor y usar nuestra risa en otras cosas.
Un componente que acompaña al machismo y también debemos desmontar, es la misoginia. Esta es otra parte del mismo complejo cultural y consiste en la desvalorización de las mujeres, su

inferiorización en relación con los hombres o en abstracto porque son mujeres. Generalmente produce acciones hostiles que además se consideran legítimas. Es legítimo ser hostil con las mujeres feas “porque son feas”. El día que descubrimos que todas somos feas o que la fealdad es una invención hostil para destruir a las personas, dejamos de ser misóginas. La misoginia a veces
67
escoge cebarse en mujeres particulares. Cada una de nosotras hemos aprendido a ser misóginas y nuestro drama es que lo somos con nosotras mismas. Nos desvalorizamos, nos minimizamos, no confiamos en nosotras, nos hostilizamos, descuidamos o nos agredimos a nosotras mismas. El autoboicot es parte de este fenómeno y se expresa en ponerse obstáculos, impedimentos, desmerecer las habilidades, las capacidades. La misoginia es uno de los componentes más importantes de la baja autoestima en las mujeres. Y para desarrollar liderazgos asertivos y afirmados, ya no digamos exitosos porque no hay garantía, pero que tengan fuerza y capacidad, Necesitamos desmontar la misoginia en cada mujer.
Las lideresas misóginas a punto de ganar una causa, a punto de ser nombradas, reconocidas para algo, se boicotean. Dicen que a ellas no, que se los den a otras, que no son las mujeres para este puesto. Las misóginas con nosotras mismas somos las peores propagandistas de nuestra persona. Actuamos en nuestra contra, nos descalificamos, usamos palabras soeces para referirnos a nosotras simplemente porque te equivocaste en algo, por ejemplo, ¡Qué tonta soy!. Debemos hacer una reforma verbal y lingüística. Proponernos no usar palabras descalificativas contra nosotras, y – generosas como somos, feministas como queremos ser – tampoco contra las otras. Necesitamos hacer una ética de la autoestima. Por eso para promover los liderazgos y la participación de las mujeres en el mundo entero se hacen programas para desarrollar su autoestima. Esa es una de las políticas globales que nos han favorecido. Así, si no logramos desarrollar liderazgos por lo menos reparamos la autoestima.
Eliminar los prejuicios y el sectarismo
También debemos eliminar y desmontar nuestros prejuicios sexistas homófobos y lesbófobos. Todas las que estamos aquí y desgraciadamente muchas que aun no han nacido, hemos sido educadas en la fobia legítima a las personas homosexuales. Incluso desarrollamos afectos de desprecio, no solamente descalificación intelectual o laboral sino sentimientos de desprecio, de rechazo y desde luego, acciones hostiles.
Para desarrollar liderazgos amplios de mujeres afirmadas y abiertas necesitamos dejar de ser hostiles con personas que tienen una sexualidad distinta o no aprobada en su mundo. He dicho y escrito que la peor homofobia y lesbofobia es la de las mujeres con sus parientas homosexuales, con sus amigas, con sus colegas, sus compañeras de ruta, de partido o de grupo. En nuestro continente, algunas mujeres brillantes y magníficas políticas han sido excluidas del liderazgo por ser lesbianas. Mientras eso suceda nos están excluyendo a todas aunque a veces las homófobas han contribuido con saña a ese descrédito.
Necesitamos hacernos cargo de qué tan lesbófobas somos y vencer el miedo. La lesbofobia se basa en el miedo al contagio, y pensamos que si mi amiga me toca, me va a pasar algo. Quiero decirles con mucho respeto y cariño que en muchos grupos, las mujeres me plantean una duda en confianza: ¿Si seguimos con este rollo de género nos tenemos que volver lesbianas? Y yo les respondo: pues, las que quieran.
Esas son las creencias actuales en muchas mujeres y tenemos que explicar cómo es que las personas se vuelven lesbianas. De qué se trata eso, que no es un contagio, que puede antojarse pero que no se contagia porque no es una enfermedad, un virus, una bacteria o un gen. Es una vía sexual de desarrollo de las personas, objetada, castigada y considerada motivo para el oprobio en sociedades como las nuestras. Y si nosotras somos defensoras de los derechos humanos de las mujeres debemos ser defensoras coherentes. Los derechos humanos de las mujeres son de
68
todas o de ninguna, entonces aquí vamos juntas o no vamos, las heterosexuales, las lesbianas, las bisexuales, las transexuales.
El tema de la sexualidad no debe ser un asunto de discriminación entre nosotras. Al contrario, debemos entender que nosotras también somos discriminadas sexuales. Seamos heterosexuales u homosexuales, toda las mujeres somos objeto y motivo de discriminación sexual. Por eso es importante luchar por los derechos de las mujeres, en cualquier opción sexual, en este momento y en el mundo. Nuestros prejuicios adultistas o juvenilistas son también aspectos que debemos abordar.
Voy a tratar de articular todo lo que hemos abordado en estos dos días. He mencionado que tenemos prejuicios racistas y esteticistas como los de la frialdad, la belleza, la elegancia, el estilo, el caché. Prejuicios basados en valores estéticos tradicionales, por eso hablaba de que tenemos que hacer una estética distinta. Desde luego necesitamos eliminar cualquier forma de sectarismo político; muchas podemos estar de acuerdo con muchas cosas, pero no con las discrepancias políticas. Entonces, la propuesta es eliminar y desmontar en nosotras formas de sectarismo político, religioso, ideológico o de cualquier otro tipo.
Eliminar cualquier forma de basismo, esa exaltación virtuosa de las bases como categoría política considerada con supremacía, como si tuviera atributos magníficos y las bases fueran positivas siempre, como si siempre tuvieran la verdad, la razón histórica y el sentido de la vida. Todas esas formas de populismo, de considerar que el pueblo es bueno porque sí, o es una categoría superior a otras, son formas de sectarismos.
Otros sectarismos son los nacionalismos que consideran la existencia de supremacías nac ionales en las personas, que son mejores jerárquicamente a otras personas por su nacionalidad. Ese es un problema grave de nuestro tiempo. Desde luego, los nacionalismos latinoamericanos son para llorar. Nos hacen enorgullecernos de vulgaridades terribles, promueven un sentimiento nacional conmovido por cosas que nos darían vergüenza. Me parece que debemos ser muy críticas con los nacionalismos, pero además saber que conducen a formas de violencia. La relación entre nacionalismo, populismo, fascismo y violencia es muy estrecha.
Si analizamos concretamente nuestras naciones podríamos decir con capacidad crítica, estoy de acuerdo con esto de mi nación y con aquello no. Tendríamos que montar una conciencia nacional crítica para aprender, para no repetir errores y para tener una aproximación mucho más lúcida al conocimiento de nuestras naciones.
En síntesis, la parte que tenemos que desmontar como la dimensión deconstructiva necesaria de la política feminista, es ese conjunto de prejuicios en nosotras mismas, en las compañeras, grupos

y movimientos. Pero además, no se trata solamente de deconstruir, también tenemos que construir alternativas de valores, actitudes y todo lo que esto conlleva. Ese es el tema que sigue y con el cual espero cerrar mañana.
69
TERCERA PARTE
Ética y política alternativa
70
6- Las capacidades constructivas
Hablamos ayer de pensar en deconstruir muchas cosas, no solamente lo que abordamos aquí sino todo lo que sea enajenante, lo que lastime, lo que destruya nuestro patrimonio o a las personas. Pero la otra parte del fenómeno de nuestra participación implica, además de deconstruir, remontar y adquirir capacidades constructivas. Hoy me quiero referir a ese tema y abordar en qué consisten la ética y la política alternativa.
Muchas hemos vivido construyendo opciones e inventándonos el mundo a veces con ideologías destructivistas. En un congreso íbamos a destruir a todos los políticos que no sirven y hacer una limpia colectiva desde México para abajo a ver si se compone la cosa. A veces tenemos ese tipo de fantasías que forman parte de ciertas ideologías. Por ejemplo, muchas veces no se trata solamente de oponerse al orden social sino que algunas personas piensan que hay que destruirlo. Lo que yo les propongo no tiene que ver con eso sino con la creación de alternativas.
En los liderazgos de mujeres la ética para crear alternativas pasa por tener varias capacidades. Ayer mencioné que los ámbitos de los liderazgos van desde los espacios de relación cercana y personal hasta los espacios públicos, privados, de instituciones domésticas. En todos los sitios y en todas las relaciones humanas hay liderazgos. Pero, ¿Qué es el liderazgo? Teóricamente es un conjunto de capacidades. Una de las más importantes es la sensibilidad intelectual y afectiva para captar las necesidades de las personas y de los grupos.
Por formación tradicional de género las mujeres tenemos un enorme desarrollo subjetivo en torno a esta capacidad. Hemos sido adiestradas para darnos cuenta de las necesidades ajenas.Hemos sido educadas tradicionalmente, por ejemplo, para ser mamás; esa es una de las funciones en los roles tradicionales de las mujeres. La maternidad entre otras cosas, tiene como una de sus experiencias constantes y permanentes, la detección de necesidades y la segunda parte de la maternidad se refiere a la satisfacción de esas necesidades.
Entonces, fíjense qué interesante, en nuestros liderazgos necesitaríamos resignificar estas capacidades tradicionales que se relacionan con la detección de necesidades en otras personas porque son fundamentales para esos liderazgos que queremos. Lo que ya no nos sirve en los liderazgos democráticos y modernos es que seamos nosotras las encargadas directas de satisfacer esas neces idades. Este es un cambio que debemos hacer porque estamos tan automatizadas y mecanizadas para actuar que cuando detectamos la necesidad ya estamos buscando como satisfacerla.
Los nuevos liderazgos de las mujeres pasan por construir conjuntamente con las personas y los grupos las capacidades de satisfacción de sus necesidades. Como contemporáneas y modernas debemos aprender a desarrollar esto; que no se nos haga fácil sustituir a las personas en la satisfacción de sus necesidades.
Los liderazgos deben poseer una capacidad política muy importante, representar y abogar por los intereses sociales, colectivos e individuales. Pueden ser intereses de otras personas pero si queremos liderar esos procesos, debemos tener la capacidad de representar sus intereses. En la cultura más tradicional a las mujeres se nos acepta y casi se nos exige que representemos los intereses de otras personas, que seamos portavoces y ser portadoras de esos intereses, que hablemos por otros y otras. Eso forma parte de la construcción tradicional de las madres -esposas que en los ámbitos de la vida privada tenemos la función social y política de representar los intereses de la pareja, los de la familia, los de los hijos y las hijas; pero además, en la sociedad
71
muchas mujeres tradicionales tenemos como función representar los intereses de los hombres aún en su ausencia y hacerlos presentes en cualquier ámbito y espacio, trayendo a colación sus intereses, sus necesidades y su visión del mundo y de la vida.
Aprender a representar los propios intereses y con liderazgos universales
Las mujeres hemos desarrollado esta capacidad, pero la ruptura que debemos hacer es aprender a representar intereses afines a nosotras. Aprender a representar sólo aquellos intereses que sean afines a nuestras convicciones y desde luego, que concuerden con nuestras necesidades y nuestros intereses. Ese es un cambio político importante desde la perspectiva de género en las mujeres y también una clave importante de los liderazgos de nuevo tipo y consiste en que las mujeres no sean objeto de las necesidades y los intereses de los otros, sino que al liderar, expresemos las necesidades e intereses propios.
La representación simbólica, por su parte, se trata de hacer un cambio en la cultura y en las tradiciones que están muy asentadas en nuestros países. Romper la idea de que las mujeres no podemos representar intereses colectivos. En nuestros países, aunque han habido lideresas muy importantes, incluso presidentas, la mayoría de ellas no ha tenido el reconocimiento social para hacer liderazgos universales , es decir, liderazgos de mujeres y de hombres, de instituciones. Las instituciones no reconocen liderazgos de las mujeres o liderazgos en otros espacios. Entonces, como parte de la ciudadanía, tenemos que construir la capacidad de representación universal de las mujeres, algo que todavía no es una costumbre y tampoco forma parte de la cultura.
Para que los liderazgos sean universales tienen que ocurrir en los espacios fundamentales y prioritarios de la política, no en los espacios marginales. En todo el mundo se desarrollan programas para construir liderazgos a nivel ejecutivo, a nivel directivo importante. También existen plataformas políticas para lograr que las mujeres tengamos acceso a los niveles y posiciones jerárquicas de mayor relevancia; hay liderazgos de base y medios, pero no hay suficientes liderazgos en los espacios de toma de decisiones fundamentales en el estado, en la sociedad civil, en las instituciones religiosas, judiciales y de otro tipo. Por lo tanto, la capacidad de representación es un punto clave para lograr que la gente sienta que puede votar por mujeres en un proceso electoral y que no le va a pasar nada malo, que su proyecto, su propuesta o su movimiento no se van a ir a la calle. Cuando logremos esto habremos dado un paso importante en la construcción política de una fuerza del género en las instituciones y los espacios de poder.
Los liderazgos también deben tener la capacidad de nombrar, de ponerle nombre a las cosas.

Quienes lideran a veces le ponen nombre a la experiencia social y humana, a los anhelos y necesidades basándose en libros milenarios. Vemos repetir frases del Corán, de la Biblia o citas de autores importantes en todo el mundo. Eso no es más que tomar un discurso convalidado para nombrar las necesidades de otras personas. Es aprender de discursos ya elaborados. Las mujeres hemos hecho eso muchas veces, pero una clave de los liderazgos actuales de las mujeres ha sido nombrar de otra forma las cosas porque los nombres tradicionales ya no nos sirven. Hemos tenido que inventar interpretaciones, discursos y teorías nuevas para nombrar las necesidades y la experiencia social. Por ejemplo, muchas de las que estamos aquí tuvimos que aprender sobre la categoría y la perspectiva de género, y hem os realizado una alfabetización continental para que la gente pueda entender esos discursos. Le pusimos nombre a un conjunto de experiencias que no habían sido nombradas y tuvimos que decirlo, explicarlo, capacitar y sensibilizar sobre eso. Queremos que todo lo que hacemos a través de nuestros proyectos, nuestras acciones políticas y nuestros liderazgos sea el discurso contemporáneo más
72
generalizado en el mundo, el discurso de género. Que se repita en Japón, Indonesia, Chile, Estados Unidos, Nicaragua y que se repita por mucho tiempo.

Adquirir capacidad argumentativa

Regresando a la idea, diré que liderar consiste en tener discurso, conocimientos y argumentos sólidos porque tenemos que explicar doblemente las cosas, porque somos escuchadas con descrédito. Los liderazgos de las mujeres contemporáneas requieren capacidad argumental, confianza en lo que estamos diciendo para poderlo transmitir a otras personas. Necesitamos tener seguridad en lo que decimos como nunca antes. Tener pruebas, ideas, ideologías y saber cosas concretas, por ejemplo cuántos millones de mujeres pobres hay en América Latina. Ese es un dato que debemos decir y mostrarlo con cifras, pero también y a nivel del discurso moderno debemos discutir, con quienes toman las decisiones sobre recursos, que las mujeres no tenemos. Esa es una laguna, un vacío político muy grande debido a la exclusión de las mujeres en el saber. Por eso para nosotras es fundamental su inclusión en los conocimientos de este tipo, en éstos que son indispensables para acceder a los espacios de toma de decisiones, para acceder a los recursos del mundo y de la vida; no otro tipo de conocimiento.

Aun más, necesitamos tener lenguajes diversos porque los liderazgos de las mujeres cambian de espacios muy rápidamente y nuestros lenguajes nos deben permitir trabajar entre mujeres analfabetas y traducir significados. En ese sentido, los liderazgos contemporáneos requieren de la capacidad de traducir a un lenguaje cotidiano desde las complejas teorías de desarrollo económico hasta los complicados temas de la salud; y ese lenguaje debe tener como característica ser inmediato y comprensible para las personas con las que trabajamos. No se trata de perder categorías, sino ser capaces de traducir. Tenemos que desarrollar entre nosotras la generosidad intelectual, no pensar que mis ideas son mías y me las guardo. Las mujeres no avanzamos porque reproducimos lo que han hecho los hombres. Mantener a unos cuantos con el saber y al resto en la ignorancia para decirles cómo es el mundo. Nosotras lo que queremos es que todas tengamos recursos interpretativos sobre lo que nos sucede.

Necesitamos disponernos a la comunicación, porque es una capacidad sumamente importante y porque nos cuesta trabajo, sobre todo a quienes han sumado experiencias de daño, discriminación o exclusión. La comunicación tiene que ver con la posibilidad de decir, de afirmar, de colocar nuestras necesidades en sitio legitimado. Quien no se siente legítima no puede comunicar, quien no se siente autorizada tampoco puede hacerlo.

Por eso hacemos tantos esfuerzos para reparar la autoestima de las mujeres. Es una prioridad para los liderazgos: reparar y desarrollar, no solamente poner curas y parches como Mafalda. Muchas mujeres somos sobrevivientes de experiencias sociales, políticas, militares, de experiencias personales muy difíciles. Eso no es victimizarnos sino reconocer de dónde venimos y por qué estamos aquí. Por eso debemos lograr comunicarnos con otras personas, reconocer ese estado y avanzar sobre él.

La timidez es el resultado de las averías vitales en la vida, de no haber sido autorizadas, de haber sido excluidas, dañadas y que toda la vida nos callaron, nos impidieron hablar, nos dijeron que no sabíamos y que no podíamos. Igualmente, la timidez expresa la impotencia de género y de clase; por lo tanto, dejar de serlo implica un esfuerzo importante, significativo y valioso para nosotras.
73
Atender el daño es una clave política y una necesidad para construir liderazgos afirmativos, para que las mujeres que puedan salir, expresar y representar sus necesidades y las necesidades de otras, además de tener intereses políticos, puedan defenderlos y defenderse a sí mismas.

Adquirir capacidad de defensa propia

También queremos desarrollar en las mujeres la capacidad de defensa de sí mismas. Se vale ser osadas pero no ponerse en riesgo y hacer cosas temerarias; porque sin osadía no llegamos a la puerta de la esquina, no nos levantaríamos de la cama a vivir cada día. Se trata de tener una especie de equilibrio entre ser osadas y al mismo tiempo no ser temerarias. Ser temeraria significa no medir el peligro y arriesgarse, ser insensible al miedo, sentirse omnipotente y exponerse; en algunos casos eso conduce incluso a provocarse daños. Ser temeraria es actuar como que no te fuera a pasar nada con lo que haces.

Muchas mujeres en la cultura política heroica hemos sido temerarias, pero en los nuevos liderazgos tenemos que cuidar la preciosa vida de cada mujer. Para nosotras la vida de cada mujer es un valor en sí mismo y no estamos para arriesgar vidas. Esa es una clave ética muy distinta a las que hemos recibido tanto por la formación de género tradicional como por la formación política de avanzada que ha prevalecido en nuestras tierras durante mucho tiempo.

La medida entre ser tem eraria y osada es muy clara cuando la persona se cuida a sí misma en el proceso de liderazgo, cuando se protege y cuida su desarrollo. Si descuida su salud o su estabilidad vital, está siendo temeraria. Los parámetros actuales son otros porque en el centro de la perspectiva de género está la calidad de vida de las mujeres. Entonces todos nuestros valores cambian si el objetivo es lograr esa calidad de vida. Y obviamente, tenemos que empezar por nosotras. Ya no podemos seguir liderando como se hace tradicionalmente, sin importar cómo está quien lidera sino que lo importante es el resto. No, hoy importamos cada una de nosotras. Ese es el mensaje político de los nuevos liderazgos. Lo que tenemos en el centro es la preciosa vida de las mujeres, su estado de vida, su condición de desarrollo, su salud, sus perspectivas, su horizonte, y ponerlo en riesgo es atentar contra la perspectiva política que estamos tratando de

impulsar.
Liderar también tiene otra característica, que es la capacidad de inventar. Quien no inventa no puede liderar y para inventar tenemos que vencer la impotencia aprendida, la impotencia política inoculada en las mujeres para que no podamos, para que estemos quietas, para que no se nos ocurra nada, para que no nos atrevamos. Necesitamos vencer esa impotencia, pero también la omnipotencia que también es parte de la relación convencional de las mujeres y consiste en creer que podemos con todo sin medir nuestras fuerzas y las de las personas, del movimiento, de la organización. Eso nos puede conducir a un riesgo por exceso.
Muchas lideresas aun no tienen compromiso político de género por muchas razones, pero parte de nuestra agenda política actual es fomentar y desarrollar ese tipo de compromiso de género. Pero, ¿En qué consiste?. Diré que es simple y complicado a la vez. Es comprometernos explícitamente, que se sepa, que se diga, que se enuncie, que salga a la luz, para luchar a favor de transformar las relaciones de género.
Y este compromiso debe ser una clave para nosotras en cuanto al lideraz go de otras mujeres. Eso quiere decir, por ejemplo, que para aceptar el liderazgo de una dirigenta debería ser un requisito que ella tenga un compromiso de género, y no aceptar liderazgos sólo porque sí. Debemos condicionar los liderazgos y poner como parte de nuestro ejercicio político el compromiso de

género haciéndolo saber a las demás personas. Este es un aspecto muy importante no solamente desde el punto de vista ideológico, sino en acciones concretas, en hechos, en las relaciones puntuales de cada día y en las propuestas.
Aprender a disentir
Otra clave fundamental es que necesitamos aprender a ser disidentes y no oponentes. La disidencia es una expresión democrática, pero tradicionalmente estamos acostumbradas a hacer oposición y a ver como oposición a todos aquellos que no piensan igual que nosotras. Bueno, se trata de salir de este esquema y asumir una disidencia importante como género. Disentir de aquello que nos oprime, de los poderes depredadores, de las formas autoritarias y antidemocráticas del poder.
La disidencia de género de las mujeres es un proceso de toma de conciencia que todas hemos experimentado. A veces se inicia como un malestar o una incomodidad porque nos pasan cosas como mujeres. Muchas de nosotras podemos recordar cuando empezamos sentir esos malestares de género, si a lo mejor fue toda la vida o nada más en ciertos momentos, ciertos hitos, ciertas relaciones o ciertas experiencias. Pero, pasar del malestar a identificar de qué se trata, eso es aprender a disentir. No solamente saber que algo me incomoda, que me siento mal y que sufro, sino que eso tiene explicaciones y un sentido que no acepto. Este proceso desarrolla en cada mujer la no aceptación al rechazo, a la opresión personal, a aquello que la daña, y tiene la característica de ser un proceso vital al interior de cada una.
El segundo paso en la disidencia es sentir que una desentona con situaciones, personas, costumbres, tradiciones, mentalidades, con cosas que a lo mejor ayer parecían maravillosas y hoy ya no; con el humor, hasta con las canciones, las películas. Desentona con su mundo más cercano, más importante y más entrañable. Las crisis de disidencia en las mujeres se expresan sobre todo en las relaciones más cercanas. En otras palabras, las crisis de disidencia de género se viven con una gran intensidad y se expresan muy duramente con las personas más cercanas. Ahí se da la conciencia de que algo está mal, que no gusta, que no funciona o que no se quiere con los familiares, las parejas, los hijos, las hijas, las amigas, los amigos, los dirigentes más queridos.
La crisis disidente de las mujeres siempre es una crisis personal, pero a veces nos quedamos encerradas y no sabemos qué hacer con ella; entonces, debemos dar el paso del encuentro entre mujeres para que tenga sentido, para que pueda politizarse y no quedarse en la conciencia como un problema personal de equívoco, de mala suerte, o como decía Simone de Beauvoir, por “la fuerza de las cosas”. No se trata de eso, sino de complejas fuerzas sociales que podemos intervenir y modificar. Disentir es aprender a desentonar y no sentirse mal por ello.
Pero desentonar pasa por desarrollar el orgullo de género, de ser diferente, de no corresponder con las normas, de no corresponder con los valores hegemónicos, de no ser afín a eso que finalmente nos lastima y nos destruye. Pasar de desentonar mal a desentonar muy bien es un tema que a veces produce mucho sufrimiento en mujeres que se sienten diferentes, que no encajan con nadie, que no encajan con su grupo de amistades, con su colegas, sus compañeras, que en sus familias no pueden hablar de estas cosas porque “ya va a empezar con lo de los derechos de las humanas”. Muchas de nosotras en ese trance podemos ser cooptadas. Por lo tanto, para desentonar bien tenemos que sintonizar mejor con otras mujeres que están en nuestro mismo trance. Tenemos que buscar afinidad con las personas que viven ese desentone, que son diferentes, que buscan alternativas, que creen en otras cosas, que tiene otros valores; y entonces,

tenemos que andar con el radar puesto todo el día a ver dónde están esas personas valiosas. Las lideresas deben de tener doble radar. Una cualidad importante del liderazgo es poder detectar en los ámbitos donde estemos con quienes podemos sintonizar.
Ahora bien, la sintonía del género nunca es total. Eso quiere decir que no busquemos afinidades totales. No busquemos seguimiento ciego como en los liderazgos tradicionales, no busquemos creencias dogmáticas. La sintonía entre nosotras es siempre parcial porque nuestra cultura feminista no es una religión. Es un espacio simbólico práctico-político de vida que siempre está en proceso, en construcción. Por eso no puede ser dogmático y no podemos pretender que la gente crea todo lo que decimos. Puede estar de acuerdo en un aspecto y no estarlo en otro.
Los nuevos liderazgos de las mujeres tienen que desarrollar una enorme capacidad para el acuerdo parcial sin dar ni exigir una confianza de fe a nadie. Luego, como las agendas políticas en la perspectiva de género tiene que ver con las agendas políticas de otros sujetos sociales o de otros temas, están entreveradas con las plataformas políticas más impresionantes. Es absurdo pretender que cada persona esté de acuerdo en todo. Entonces una clave de los nuevos liderazgos es asumir liderazgos críticos y conscientes. Los procesos políticos obviamente no pueden ser de incondicionalidad. Tienen que ser democráticos, con discusión, discrepancia y propuesta.
Aprender a discrepar con respeto a la integridad de las personas, democráticamente, sin hostilidad, sin beligerancia y hasta sin mal humor es otra capacidad constructiva. Si queremos

comunicarnos entonces no pongamos cara de ogresas. Hay que guardar esas caras para momentos claves de la vida, para usarlas cuando sean necesarias, pero no para la construcción de alternativas con nuestras congéneres. Aquí estamos tratando de construir un espacio de confiabilidad entre nosotras.

La confianza entre nosotras es un objetivo, un punto de partida, y también es una clave ética; necesitamos disentir con elegancia. La elegancia es un recurso de los nuevos liderazgos en las mujeres; en otros momentos hemos tenido el recurso del desparpajo porque estábamos objetando las normas, pero nosotras somos objetoras de unas normas y constructoras de otras nuevas. No somos antinormas, estamos por normas que mejoren la vida.

Aprender a resistir, rebelarse y transgredir

Encuentro cuatro posiciones políticas de la disidencia, las voy a enunciar así. Son esquemáticas aunque coexisten permanentemente y a veces son procesos sucesivos. La primera clave es aprender a resistir como una experiencia política de género. En los liderazgos tenemos que aprender a diferenciar cuándo los movimientos y los procesos personales son de resistencia y cuándo no; y en la pedagogía del liderazgo tenemos que impulsar en otras mujeres el aprendizaje de la resistencia y potenciarlo, porque muchas mujeres hemos sido resistentes sin participar en una propuesta política de género. Entonces, resistir es una experiencia cuando no se tienen recursos para otra cosa. Cuando no se pueden cambiar las cosas del todo, la resistencia es el inicio de un cambio. Tenemos que hacer la ética de la resistencia en cada mujer. Me resisto a ser golpeada, me resisto a ser lastimada, a asumir una carga más de trabajo, a hacer algo por otra persona, si antes no hice algo por mí. Ese conjunto de experiencias de resistencia es una base política muy sólida para cualquier transformación y puede provocar cambios cualitativos en la vida de las mujeres.

Otra experiencia política es la subversión de género. Arender a ser subversivas o potenciar las habilidades subversivas en los movimientos, las organizaciones y los procesos. La subversión implica salirse de los mandatos y emprender acciones para cambiar las cosas, modificar las relaciones, etc. Esta ha sido una experiencia política de muchos grupos sociales y muchos procesos políticos. Puede ser útil en un proceso inicial y siempre acaba siendo una inversión. Se subvierten las normas, pero como se sigue pensando tradicionalmente solamente se invierten, entonces la más subversiva acaba colocada haciendo exactamente lo contrario, o haciendo lo que no quería.

La subversión es binaria, corresponde con el pensamiento en que si no es azul, es rojo; si no es bueno, es malo; si dices que no haga esto, hago lo contrario. Podemos prever los resultados de la subversión porque sus códigos están en el mismo orden político. Es la política de la contrariedad antagónica. Por ejemplo, para hablar de procesos, la subversión es típica de personas adolescentes, de mujeres y hombres adolescentes que si se les dice que tienen que estar a las nueve de la noche en su casa porque es peligroso que estén en la calle, entonces llegan a la nueve y diez, para no estar a las nueve. Aquí el tema es solo brincar la tranca, oponerse a la norma y hacer algo contrario. La subversión también puede conducir a acciones temerarias, dañinas y peligrosas en algunas mujeres. Si se trata de vivir en estricta castidad, fidelidad, monogamia y por brincarte la tranca decides que necesitas romper la castidad, entonces lo temerario es que no importa con quién, no importa cómo, no importa el riesgo, no importa si la otra persona vale la pena, no importa nada. A lo mejor te consigues un embarazo o una enfermedad infecciosa o alguna cosa, pero hubo una subversión de la norma de la fidelidad, de la castidad o de la monogamia.

Muchas mujeres adolescentes subvirtiendo las normas de monogamia, castidad y todas las prohibiciones sexuales de la edad, más un poco de calenturas propias de la edad, subvierten la norma. A causa de eso en mi país tenemos 500 mil embarazos adolescentes cada año, con instituciones nacionales de salud que cubren todo el territorio nacional, con programas de prevención del embarazo adolescente desde hace 10 años. En parte ése es el oprobio de las normas, de la prohibición. También es en parte una necesidad justiciera, pero no hay cuidado de la persona, de la trascendencia que el hecho puede tener en su vida, eso es lo subversivo. La subversión siempre tiene como techo ideológico el paraíso, visiones fantásticas idealizadas. En el caso del embarazo adolescente, es el recurso de ser transportada al paraíso en un instante, sin escalas; en otros casos, las cuentas son mucho más complicadas.

Necesitamos eliminar la s ubversión como recurso de la experiencia política de las mujeres porque está basada en una concepción falsa de las cosas, porque pone en riesgo a las personas, a sus

mov

mientos y porque es una falsa promesa. Como lideresas comprometidas no podemos

prometer el cielo a nadie. No podemos seguirle diciendo a nadie que si se esfuerza va a conseguir maravillas, no podemos hacer liderazgos mentirosos o idealistas. Tenemos que desarrollar cada vez más un principio realista, que esté cercano a la experiencia, que sea posible. Después no sabemos, no podemos decir lo que va a pasar. A veces, a mí me preguntan cuándo se va a acabar la opresión de género. Eso no lo sé. Puede ser que ni se acabe. Es duro pero no creo en ese fatalismo de felicidad y paraíso. Para nosotras las cosas están muy difíciles pero es posible avanzar uno, dos y tres pasos, y si coinciden una serie de factores eso nos puede conducir a conseguir algunas cosas.

Nuestra propuesta política es una propuesta real. Las utopías feministas tienen que ser tópicas. Tienen que aterrizarse cada día, no son para el milenio que viene, son para hoy. La rebeldía también es parte de la subversión y es la capacidad de rebelarse ante un orden injusto. Tiene que

ver mucho con la ética porque tiene detrás un anhelo de justicia. Me parece que no es necesario explicarlo mucho pero es muy importante que fomentemos y desarrollemos la capacidad de rebeldía de las mujeres o potenciar la que ya traemos; las mujeres nos hemos rebelado a muchas cosas y nos rebelaremos a muchas más con pies de plomo.

Finalmente, un proceso político más complejo es el de ser transgresoras. En la transgresión ya no se está dentro del orden establecido sino en otro paradigma, en otra propuesta, en una alternativa diferente. Para ser transgresoras debemos tener una visión filosófica compleja, una visión analítica

de presente, tener una ética, y estrategias políticas claras.
La transgresión es una experiencia compleja en la política. No es que somos transgresoras porque nos oponemos a algo. La transgres ión es una plataforma política y filosófica y solamente quien está en ella es transgresora. Sólo quien no está afiliada al orden entonces puede ser transgresora. Muchas mujeres no son transgresoras aun queriendo mejorar las condiciones de vida de las mujeres y se dan de topes todos los días porque tienen una visión del mundo que no corresponde con su anhelo de cambio. Para ser transgresoras necesitamos tener una visión del mundo que corresponda con esos cambios que queremos.
Desarrollar liderazgos justos y eficientes
Otra característica de los liderazgos nuestros es la ética de la justicia. La mayor parte de las mujeres nos movilizamos porque tenemos necesidades urgentes. Henrietta Moore las ha llamado necesidades básicas. Pero las mujeres no solamente tenemos necesidades básicas que en muchas ocasiones también son de la comunidad o de otras personas; las mujeres también tenemos anhelos de justicia muy grandes, y la gran pregunta es: ¿Por qué el mundo es injusto? ¿Por qué me pasan estas cosas?. Detrás de esas preguntas sin repuesta, muchas veces se encuentra un profundo anhelo de justicia; entonces, los nuevos liderazgos de la mujeres necesitan tener una definición justa, necesitan ser prácticamente justos. No se valen los liderazgos injustos entre nosotras. Resolver en cada acción práctica algún anhelo de justicia es otra clave política importante. Cada acción práctica necesita ser el vehículo para la solución de un nudo de injusticia vital en la experiencia personal de cada mujer, en la experiencia colectiva, o en la experiencia social de los liderazgos.
Responder a los anhelos de justicia implica saber qué significa lo justo, qué es lo justo y qué es lo injusto. Muchas mujeres creemos todavía que lo justo es el punto medio, Influidas por la lógica aristotélica y porque tenemos una visión idealizada de las cosas, todavía creemos que lo justo es lo armónico, lo equilibrado. Necesitamos saber que lo justo es aquello que elimina la opresión. Luego, otra clave es el trato justo a las mujeres con todo lo que ya mencionamos. Un trato no discriminatorio, de respeto y que apoye la dignidad de las mujeres, de la lideresa, de los grupos o de las organizaciones.
Por otra parte, nuestros liderazgos tienen que ser eficientes en el sentido moderno del término. Las mujeres buscamos solución a muchas cosas y algunas veces nos comprometemos en procesos que acaban defraudándonos, que no resuelven o no proponen cosas adecuadas para lo que necesitamos. Entonces, tenemos que ser muy eficientes y profesionales en lo que hacemos. El profesionalismo, la eficiencia, el cumplimiento y la adecuación son características de los liderazgos individuales o colectivos. Las organizaciones y las instituciones gubernamentales necesitan ser eficientes en lo que se proponen hacer para las mujeres. Las más eficientes de todas necesitan ser las que trabajan directamente con las mujeres. Todas las que estamos en distintos espacios tenemos un compromiso ético de eficiencia en el desempeño, y no se vale decir

siempre que no se pudo, que no había, que faltó. Lo que se vale para que haya eficiencia es asumir solamente las responsabilidades para las que podemos hacernos cargo.
En los liderazgos hay que tener tiempo para atender con calidad a las personas, de la misma forma como cuando vamos a un servicio de salud y queremos una atención confiable, profesional y de buena calidad. En el caso de los liderazgos de las mujeres también queremos una alta calidad en la atención. Esto es algo que se descuida mucho y no se toma en cuenta, pero cuando se hace los liderazgos femeninos llegan a tener un gran arraigo social. La gente siente que le hacen caso, la atienden, la escuchan. Los liderazgos también son terapéuticos, a veces lo que las personas necesitan es ser escuchadas, y si las que lideramos no lo hacemos, estaríamos totalmente incomunicadas con las personas.
Los liderazgos también deben tener capacidad para la observación. Tomar en cuenta todos los detalles de lo que pasa, lo que está en el ambiente y no se dice, interpretando permanentemente lo que ocurre aunque las personas no lo digan. También deben tener una gran capacidad analítica, saber analizar para proponernos por lo menos hipótesis, a lo mejor no sabemos qué va a pasar pero podemos adelantar dos o tres opciones posibles. En política de planificación eso se llama hacer prospectiva. Y los liderazgos tienen que hacer prospectiva. Todas las acciones tienen que verse como continuación en el futuro y saber qué puede pasar en una hipótesis, porque si no, tendremos liderazgos temerarios que no consideran como va a impactar eso. Así que debemos tener visión de impacto, de futuro y cómo se mueven las otras fuerzas con las que estamos interactuando. En otras palabras, las lideresas debemos tener capacidad de análisis político no solamente en la problemática específica sino en el cuadro político en el que nos movemos.
Desarrollar liderazgos incluyentes y convocantes
Como parte del análisis político también es importante tener la capacidad de sumar, tener liderazgos incluyentes y de ampliación. No queremos lideres as excluyentes que van a restar hasta quedarse solas. Por eso es importante que desarrollemos una conciencia y una sintonía muy grandes, y eso solamente lo podemos hacer si tenemos una ética política de convergencia. Debemos buscar a las personas con quienes coincidimos para hacer convergencias políticas, ya no se trata de tener simplemente sintonía de género sino también con otros intereses, fuerzas e instituciones que no necesariamente están abocados a hacer avanzar a las mujeres, que tienen otras agendas políticas, pero con quienes podemos encontrar puntos de confluencia. Lo mismo puedo decir para los movimientos de mujeres. Debemos buscar la convergencia entre organizaciones, grupos y corrientes diversas porque hay puntos posibles de convergencia.
A veces en los procesos políticos no hacemos convergencia para afirmarnos, nos distanciamos, nos separamos y cada quien va por su cuenta. Necesitamos incluir como parte de nuestra ética política la búsqueda constante de la convergencia entre mujeres de movimientos, organizaciones, personalidades, grupos e instituciones. Una voluntad renovada cada día para ampliar la convergencia, la forma en que sumamos y convocamos. Esa es otra cualidad de los liderazgos que queremos.
La capacidad de convocatoria implica estar muy conscientes de las susceptibilidades porque no podemos convocar sustituyendo liderazgos o colocándonos en una jerarquía de superioridad del resto de las organizaciones o de las mujeres. Tenemos que aprender a convocar democráticamente porque si no, nuestros liderazgos son aplastantes. Por eso los dos principios más importantes de la convocatoria son: la capacidad incluyente y la búsqueda de la horizontalidad en los liderazgos donde confluyen fuerzas y organizaciones. Tenemos que

aprender a pensar desjerarquizando la estructura política de cualquier cosa que creemos, sea un movimiento, un frente, un colectivo, lo que sea; necesitamos pensar de manera horizontal porque para hacer convergencia tenemos que hacer paridades; tenemos que considerar la paridad entre organizaciones semejantes o entre personalidades semejantes como un recurso político. Con eso podemos evitar muchos conflictos de convocatoria y de participación entre nosotras. Sé que cuesta trabajo pero tenemos que pensarlo. Las veces que lo hemos hecho logramos también grandes y muy amplias convergencias.

Practicar una ética de convivencia

Otro elemento para los liderazgos es la tolerancia. Espero que algún día ya no pretendamos ser tolerantes pues es un principio ético de comportamiento entre personas, grupos o corrientes sectarias. En una situación de esa naturaleza no es lo óptimo, es lo posible. Llamamos tolerancia al principio de acercamiento entre quienes tienen hostilidad, entre quienes se descalifican. También es un proceso de ir aprendiendo a compartir y eliminar la hostilidad que nos produce la discrepancia. La tolerancia es un ejercicio de respeto y para las lideresas políticas implica aprender a respetar las diferencias políticas e ideológicas y buscar aún ahí la posibilidad de convergencia. La tolerancia no significa que nos aguantemos. Es la búsqueda de procesos comunes, aspectos compartidos entre quienes tienen situaciones sectarias.

Algún día, cuando tengamos una cultura democrática en realidad, ya no convocaremos a la tolerancia, habremos pasado a otro nivel compartiendo de otra manera las discrepancias. Mientras tanto, es cómo amarrarnos las manos y buscar la convergencia en la discrepancia. Entonces, la clave de la tolerancia es aprender a no ser hostiles con las diferentes posiciones políticas. Otra cosa es discrepar y no estar de acuerdo, y decirlo con firmeza, pero la tolerancia es un principio de acercamiento en la búsqueda de alternativas. Inclusión, horizontalidad y tolerancia para construir la convergencia, para la búsqueda de los mínimos y no de los máximos.

Un punto clave y positivo de los liderazgos es el reconocimiento de la diversidad. Este es un valor que ha costado muchos muertos, mucha sangre, muchos procesos y que sigue costando, pero que se ha ido abriendo paso en la cultura política contemporánea no sólo de las mujeres sino de pueblos y grupos diferentes.

El principio político de la diversidad consiste en valorar positivamente las diferencias como una ética de convivencia humana y ya se encuentra en la filosofía de los derechos humanos de la quinta generación. Eso quiere decir que quienes están comprometidas con la causa de las mujeres podemos encontrar un punto de coincidencia sobre este valor en personas que promueven los derechos humanos. En la actualidad por ejemplo, entre los pueblos indígenas politizados podemos encontrar la reivindicación de este valor político que ellos plantean incluso, como el derecho a la diversidad, también entre las personas homosexuales que reivindican su derecho a la diversidad sexual y en minorías políticas que reivindican sus derechos a una presencia política abierta. Es decir, bajo el principio de la diversidad las mujeres tenemos muchos interlocutores e interlocutoras.

Tratar de sintonizar a partir del principio de la diversidad es una clave política en la participación política abierta de las mujeres. Hay muchos y muchas aliadas con los que podemos realizar acciones, plataformas, agendas y avanzar conjuntamente. Pero entre nosotras el principio que debemos buscar es el valor positivo de la diversidad, no como lastre o como carga que todavía pesa mucho. Por ejemplo algunas que piensan que no tienen nada que hacer en una reunión de mujeres jóvenes, o de mujeres campesinas, porque ahí tienen otros intereses y otros valores; sin

embargo podrían aprender mucho. Necesitamos reconocer la diversidad y aprender de ella, incluirla como parte del caudal y el capital político de las mujeres.

Ahora me quiero colocar en los movimientos sociales de las mujeres porque son espacios en los que toda la problemática que he mencionado se expresa de manera conflictiva. Está colocada ahí como conflicto que nos impide avanzar, como una batalla interna. Si entre nosotras no desarrollamos los principios de la diversidad, la tolerancia, el encuentro, la sintonía y el consenso mínimo, no podremos avanzar; y aquí quiero llamar la atención sobre un problema importante: en la actualidad actuamos en un terreno político que empieza a responder con agresividad al avance de las mujeres, en realidad siempre lo ha hecho, pero ahora ocurre de manera incrementada.

Por ejemplo, muchas personas que antes no sabían de qué se trataba la perspectiva de género, hoy lo saben y tienen discursos para oponerse a ella. Algunas personas que no están de acuerdo incluso la asumen, trabajan en ella y se vuelven expertas. Otras personas desde posiciones muy conservadoras atacan con argumentos actualizados a las mujeres, a los movimientos, a las causas y a las agendas. Por eso en el análisis político es necesario hacer un diagnóstico de esta situación. Ya no podemos darnos el lujo de discrepar hostilmente entre nosotras porque estamos siendo atacadas violentamente y somos objeto de una crítica social misógina muy fuerte.

Entonces, necesitamos construir un frente común para reivindicar la legitimidad de la causa de las mujeres y no hacer gala de hostilidad entre nosotras.

Hacer pactos políticos y éticos en el movimiento

Necesitamos también un nuevo pacto de participación política entre las mujeres. Es otra clave de los liderazgos contemporáneos. Yo diría que podemos empezar a hacer llamados de pacto entre nosotras aprovechando el calendario y las fiestas de fin de año. Hacer muchos pactos políticos, por ejemplo, para que cada vez tengamos más mujeres en los movimientos sociales, para incrementar la fuerza numérica de los movimientos sociales, para sostener las organizaciones existentes, para que no se acaben los proyectos con perspectiva de género, para defenderlos con las uñas, para incrementar los recursos económicos destinados a la causa de las mujeres, para luchar porque en los próximos 20 años se destinen tantos millones de dólares a la causa de las mujeres en nuestro países. Es decir, tenemos que hacer un pacto concreto, planificado, político, económico, social y ético entre nosotras para dar un impulso distinto a la causa de las mujeres.

Con esto quiero decir que no podemos suponer actos implícitos entre nosotras, que estamos juntas porque somos parte de algo, sino que tenemos que pactar cómo estamos ahí.

He procurado abordar al menos en parte, varios cuestionamientos que me formularon las compañeras al invitarme para estar con ustedes y seguramente tienen que ver con la situación que viven y que desconozco. Tengo preguntas abstractas pero refieren a cosas concretas. Ustedes le ponen sangre, sudor y lágrimas. Una pregunta se refiere a cómo es posible conjugar los intereses particulares con los intereses comunes, que es muy conflictivo y contradictorio poder

hacer esa conjugación entre los intereses de un pequeño grupo y los de un movimiento, entre unas personas y otras personas en el movimiento de mujeres.
Pienso que conjugar los intereses particulares con los comunes es algo posible y tiene que ver con la ética. Cuando los intereses particulares forman parte de los intereses comunes no están fuera de la convergencia y las agendas políticas, pueden ser reconocidos como intereses que benefician a la colectividad, sea cual sea. El problema ocurre cuando se presentan como intereses colectivos otros intereses que en realidad no corresponden a esa colectividad, entonces se produce una contradicción grave. En la política sucede permanentemente porque hacer política

produce capital político. En los liderazgos de mujeres, al actuar, participar y proponer estamos haciendo política porque intervenimos en las relaciones de poder. Hacer eso genera empoderamiento, un plus de poder, y quienes participan en la política se benefician personalmente de la política. Eso no está mal, el problema es que en las mujeres hay una crítica doble al tema que viene por el lado de la crítica a los políticos tradicionales que se han beneficiado ellos sin beneficiar a las mayorías, o que se han beneficiado y además han aprovechado para abusar y hacer muchas cosas más. Parece que las mujeres estamos celosas de que nos sucedan este tipo de cosas pero a veces omitimos el hecho de que cualquier acción política empodera a quien la emprende o puede desempoderar a tal grado de producirle a alguien la cárcel, alguna situación desventajosa, o daño hasta la muerte.
La política es un espacio de poder que se pierde o se gana, pero actuar en política y avanzar empodera siempre a quien lo hace. La política puede ser un recurso de empoderamiento para las mujeres. Pero al mismo tiempo que queremos, no aceptamos que otras mujeres tengan poderes. Muchas mujeres se sienten celosas del poder que tienen otras, de su presencia; y eso ocurre en algunos movimientos sociales o políticos cuando las mujeres han sido sus fundadoras abriendo brecha en condiciones muy duras, empoderándose y adquiriendo estatus y prestigio político. Han adquirido reconocimiento en la voz. Tienen voz reconocida y a lo mejor han sido o son interlocutoras. Todos estos hechos forman su capital político, se suman para darles más poder.
Muchas mujeres pioneras en la política y en el movimiento de mujeres han actuado en espacios muy reducidos y cualquiera que ha estado en cautiverio convierte la prisión en su espacio. Por eso la medida mínima se vuelve la máxima. Y no es que se trate de mala voluntad, es que los espacios políticos para las mujeres son restringidos porque casi todos son masculinos o son patriarcales. Entonces, si volvemos a lo que hablamos ayer sobre la competencia tradicional de las mujeres y la lucha por pequeños espacios entenderemos que cuando se crea un espacio de emancipación las que lo fundan sienten que es su territorio, y en el movimiento de mujeres algunas no hemos alcanzado a aceptar esa relación de las fundadoras con el espacio.
Para desarticular ese conflicto es importante reconocerles positivamente su titularidad, el esfuerzo que han hecho y su contribución, aunque no estemos de acuerdo con cosas que hagan. Lo que importa es lo que hicieron y darles el reconocimiento como titulares puede disminuir su temor a perderlo. Por eso insistiré que los pactos entre las mujeres tienen que ser públicos y explícitos para que dejemos de pelear por cosas implícitas. Si finalmente las reconocemos como las titulares, las fundadoras y su legitimidad no están en peligro.

Promover el mentorazgo

Necesitamos impulsar algo que en el campo de la empresa se llama mentoring, que es la tutoría. En las empresas, que son espacios competitivos, de rivalidades y de vida o muerte, la transmisión del conocimiento se hace a través de varios mecanismos. Uno de ellos el mentoring. En la práctica se trata de que ciertas personas se vuelven tutoras de otras por lo menos en una parte del proceso transmitiéndoles sus experiencias y habilidades, y al hacerlo, les abren el espacio en vez de pelearse entre sí. Esto ha generado muchos avances interesantes en el campo de la empresa de las mujeres y hoy es una de las metodologías estratégicas para fomentar el desarrollo económico de las empresarias que se asocian para lograr un esfuerzo económico, mujeres que hacen micro o mediana empresa. Resulta que en el mercado hay rivalidades tan grandes que las mujeres pelean por sus lugares y no pueden permitir que haya otra junto. Mientras tanto, los créditos se abren solamente para cuatro empresarias y los reconocimientos en el mundo

empresarial son para dos. Eso quiere decir que los espacios son compartidos y las mujeres tienen que aprender a compartirlos.
En la política, donde tenemos una mayor tradición de participación, necesitamos otras fórmulas de participación política. He mencionado muchos aspectos pero ahora se agrega que establezcamos entre nosotras una especie de mentoring entre fundadoras o antecesoras y contemporáneas. Podríamos convertirlo en un mecanismo de filiación política entre mujeres; que cada fundadora o lideresa reconocida tuviera junto a ella durante un tiempo a otra que está aprendiendo, ingresando al espacio, al movimiento, al grupo, y que necesita reconocerla, darle legitimidad y además, aprender de ella. Es un mecanismo doble de legitimar a la que ya estaba y de transmisión de experiencia de la que llega.
En muchos sitios estamos tratando de hacer el mentoring en la política entre las mujeres y ha dado resultados muy buenos. La semana pasada nos juntaron a cuarenta mujeres fundadoras del movimiento feminista, de la ola de los 60, y a cuarenta jóvenes recién ingresadas al movimiento. Hubo una encerrona de una semana para poder hacer un mentoring colectivo, un intercambio de puntos de vista, un relato de las experiencias no competitivo ni como rivalidad, sino al revés. Y ahí cada una de nosotras escogimos a otra para vivir un proceso de enseñanza-aprendizaje durante un año. Un año para estar juntas en lo posible, de convivir, de comentar, de transmitir experiencias directas y no en el espacio político donde nos jugamos el pellejo, sino en un espacio donde estamos juntas, leemos cosas, vamos al cine. En diciembre nos reuniremos para hacer un primer encuentro dialógico, luego en marzo y durante todo el año 2000. Me parece maravilloso, yo estoy muy entusiasmada y puede ser formidable entre otras cosas, para legitimarnos unas a otras, para aprender. ¡Se imaginan qué voy a ir a aprender con la joven que me tocó! Para mí es un privilegio y una dicha de la vida. No es mi alumna. Somos mujeres feministas tratando de aprender una de la otra. Una que empezó hace más años y otra que va recién llegando a ese espacio. Entonces, el mentoring es una tutoría válida, legítima. Ambas aprenden, comparten y ojalá, hacen una relación entrañable. Además otra cosa, no tiene que haber afinidad política,. Ese fue un requisito que pusimos para esta tutoría colectiva. Podemos ser mujeres de distintas opciones políticas y desde luego ya somos de edades, de generaciones diferentes.

Esto no es un invento, ha sido un proceso de organización de las mujeres jóvenes y nuestro. La convocatoria fue maravillosamente bien recibida y la idea es hacer esto en todo el país, en cada lugar del país. Queremos enseñarle al mundo que en el tránsito al 2000 tenemos una tradición de la que somos portadoras y nos hacemos cargo. Es una especie de ritual de relevo y simultaneidad porque no nos vamos a guardar. Aquí no hay jubilación más que cuando una quiera irse, pero que prenda la idea y como ahora tenemos redes, la onda es que si se hace en las capitales de los estados que también se haga en los pueblos, los municipios y los barrios. Queremos que se instale en la conciencia política de las mujeres como un mecanismo positivo de encuentro, de transmisión, de discusión y de aprendizaje en los espacios tradicionales. Van a decir que estoy importando ideas exóticas mexicanas pero son ideas que están en el movimiento feminista de todo el mundo. Se están haciendo en muchas partes del mundo.

Volviendo a la idea de los intereses particulares con los intereses comunes esto del mentoring o la tutoría puede funcionar para que estos intereses encuentren explicación y acogida. Pero hay otros puntos, como el de la identificación positiva. Para que los intereses particulares puedan ser intereses comunes tenemos que asumir y reconocer la causa de la diversidad de las mujeres y la diversidad de sus agendas políticas. La agenda política de las mujeres indígenas no es igual a la de las mujeres universitarias. Tienen algunos puntos en común, pero no son las mismas. La agenda política para las niñas es diferente que para las viejas. Mientras creamos que todas

tenemos la misma agenda política no podemos hacer de los intereses particulares intereses colectivos, comunes o compartidos, porque lo único que tenemos es un gran techo vacío de contenido. Necesitamos que cada quien despliegue su propia agenda. Entonces, la identificación positiva puede darse si reconocemos y desarrollamos agendas políticas específicas.

Aprender a poner límites

Insistiré todo el tiempo en que debemos reforzar la identificación positiva de género como un recurso político. No es una identificación nada más porque somos mujeres sino porque somos mujeres que aspiramos a todas las cosas que aspiramos. Y otro punto clave es aprender a poner límites en lo que llevamos a lo común. Muchas veces mezclamos asuntos privados con asuntos públicos reivindicando que para nosotras no hay una separación. Me parece que no la hay porque nosotras mismas sintetizamos todo el día y todo el tiempo una mezcla de lo público y lo privado, pero no debemos pretender que nuestros asuntos privados sean asuntos del común en los movimientos, las organizaciones y los espacios. Para eso tenemos que poner límites entre lo que es privado y lo que es político, porque hay quienes pretenden hacer pasar como asuntos comunes sus asuntos personales que no tienen mucho que ver con la causa. Además, debemos aprender a no mezclar los asuntos privados a la manera tradicional, superponiendo las reacciones de algunas mujeres, potenciando poderes inaccesibles y manejando a discreción reglas de poder no visibles, por ejemplo lo que se llaman liderazgos ocultos.

Existen varios tipos de liderazgo, formales e informales. Hay quienes tienen liderazgos reconocidos a los que llegan por mecanismo de voto o de elección; pero hay quien, mano por debajo, tiene un liderazgo más fuerte y lo está usando para entorpecer el desarrollo de otros liderazgos. Entonces, el interés privado de esa persona, ese grupo o esa institución está haciendo ruido y lastima la organización, el movimiento y el proces o.

Si hay una lideresa a la que eligen siempre porque es muy popular entre la tropa, a lo mejor tiene que retirarse un rato para que emerjan otros liderazgos pues su presencia es automática, siempre la van a elegir. A lo mejor se queja y dice que ya no quiere, que son las bases las que la apoyan, pero resulta que la ausencia puede ser necesaria para que surjan otros liderazgos, para que otras se atrevan a hablar, para que no le tengan miedo a ser comparadas ni siquiera con aquella emblemática.

Quienes acumulan mucho poder necesitan distribuirlo o hacerse a un lado para que emerjan los liderazgos. Una ley del espacio es que no cabemos dos personas en un mismo espacio. Nuestro drama es que tenemos espacios muy reducidos; por eso, aprender a retirarse en ciertos momentos ayuda a descargar trabajo y sobre esfuerzo. Ayuda también a que otras personas ocupen el espacio y se desarrollen. Estoy convencida que debemos aprender a hacerlo. Si no, nos volvemos cacicas, y hay cacicazgos de mujeres imperdonables. Nosotras no queremos ese tipo de poderes. Una cosa es que reconozcamos a nuestras lideresas toda la vida y que permitan que otras las reemplacen y las sustituyan y otra cosa es que hay personas con una culpabilidad enorme que creen que se tienen que quitar del espacio que construyeron. No, eso es suyo. Tenemos que discernir cuál es nuestro espacio personal y cuál el espacio en el que deben haber relevos.

Con anterioridad planteé también el tema del abuso. Para que los intereses particulares no se monten sobre los intereses comunes debemos de procurar formas equitativas en la relación entre nosotras. El principio de equidad no es externo sino interno. Debe haber equidad como principio político y ético de relación entre nosotras las mujeres.

Otra clave es no usar derechos de cercanía sino derechos de ciudadanía. Por ejemplo, a veces en los liderazgos se favorece a alguna amiga. Eso es usar derechos de cercanía, amiguismo, madrinazgo o nepotismo. Una cosa es que necesitamos apoyarnos solidariamente unas a las otras y otra muy distinta, usar la cercanía en sustitución de la ciudadanía. Necesitamos hacer relaciones ciudadanas entre nosotras donde quiera que estemos, con reglas, normas, responsabilidades, deberes, derechos y objetivos. La clave consiste en dejar de manejarnos con confianzas intimas, y aunque las tengamos, es muy importante poner reglas claras, lúcidas, transparentes y públicas para no sobrecargar la relación política entre las mujeres.

Para que los asuntos particulares sean comunes y para que lo aportado por cada liderazgo sea bienvenido es importante poner a favor de los intereses comunes la suma de relaciones que tenemos, la suma de poderes que tenemos. Las relaciones políticas son capital político y las mujeres necesitamos poner en juego nuestras relaciones políticas. Las que viven en un pueblo, con el cura del pueblo, con el director de la escuela. Todas las relaciones políticas personales pueden formar parte de un bagaje político colectivo, siempre y cuando se usen sin desmedro de la persona.

Distribuir con equidad recursos y poderes

Algo que no siempre se da en los liderazgos es la distribución equitativa de los recursos de la organización, del movimiento, de la cooperativa, de la empresa. En eso debemos ser

extremadamente cuidadosas. Debemos procurar que la distribución de los recursos y de las oportunidades sea equitativa. En la agenda política y pública de las mujeres está la creación de oportunidades, por lo tanto la agenda interna entre nosotras debe ser equitativa en la distribución de oportunidades. A veces resulta que sólo algunas son las que tienen ciertas oportunidades y otras no, que solamente algunas son las que viajan y las otras se quedan, unas son la que toman cursos y otras no. Todos esos recursos de que disponen los procesos que impulsamos las mujeres, tienen que ser digeridos y aprovechados individual y colectivamente con equidad. Esto podría ayudar a eliminar muchos resentimientos, muchos sentimientos de injusticia y desigualdad profundos entre las mujeres. También necesitamos distribuir equitativamente los poderes.

Para que los liderazgos particulares puedan ser comunes se debe asumir que existen liderazgos simbólicos que pueden permanecer, pero que en ellos solamente podemos aspirar a una permanencia simbólica, es decir, permanecer en la conciencia y en el recuerdo. Podemos ser lideresas por nuestra autoridad pero no necesariamente ocupar posiciones políticas del liderazgo. En cambio las posiciones políticas de liderazgo necesitan ser limitadas en el tiempo y no permanecer. Existe una diferencia entre ejercer un liderazgo simbólico y ejercer un liderazgo práctico. En estos últimos tenemos que ser rotativas, alternativas, circular el espacio del liderazgo, eso no quiere decir de ninguna forma que perdamos connotaciones de autoridad, consecuencia o confianza.

Ahora bien, actualmente los liderazgos necesitan ser cada vez más especializados porque no podemos ser todólogas . Frecuentemente ocurre que las mujeres estamos en la red de violencia, en la de salud, en la de derechos humanos, en la de defensa de las lenguas indígenas, en la de defensa de los murciélagos que están en extinción en Centroamérica, en todas las redes, y además somos la encargada de no sé que en un partido político y en una ONG. Ahí lo que está pasando en realidad es una superposición de liderazgos, lo cual implica un sobre trabajo y una sobrecarga de vida.

85

Eso es parte de la llamada sobremodernidad, que es un estado de vida de algunas personas modernas que viven en exceso. Es otra categoría del antropólogo Marc Augé. El dice que en la modernidad hay un abuso social sobre ciertas personas, y además hay un sobre empoderamiento de algunas personas. Si aplico el concepto de sobremodernidad al de género, diré que todas las mujeres que realizan doble jornada viven en la sobremodernidad. Viven extensivamente e intensivamente el tiempo.

Hay un sobre uso del tiempo porque se hacen actividades simultaneas: estás con el teléfono por acá, con el apunte por allá, y también consolando a alguien que se acaba de caer; o allá estás haciendo un informe, cargando un bebé y contestando un teléfono de emergencia porque el Mitch y pasó algo. Así es el asunto de las sobremodernas, sobre uso del tiempo; nosotras somos artistas en hacer cinco cosas a la vez, incluso es un desarrollo de capacidades intelectuales enormes. Si ustedes se fijan, cuando algunos señores están hablando y les pasan un papel, se callan porque no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo, se equivocan. Nosotras, por la carga terrible que llevamos siempre, hemos aprendido a hacer sobre trabajo, sobre uso del tiempo, sobre uso del cuerpo. Algunas compañeras o nosotras mismas hemos vivido o vivimos procesos en los que se superpone trabajo y también liderazgos. Entonces, necesitamos reconocer que eso nos daña, que ahora ya no somos tan pocas sino muchas, que queremos ser más pero no podemos si convocamos a un espacio que está ocupado. Necesitamos dejar de acumular liderazgos. Podríamos hacer una fiesta de año nuevo y decir con qué liderazgo me quedo, y elijo uno.

Liderazgos mínimos y habilidad de negociación

Entonces la clave es, liderazgos mínimos, especialización, profundidad en el trabajo y no trabajo extensivo, agobiante y enloquecedor como si anduvieras cargando una lápida. Las lideresas traemos cargando a todo el mundo a la causa de las mujeres. No, lo correcto es una responsabilidad o dos, un liderazgo… ¿Con cuál me quedo? Creo que así nos puede ir mejor.

La representatividad relativa al piso de participación es otro aspecto importante de los liderazgos. La relatividad en los liderazgos se relaciona con el espacio en que se participa y no con otro, muchas veces queremos trasladarnos a otros sitios y eso no ayuda.

¿Cómo se logra la construcción de sujetos particulares y al mismo tiempo de sujetos sociales?. Ese es un tema que he tratado todo el tiempo. Los sujetos sociales somos los grupos o categorías de la sociedad, por ejemplo, las mujeres; en otro nivel de análisis las colonas de una ciudad o un grupo de ciudadanas también pueden ser sujetos sociales. Simplemente reiteraré con esta pregunta que se trata de reconocer las características específicas para que emerjan los sujetos particulares y al mismo tiempo las características de semejanza para que podamos construir los sujetos sociales colectivos.

Tenemos que movernos todo el tiempo en tres dimensiones como sujetas: primero, la semejanza, hacer conciencia de la semejanza y hacer de ella un motor de la convergencia; segundo, reconocer las diferencias como diversidad, como bien común, y tercero, la especificidad, en este nivel diré que cada una de nosotras es única, eso es lo más específico. Tenemos que reconocer la especificidad, la personalidad de cada una, su unicidad. Es una única. Si aprendemos a relacionarnos así, aceptaremos que haya otras, reconoceremos a las demás, podremos convivir, compartir, pertenecer. Entonces, las claves son semejanza, diversidad y especificidad.

86

Siempre sobre el tema de los sujetos particulares y sociales; otra clave consiste en desarrollar la habilidad política de la negociación. Hay múltiples negociaciones, una de ellas es la que se da entre pares, otra la que se da entre dispares. Para negociar entre nosotras tenemos que establecer reglas porque estamos entre pares, pero cuando estamos en disparidad con otras compañeras las reglas deben ser democráticas.

Clara Coria, una gran psicóloga y feminista argentina, ha desarrollado una teoría a partir de investigaciones sobre negociaciones entre las mujeres y con los hombres. Les recomiendo leer su libro “Las negociaciones nuestras de cada día”. En ese libro ella da una clave importante: que las mujeres como nosotras, las modernas, estamos sujetas a negociaciones muy importantes pero no sabemos negociar porque creemos que estamos en igualdad y suponemos que negociamos con pares cuando no es cierto. Eso nos pasa en las parejas, las familias, los partidos, los grupos. En todos lados, colocamos como pares a quienes no lo son; tienen mayor jerarquía o menor jerarquía que nosotras, tienen recursos o posibilidades. Entonces, el primer paso es colocar a cada quien

en su lugar. Saber si estamos o no en igualdad y no suponerlo porque la realidad está jerarquizada para arriba o para abajo. Debemos entender qué posicionamiento de poder tenemos con los demás.

Coria dice que uno de los errores cometidos con frecuencia por las mujeres después de suponer que negociamos en paridad, es dar espacios para que la otra persona, el otro grupo, la otra institución, la otra agencia, decida. Nos comemos un paso de la negociación y, suponiendo que negociamos, le damos la voz a la otra parte para que nos diga cómo, porque hemos sido educadas en la cortesía de permitirle hablar primero a la otra persona. En realidad es por opresión, porque hemos sido colocadas en posición de no decidir y esto lo acompañamos muchas veces de ciertas formas de trato para que la otra persona nos diga lo que quiere. Y ocurre que cuando nos dice lo que quiere, no estamos de acuerdo, nos enojamos, ponemos resistencia, somos rebeldes, subversivas o furibundas; las más suavecitas, buenas y sedosas, al contrario, dicen “cómo tú quieras” o “lo que usted diga”. Entonces la clave de Clara Coria es que para poder negociar las mujeres tenemos que aprender primero a hacer una negociación interna, no comerse ese paso y tomar una decisión antes de llegar a ese encuentro. Antes de abrir la boca, sin preguntarles su opinión a los que están negociando, se hace un análisis y una toma la decisión. Esa es la ética de la libertad. Cuando yo, con todo el susto del mundo o sin él, tomo una decisión unilateral, decido lo que voy a hacer.

El segundo paso, una vez que negocié internamente conmigo misma, que decidí desde una ética de la preservación de mi persona, de mi cuidado, de mi organización, de mi movimiento, de mi causa, o del mundo entero; entonces, puedo colocar mi decisión como punto de partida dialógico, sólo como punto de partida dialógico. La decisión que pude tomar no es la última, porque entonces no estaría negociando, la pongo como base de la negociación, pero no me presento sin discurso, sin palabra. He tomado una decisión que podemos discutir y debemos preguntarle a la otra parte cuál es su decisión.

Tenemos que aprender a preguntarle a la gente de la misma forma en que nos preguntamos a nosotras mismas. Sin temor y sin prepotencia, las que están jerarquizadas arriba, y las que están jerarquizadas abajo, sin humildad y subordinación. Hay que construir un piso simbólico de paridad para negociar. Te reconoces negociadora y reconoces a la otra parte en la misma condición. Esa es la paridad. Es un mutuo reconocimiento, cada uno le confiere al otro el rango, la legitimidad.

Y un tercer paso, es desarrollar asertividad para poder negociar. Una vez que se conocen ambas propuestas y hemos visto dónde es posible avanzar; eso es: esto quiero o esto me parece así.

También hay que aprender a ceder, pero después de este proceso y no antes, porque una negociación implica que las cosas no quedan idénticas. Es importante desarrollar la capacidad de negociación en las mujeres y para eso debemos desarrollar también nuestra autoestima. Tener recursos, inteligencia y aprender a discernir internamente qué queremos. Saber comunicarlo, no mandar dobles mensajes, no ser ambiguas, sino muy claras con el lenguaje. Aprender a decir esto es lo que quiero.

Desarrollar capacidad política seductora, autonomía y pertenencia

Respetar las diferencias y desarrollar la capacidad política seductora son dos capacidades que igualmente debemos aprender. La seducción es fundamental para ejercer cualquier tipo de liderazgo y consiste en conducir al otro o la otra por el camino que yo quiero, las seductoras lo saben perfectamente. Es un arte de los liderazgos. En los liderazgos antidemocráticos, los grandes líderes han hecho un carisma de la seducción para conducir sin que la gente se dé cuenta a dónde, cómo, cuándo, para qué. Los liderazgos nuestros deben usar capacidades seductoras con conciencia, capacidad, honestidad y transparencia. Deben convocar con conocimiento de causa y mucho respeto a las personas, pero sin seducción no hay posibilidad de liderazgo.

Otro aspecto fundamental es el desarrollo de la autonomía personal. Sin autonomía personal los liderazgos estarán al garete de lo que quieran las organizaciones, lo que las personas obliguen, o lo que las circunstancias impongan. Hay algunas claves de comportamiento que son parte de la autonomía: no ser invasoras, no acaudillar, no pedir intromisión, no pedirle a otras personas que se entrometan en nuestros asuntos y tener juicios, opiniones, y propuestas políticas propias.

Otra clave que se relaciona con todas las demás es desarrollar la conciencia y los derechos de pertenencia, ya sea para los movimientos sociales, las instituciones o las organizaciones. Muchas veces excluimos a otras mujeres porque no llegaron hace 50 años al espacio, porque no son legítimas, porque no son fundadoras, porque son las recién llegadas, o porque no saben.

Tenemos que hacer procesos de pertenencia. ¿Cómo se pertenece a un espacio?, ¿Quiénes lo forman?, ¿Cómo se entra a ese espacio? La cultura masculina ha creado fórmulas de selección, mecanismos de elección, rituales, fiestas y mitologías para poder recibir a alguien en un espacio. Las mujeres no tenemos límites. Aceptamos en espacios a personas que no concuerdan con nosotras y luego sufrimos porque no podemos convencerlas. Las aceptamos sin que estén de acuerdo en espacios que son de voluntad. Hay otros espacios de trabajo donde tenemos que aprender a convivir de manera armónica con personas que piensan diferente, pero en los espacios políticos que son construidos para una voluntad necesitamos crear mecanismos de pertenencia y además reconocer la pertenencia de las personas.

Reconocer la autoridad es un aspecto que nos cuesta mucho por la rivalidad de género, por la enemistad de género y también porque en la cultura patriarcal aún no es legítimo que las mujeres tengamos autoridad. En los espacios políticos nosotras tenemos que construir la autoridad de las mujeres. Esta es una clave de Luisa Muraro, una feminista italiana muy importante, ella plantea que las mujeres tenemos que construir autoridad y dejar de temerle. Sin embargo, aquí hay que considerar dos aspectos: no confundir la autoridad con autoritarismo, con ser autoritarias, y no pretender la autoridad autoritariamente, sino por méritos, autoridad meritoria. Cada reconocimiento de méritos produce autoridad y ésta consiste en el reconocimiento de ciertas habilidades y cualidades específicas de la persona, ciertos saberes y destrezas. A la persona o a un grupo les reconocemos su autoridad sobre una materia, para resolver un conflicto, para crear alternativas, para aclarar dudas.

Reconocer la autoridad meritoria y autorizarnos

Ese es el sentido de la política entre las mujeres. Necesitamos crear mayor autoridad en las mujeres y entre las mujeres. Es un doble movimiento. Eso quiere decir que permanentemente

tenemos que reconocer la autoridad de otras mujeres en sus campos y en el nuestro. Y esa es una clave para eliminar la enemistad entre las mujeres sin sentirnos mal. Es una transformación de nuestra autoestima porque la autoestima patriarcal de las mujeres crece cada vez que otra decae. Tenemos que romper esa fórmula patriarcal y aprender a desarrollar nuestra autoestima cada vez que otra mujer es exitosa, que aprende algo, que logra objetivos o que desarrolla algo. Construir la autoridad de otras mujeres, y desde luego la propia, transforma mi autoestima. Quien construye su propia autoridad puede construir la autoridad de otras, pero para eso es necesario reconocer la propia autoridad. Esa es una tarea inmediata.

Una de las conciencias más importantes a desarrollar en las modernas es que somos creadoras de muchas cosas, muchas mujeres han sido creadora de instituciones, de proyectos, espacios, propuestas y eso no es conceptualizado como obra, entonces tenemos que hacer una lista. Para reconocer nuestra autoridad necesitamos saber qué sé, qué hago y qué he creado. Ese es un ejercicio que nos puede llenar de mucha alegría y fuerza, y darnos la sensación de que sí sabemos hacer cosas, de otra forma no podemos tener autoridad personal.

Vuelvo a Luisa Muraro para decir que otra clave es autorizarnos, que la autoridad sirva para algo, que pueda ser utilizada como un recurso político. Eso requiere que entre nosotras autoricemos a otras mujeres en lo que están haciendo, no solamente que las reconozcamos. Una mujer muy autorizada es Lili Caravantes, la representante de la OPS en Guatemala, es una de las mujeres a la que he visto construir su autoridad y lograr ser autorizada por mujeres de muy diversos lugares con una capacidad maravillosa, es médica odontóloga dedicada a la salud de las mujeres. Ustedes también conocen mujeres que han hecho autorización de su autoridad. Piensen en ellas y si son ustedes mismas, pónganse una palomita en grande, de color rojo. Pero ahora, como clave política de las mujeres es importante permear con autorización lo que hacemos, autorizarnos. Repito, tenemos que autorizar no sólo nuestras agendas sino nuestras acciones políticas, valorizarlas y rodearlas de prestigio.

Compartir un prontuario ético

Finalmente, quiero hacer un prontuario, una especie de estuche ético mínimo de las mujeres para que lo compartamos; con ello sintetizaría la reflexión que he tratado de hacer sobre las claves feministas para la construcción de los liderazgos entrañables. No voy a repetir, pero lo voy a puntear. Para hacer liderazgos entrañables colectivos, personales, de procesos o de acciones concretas hay una serie de claves éticas, porque la ética define a la política. Esta, a su vez, tiene una serie de componentes y el primero de ellos es desarrollar la mismidad para promover y ampliar liderazgos entrañables.

· La mismidad

La mismidad viene de misma y se trata de desarrollar en cada mujer el yo misma. Vivir la vida no sólo desde las mujeres, sino desde yo misma. Implica también eliminar la regla de cortesía de la inferioridad y colocarnos como prioridad de nosotras mismas. Esa regla ética sería: yo soy mi prioridad. La mismidad es vivirme desde mí misma para mi desarrollo. Nosotras a veces utilizamos el término crecimiento, pero les propongo que más bien asumamos un concepto del paradigma del desarrollo humano, el concepto de desarrollo: vivo para mi desarrollo. El desarrollo es humano, no

se trata de crecimiento porque una puede crecer sin desarrollarse. Nuestra idea es el desarrollo personal con sentido de derechos humanos, con sentido de ciudadanía. Cuando ya existe, debemos defender la mismidad y cuando no, apoyar el desarrollo de la mismidad en cada mujer se convierte en nuestra principal tarea.

· La sororidad

El segundo aspecto es el desarrollo de la sororidad, que es una forma específica de solidaridad entre las mujeres ciudadanas. Tiene como centro eliminar la misoginia entre nosotras. De ahí que el pacto sórico es el pacto para eliminar la misoginia. No quiere decir que nos debemos querer mucho, que tenemos que estar de acuerdo, o que seamos amigas, quiere decir que tenemos un pacto entre mujeres diferentes que nos respetamos y reconocemos, que entre nosotras no hay misoginia. Las italianas a esto le llaman affidamento, en español decimos afidarse. Affidamento viene de la palabra fe, con fe, y con este término ellas han planteado construir una confianza fundamental entre las mujeres. Algo que es básico para participar, para poder plantear un programa, un proyecto. Necesitamos afidarnos y crear una mínima confianza y luego máxima. Es parte de la sororidad. Seamos solidarias porque confiamos, porque hay pruebas de confianza. La sororidad es un pacto de ciudadanas entre mujeres que reconocemos el derecho de las otras a existir con un conjunto de derechos de las humanas y que estamos juntas para construir las condiciones de vida que nos permitan vivir con esos derechos. Ese es nuestro fin político.

· La solidaridad

Hay tres claves más. Una de ellas es la solidaridad con los señores como un pacto con hombres dispuestos. Solidaridad, ésta es una palabra básica que siempre la pensamos como solidaridad entre los pueblos, con personas damnificadas, con otras personas; pero, en esta filosofía política feminista es un pacto para intercambiar recursos, bienes, y apoyarnos mutuamente en el desarrollo. Es parte del pacto entre las mujeres, pero también del piso ético en cualquier relación con los hombres. Es diferente de la perspectiva de género y la visión feminista, es a favor de hombres humanizados desde esta visión de las cosas. Entonces, el pacto solidario con los hombres es porque estamos a favor de desmontar oprobios en ellos y en nosotras, de intercambiar recursos, apoyos y sumarnos para hacer eso. Estoy convencida que si las mujeres modernas colocamos la solidaridad como un principio ético de relación con los hombres hasta podemos tener mejores amores. Con los hombres queremos una relación positiva de cooperación personal privada y pública. Este es un territorio estratégico, importante y vital para nosotras.

· La igualdad

La segunda clave es el centro más radical de la filosofía política feminista porque atiende a la desigualdad entre hombres y mujeres. Es la igualdad. En la construcción de un nuevo paradigma desde una perspectiva feminista la igualdad es el punto nodal. Desde hace siglos las feministas hemos luchado por la igualdad entre mujeres y hombres y viceversa. Algunas personas creen que cuando hablamos de igualdad pretendemos hacer las cosas que hacen los hombres, ocupar sus posiciones y ejercer sus poderes. No es así. Tal vez al final del siglo XX está más claro que en realidad nos proponemos construir una igualdad basada en las diferencias, y esa es la clave política de la igualdad para la cultura feminista. El principio de igualdad no es “volverse como” o asemejarse. Es la igualdad basada en el reconocimiento a la diversidad humana. Tampoco

pretendemos que los hombres se feminicen aunque algunas interpretaciones ideológicas del tema, por ejemplo en los movimientos de hombres o las masculinidades, plantean la idea de recuperar para los hombres su dimensión femenina. Pero no pueden recuperar algo que no
90
tienen. No es eso sino que tratamos que algunas formas de ser, algunos valores que encarnamos las mujeres o que encarnan los hombres se conviertan en universales. No es que los hombres se feminicen sino que asuman una ética de igualdad de las misma forma que nosotras nos masculinicemos para poder desarrollar poderes, habilidades y destrezas para la vida. En realidad queremos igualdad en la diversidad.

Entonces, la igualdad se basa en reconocer que mujeres y hombres somos parte de la misma especie, los seres vivos más semejantes, una especie indivisible. Ha sido la perversión opresiva la que ha construido las desigualdades entre nosotros. Ha sido la voluntad de ciertos grupos, fuerzas y procesos históricos la que ha expropiado a las mujeres de poderes y monopolizado poderes muy dañinos en los hombres. Con esa conciencia de que pertenecemos a una misma especie, de que la historia y la cultura – toda la historia humana – la hemos hecho las mujeres y los hombres y no sólo la han hecho los hombres, tenemos capacidades y podemos contribuir al desarrollo.

· La equivalencia humana

Pero también hay un reconocimiento que es ético y filosófico. Para algunas religiones el reconocimiento de la igualdad entre las mujeres y los hombres ha sido un punto de partida. Hay igualdad ética y moral como principio básico proveniente de un orden sagrado, en ese caso la igualdad también forma parte de las creencias religiosas; sin embargo, en otras religiones o en las mismas, contrarrestan esta creencia con normas que aseguran la desigualdad. Algunas religiones consideran que las mujeres son seres inferiores, creadas después de los hombres, de otra naturaleza, de otra materia o carentes de algún elemento divino que no les insufló la suficiente humanidad. La propuesta contemporánea es una propuesta ética y laica que puede ser asumida por personas de diferentes creencias. Esta propuesta tiene el valor de que puede ser sentida, pensada y puede definir la vida de personas con creencias y culturas distintas. Es un principio ético, un supuesto, una afirmación que se denomina equivalencia humana y consiste en asignar a las mujeres y a los hombres el mismo valor humano.

· La isonomía o igualdad en la norma

Todas las personas valemos lo mismo que las otras personas sobre la tierra. Es un principio que ha estado en la cultura feminista desde hace tres siglos y que apenas hoy está en la cultura de los derechos humanos. Y voy a citar a mi maestra de toda la vida, Amelia Valcárcel, filósofa española, ella dice que la equivalencia moderna está basada en un principio también moderno de isonomía, que es la igualdad en la norma, en la ley. Aquí se juntan el concepto filosófico y ético de la equivalencia con la categoría de ciudadanía. La equivalencia no sólo tiene que ser enunciada, sino que debe fundarse en un principio de igualdad jurídica normada, de vigencia universal y en eso se basa la ciudadanía de las mujeres y la de los hombres. La igualdad como isonomía es la igualdad de tener derechos.

Y el primer derecho humano universal es el derecho a tener derechos, sin ése no existen los demás. La igualdad isonómica entre mujeres y hombres es el derecho por igual a tener derechos para la vida; luego podríamos hablar del conjunto de derechos humanos que nos planteamos como contenido fundante de la ciudadanía. El segundo derecho humano, fundamental para las mujeres y para los hombres, es el derecho a la vida. Después de éste podríamos enunciar un conjunto de derechos: vivir una vida sin miedo, una vida sin violencia, una vida en paz, el conjunto de derechos de la vida cotidiana que son derecho al techo, al alimento, a la educación, al trabajo, a la recreación, y desde el feminismo, el derecho al amor y todos los derechos sexuales y reproductivos.
91

· El derecho a la propia vida

El derecho a la vida tiene una característica particular para las mujeres y lo enunciamos como el derecho a la vida en primera persona. Construir este derecho ha implicado las luchas políticas más fuertes del género en este siglo. Voy a ampliar. Las mujeres no tenemos derecho a la vida en primera persona porque somos pensadas como dadoras de vida, y al ser dadoras de vida queda colocada en supremacía esa vida que generamos. Hay una jerarquía política entre las mujeres y los productos de la generación de las mujeres. Es una gran contradicción, y mientras no sea resuelta, las mujeres no podemos acceder al conjunto de derechos humanos específicos de las mujeresn consecuencia, la ciudadanía de las mujeres puede avanzar mucho en algunos aspectos pero no en lo fundamental. Construir nuestra humanidad pasa por ser importantes nosotras mismas y no como objetos envolventes de otros seres, por lo tanto el reconocimiento de esta gran contradicción demuestra la necesidad de reconocer también la igualdad como equivalencia, como isonomía, con la especificidad de cada género. Y sólo entonces podemos puntualizar una concepción más compleja de la ciudadanía moderna.

Otros componentes que van junto con la equivalencia para construir la igualdad, son la equidad, la equifonía y la equipotencia. Hay personas que confunden igualdad con equidad. La igualdad es un principio básico de humanidad fundado en la equivalencia, pero construirla es algo que no logramos aún. Todavía no hemos logrado construir la igualdad práctica, material y vital, entonces, ¿cómo arribamos a ella?.

· La equidad

La igualdad se consigue a través de la equidad, una metodología para construirla. Eso significa hacer movimientos políticos en las relaciones entre los géneros y lograr el empoderamiento y el poderío de las mujeres desde una perspectiva de género. Entonces, la equidad sería el conjunto de procesos para lograr el empoderamiento y el poderío de las mujeres, pero como la equidad es una relación, decimos que busca eliminar brechas de desigualdad. Dónde las mujeres por género estamos excluidas, implica la inclusión; dónde no accedemos a recursos, implica acceder por lo menos a los recursos que tienen los hombres. Es una relación comparativa entre los géneros. Eliminar las brechas es un recurso político de la equidad.

En relación al género masculino, como parte de los mecanismos de equidad, necesitamos disminuir los poderes de opresión de los hombres, la legitimidad de la supremacía masculina, bajar a los hombres de escalón jerárquico, bajarlos de las estatuas y los altares, ponerlos a ras del suelo como simples mortales y no como seres superdotados o superpoderosos. Eso se logra desmontando poderes de dominación de los hombres, pero lo que proponemos es complicado,

conflictivo y difícil. Y no es asunto de que vamos a ganar. Por eso es importante que los hombres conozcan las ideas de la igualdad y la equidad, que se familiaricen con ellas y cambien sus mentalidades para que puedan contemplar la problemática política entre los géneros desde otra visión del mundo. Ahora bien, si la siguen contemplando desde sus enfoques tradicionales todo paso adelante que demos las mujeres será una pérdida para ellos. Toda desjerarzquización también sería una pérdida, por eso hablaba de democratización con tendencias de horizontalidad. Construir otras formas de participación política, de toma de decisiones en los asuntos colectivos y en el bien común eliminando jerarquías, es otra forma de participación política que se le ha llamado desempoderamiento patriarcal de los hombres. Significa eliminar sus poderes autoritarios,
92
sus poderes de decidir unilateralmente, de monopolio de recursos, de exclusión. Esas son las razones por las cuales no les gusta este movimiento de equidad.
Necesitamos hacer políticas de equidad, donde no quiere decir que estén los hombres, ni que vengan a los talleres; quiere decir hacer una reforma democrática del estado con perspectiva de género, hacer políticas de equidad para reformar las iglesias, reformar las familias, las bases dispares de las parejas, reformarlo todo. La magnitud del asunto político en la relación con los hombres es interesante y compleja. Se trata de eliminar poderes autoritarios pero a la vez, construir pisos de civilidad democrática para compartir recursos, oportunidades y derechos ciudadanos, entre mujeres y hombres.
La equidad tiene otro aspecto que llamamos acción afirmativa o acciones positivas, y consiste en que las mujeres reconozcamos que estamos en desigualdad y nos procuremos recursos, espacios y oportunidades unilateralmente, para colocarnos en espacios sociales, económicos, políticos y culturales importantes y para eliminar brechas con los hombres. Las políticas afirmativas eliminan desigualdades.
La equidad implica también el establecimiento de mecanismos justicieros con un profundo respeto a los derechos ciudadanos. Desde la perspectiva ética feminista, la justicia no implica venganza, no es una justicia vengativa. Lo quiero aclarar porque en los miedos culturales e ideológicos se piensa que las mujeres que logramos un poco de poder, nos vamos a vengar de los hombres y les vamos a hacer las mismas cosas que nos hacen a nosotras. En la ética feminista, la equidad pasa por una justicia democrática distinta. Pasa por hacer justicia hacia las mujeres que hemos estado muy faltas de ella en los procesos de vida.
La justicia feminista es reparadora y en todas las propuestas de trabajo con mujeres, en las acciones gubernamentales, en las acciones sociales de las ONG, nos dedicamos a reparar esos daños en las mujeres. Hacemos justicia y queremos que la sociedad también sea justa con las mujeres, que se haga cargo de evitarles daños. Para eso necesitamos un cambio democrático, para que la justicia de género sea justicia social, justicia familiar, interpersonal y sea justicia en el estado.
· La equifonía
La segunda equis es la equifonía, y quiere decir igualdad en la voz, lograr que las mujeres se expresen. No puede haber equifonía si de un lado hay discurso y del otro, mudez. Necesitamos que la voz de las mujeres se exprese como lo estamos haciendo ya, pero en igualdad con otras voces. Los hombres todavía son poseedores de los discursos que se escuchan y la voz de las mujeres apenas empieza a abrirse camino en los espacios. Por eso, construir la equifonía es un requisito de la ética feminista.
· La equipotencia
Y una equis mejor es la equipotencia. Lo que queremos es igualdad de poderes, pero de aquellos que ayer definí como poderío vital, el conjunto de poderes para la vida y el desarrollo, No queremos dominación, ni opresión, sino equipotencia.
93
· La libertad
El último, pero el principal punto en la ética feminista es la libertad. A veces en nuestras propuestas hablamos de la igualdad o la equidad pero dejamos de lado la libertad. Toda la historia de la causa de las mujeres ha estado marcada por su anhelo libertario y esa es una herencia a la que no podemos darnos el lujo de renunciar. Entonces como nos apetece la libertad, como la deseamos, toda la propuesta feminista se refiere a la construcción de un conjunto de libertades para la vida. Sin libertad no puede haber igualdad, desarrollo, participación democrática ni conjunción de esfuerzos para lograr objetivos y a nosotras que hemos tenido como contenido patriarcal político la apropiación de la libertad, el avance de las mujeres nos significa el desarrollo de las libertades. La libertad es un concepto abstracto pero lo que queremos traducir en un conjunto de libertades concretas y puntuales que acompañen al conjunto de derechos humanos y de ciudadanía de las mujeres.
Esto quiere decir que cada derecho humano es el soporte de al menos, una libertad. Por eso hay una relación indisoluble entre derechos de las humanas y libertades de las mujeres, porque la libertad es el resultado de la experiencia de los derechos y un estado de vida posible, siempre y cuando tengamos los derechos, los recursos y los poderes. Las mujeres conquistamos libertades cada vez que eliminamos opresiones. A veces la libertad da frío, pero también da un placer enorme, sobre todo cuando hemos eliminado una opresión. Los recursos son libertad, por eso decimos que nos sentimos libres cuando podemos hacer algo porque tenemos los recursos. Lo mismo ocurre cuando tenemos el poder de hacer esto o aquello, de proponer, caminar o modificar. La libertad es, probablemente, la experiencia más anhelada de las mujeres y la más gozosa cuando la tenemos.
Para finalizar, quiero agradecer a todas su aguante por escucharme tres días. A veces pienso, escribo y hago cosas precisamente para que miremos al frente. No me interesa negar u ocultar nada, pero quiero desarrollar una visión positiva en nosotras. Apuesto por la sororidad cada día. Me parece que es la dimensión más importante del feminismo y que sin ella no vamos a poder avanzar mucho o el costo va a ser enorme, por eso nos esforzamos.
Me ha encantado estar aquí. Siempre me la paso bien. Agradezco la confianza que me tienen porque la hemos ido construyendo. Siento particular admiración por ustedes porque nunca estuve en la época del sandinismo. Sé las cosas que pasaban desde México en los grupos de apoyo y solidaridad. Todo ese proceso que desde allá se acompaño y vivió muy entrañablemente. Entonces, para mí Nicaragua era como una ausencia. Acompañé más la revolución cubana porque era más joven, estaba criando menos hijos y no atendía tantas historias y sindicatos. Me

tocó verlas a ustedes inventarse algo, renovar la vida y reconstruir la historia desde una situación que si no era de pesimismo, entonces no sé que era. Su optimismo lo conozco por ahí y es una enorme capacidad de construir cosas, de inventar alternativas. Cuando mucha gente estaba llorando ustedes encontraron alternativas. Creo que eso es muy importante para abrir espacios y reconectarnos con algunas compañeras que no estuvieron. A lo mejor de alguno de estos talleres surge una iniciativa de acercamiento. Sería maravilloso.

En México, con estos talleres de acercamiento hemos encontrado a compañeras con las que no nos veíamos desde hace años y ahora estamos en una organización política que se llama "Diversas". Es nuestra organización política feminista, un orgullo, una emoción y un honor. Un día nos volvimos a dar un beso y estamos construyendo algo. Seguro a ustedes les va a pasar lo mismo. La política no es algo frío y desapasionado, tiene que ver con el amor y es una de sus

expresiones más interesantes cuando acoge iniciativas colectivas. Si no di repuestas a muchas cosas es porque no l

s tengo. Digámonos hasta luego y muchas gracias.